

MARÍA ELVIRA BERMÚDEZ

DIFERENTES RAZONES TIENE LA MUERTE

INTRODUCCIÓN

ANIELA RODRÍGUEZ



DIFERENTES RAZONES
TIENE LA MUERTE

COLECCIÓN VINDICTAS

NOVELA Y MEMORIA

MARÍA ELVIRA BERMÚDEZ

DIFERENTES RAZONES TIENE LA MUERTE

INTRODUCCIÓN
ANIELA RODRÍGUEZ



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
México 2021

Diferentes razones tiene la muerte

Primera edición: Plaza y Valdés, 1987

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas

Nombres: Bermúdez, María Elvira, autor. | Rodríguez, Aniela, 1992-, prologuista.

Título: Diferentes razones tiene la muerte / María Elvira Bermúdez ; introducción, Aniela Rodríguez.

Descripción: Primera edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, 2021. | Serie: Vindictas. Novela y memoria.

Identificadores: LIBRUNAM 2100398 | ISBN 978-607-30-4324-3

Clasificación: LCC PQ7297.B475.D5 2021 | DDC 863.64--dc23

Primera edición colección Vindictas: 4 de marzo de 2021

D.R. © 2021 UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán, 04510, Ciudad de México

Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial

www.libros.unam.mx

ISBN: 978-607-30-2096-1 [colección]

ISBN: 978-607-30-4324-3

Esta edición y sus características son propiedad de la UNAM.

Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio, sin autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

A MANERA DE INTRODUCCIÓN

María Elvira, escritora de la resistencia

Leí por primera vez a María Elvira Bermúdez hace un par de años y desde entonces, tuve la sensación de que pudimos haber sido grandes amigos; por lo menos, compartir un café o una cerveza en su casona de la colonia Roma, donde se dice que recibía alegremente a colegas y jóvenes que buscaban aprender algo de ella. Su irrefrenable vocación como cuentista (que, en mi opinión, es la primera disidencia a la que puede enfrentarse un narrador) logró cautivarme: yo soñaba con tener ese punzante instinto con el que Bermúdez se movía por este género. Quería, como ella, retratar la sombra que espera pacientemente en las calles de una ciudad como la nuestra.

Bermúdez ocupa un lugar eminente en aquel género que durante mucho tiempo fue colonizado por los hombres. Heredera de grandes como Chesterton, Christie y Poe, la escritora duranguense se obsesionó con la cadencia del policiaco, pues le otorgaba la libertad de pararse en un pedestal que muchos otros habían hecho a un lado y que apenas volvía a repuntar en las mesas de novedades. Fiera aficionada a los relatos criminales y una seguidora incansable del *short story* (muy al estilo anglosajón), pronto se convirtió en una gema en medio del desierto: la primera escritora policiaca en Latinoamérica.

Nacida en Durango en la década de 1910 (no se tiene certeza de su año de nacimiento: bien pudo ser 1916 o 1912), pero emigrada a la capital del país a edad temprana, María Elvira decidió asumir los retos que suponía nacer mujer en la primera mitad del siglo xx. Se matriculó en la Escuela Libre de Derecho y fue de las primeras mujeres en licenciarse como abogada, en un ámbito (que hoy en día sigue siendo) predominantemente machista. Su incursión en las leyes le granjeó la pasión por el relato policiaco, un universo que le permitió explorar la semilla del crimen y sus vericuetos desde una zona mucho más íntima.

Tenía 32 años cuando sus primeros relatos vieron la luz en periódicos como *El Nacional* y revistas como *Selecciones policiacas y de misterio*; la úl-

tima acogió por lo menos una docena de sus historias, aparecidas entre las décadas de los años cuarenta y sesenta. Publicó, además de *Diferentes razones tiene la muerte* (1953), cuatro libros de cuento: *Alegoría presuntuosa* (1971), *Cuentos herejes* (1984), *Detente, sombra* (1984) y *Encono de hormigas* (1987). Como la voraz lectora que era, volcó sus ambiciones en el cuento y teorizó largo y tendido sobre los pormenores de este género.¹ Justo ahí emergieron Armando H. Zozaya y María Elena Morán, los famosos detectives que protagonizaron sus historias; ésta última, considerada un alter ego de la autora, se convirtió en la primer mujer detective dentro de la literatura latinoamericana.

Cierto es que no todas las mujeres tenemos acceso a aquella habitación propia que Virginia Woolf proponía hace ya casi un siglo. Muchas debemos trabajar en horarios avasallantes para ganarnos la vida, encargarnos de las labores domésticas, maternar desde la trinchera que nos toca. Escribir, en cambio, requiere tiempo, silencio, libertad: tres cosas que, por desgracia, continúan siendo un privilegio en pleno siglo XXI. No basta con ocupar una habitación: hace falta encender todas las luces, habitar un sitio seguro, que se extienda más allá del canon que por siglos ha tratado de invisibilizarnos. Ser mujer y ser escritora es renunciar voluntariamente a la oscuridad.

Eso es justamente lo que María Elvira decidió: abrazó su escritura, la llenó de luces y de contrastes; poco le importó adentrarse en mar abierto, como lo era el policiaco en esa época. Participó activamente en la lucha por la igualdad de género (sobre todo, por el derecho al voto). En su nada breve producción literaria, procuró bosquejar a una mujer empoderada (es el caso de María Elena Morán, la célebre detective que se dedica a resolver crímenes, teniendo como única escuela su afición a las novelas de misterio), a partir de personajes que constantemente desafiaban el papel tradicional del ama de casa sumisa y entregada de lleno al hogar. Buscó la inclusión de protagonistas femeninas fuertes y emancipadas o, en su defecto, que denunciaban la sistemática opresión de un sistema patriarcal. Con escritoras como Ber-

¹ En una entrevista publicada en *La Jornada* de forma póstuma, María Elvira Bermúdez reconoce que, más allá de su incursión en el género policiaco, le gustaría ser recordada como crítica literaria, labor que ejerció activamente por más de 40 años. Bermúdez se dedicó a entender el relato policiaco en México, y publicó tres antologías de cuento en las que incluyó lo más representativo de un género que ganaba cada vez más popularidad en Latinoamérica.

múdez (la Agatha Christie mexicana, como la llamara Marco Antonio Campos en su momento), estamos en deuda. La resistencia que les debemos está en la lectura y la difusión de su obra: sólo así seremos capaces de regresarlas a la luz, donde siempre han pertenecido.

Más allá de la sombra

El policíaco es un género de precisión matemática. Sobrevive a partir de fórmulas y variables que, aunque encuentran distintos caminos por los cuales desdoblarse, siempre parten de un mismo supuesto: equilibrar la balanza entre el crimen y la justicia. Quizás de ahí viene el secreto de su infalibilidad. Como lectores, entendemos que la trama nos conducirá por un laberíntico juego de señuelos y acertijos, y que logrará sacudir cualquier percepción que nos hayamos formado previamente. ¿Su as bajo la manga? Un detective curioso, con un (generalmente) feroz instinto para conectar rostros, motivos y secretos. Un mago del enigma. En el policíaco, lo importante no siempre es lo que uno busca, sino lo que termina por encontrar en el camino. Finalmente, el misterio quedará resuelto y el detective revelará al lector los complejos atajos que tomó su psique para desenmascarar al responsable. Pues bien, si conocemos de pies a cabeza cómo funciona el relato detectivesco, ¿cuál es aquella urgencia que nos motiva a seguir devorándolo?

El policíaco es prácticamente una apología de los claroscuros, donde, detrás de la podredumbre y la sordidez del crimen, casi siempre suele asomarse un tenue halo de luz. Dentro de la narrativa policíaca (como sucede en *Diferentes razones tiene la muerte*), las partes iluminadas del texto pueden ser suficientes para calmar, por un momento, nuestra sed de justicia. Sin embargo, hay algo que se oculta en la otra cara de la moneda, y que es la clave para resolver la incógnita. El misterio se alimenta de la sombra: eso que no somos capaces de ver y que constantemente nos resbala, nos burla. Se mofa en nuestra propia cara, cuando creemos tener la respuesta indicada. Ya Edgar Allan Poe lo dejaba claro en “La carta robada”, una historia novedosa para su tiempo, donde la resolución del caso aparece todo el tiempo bajo las narices del mismo detective.

No sé si hablo por todos, pero, como lectora, prefiero los libros que me retan y me llevan al límite. Aquellos que no sólo me vuelven cómplice, sino que me hacen sentir que estoy en un laberinto en el que, a cada momento, voy pisándole los talones al culpable. ¿Cuándo habré de alcanzarlo? ¿Cuál será ese escondrijo que he pasado de largo? Eso es lo que enamora del detectivesco, y la novela de Bermúdez no es la excepción. Las reglas del juego se presentan claras: desde un inicio, nos familiarizamos con los personajes y su cotidianidad, entendemos su contexto y su rol dentro de aquel tablero que es la anécdota e, incluso, tratamos de meternos en sus zapatos para comprenderlos desde lo más íntimo. Es decir, bailamos con ellos un vals que sólo es posible en la más completa cercanía. El policíaco y el *noir*, como una especie de religión inocua, buscan la empatía a ojos cerrados: quien es capaz de mirar en el mismo ángulo en que lo hacen los personajes, está un poco más cerca de resolver el *puzzle*.

¿Qué se esconde detrás de cada puerta en la hacienda de Georgina Llorente? ¿Qué tienen en común personajes como Diana Leech y Abel Fernández, la una sumergida en la misión de “brillar en sociedad”, y el otro, atolondrado por el alcohol y el yugo de un amor no correspondido? ¿En dónde habrá de poner el ojo Zozaya, detective aficionado al psicoanálisis y determinado a resolver el caso a toda costa? Toparse con las páginas de *Diferentes razones tiene la muerte* es sumergirse de lleno en sus personajes, clasemedios arquetípicos de la cosmopolita Ciudad de México en los años cuarenta. Los tenemos de todos los sabores: desde la adolescente obsesionada con la moda y el mundo de las apariencias, hasta la abnegada viuda que condena los derroches de la *high class*. María Elvira hace una punzante crítica a la sociedad mexicana del incipiente siglo xx; una en la que las aspiraciones, la ciega idolatría de los valores occidentales y la marcada sumisión de la mujer ante la figura del patriarca aparecen retratadas con una fidelidad que sorprende. Al mismo tiempo, el sarcasmo, la ironía y el humor negro se revelan como un arma filosa, pero muy necesaria. No sólo nos reímos una y otra vez de los personajes: también lo hacemos de nosotros mismos y de esa parte que, lo mismo en Román Arana que en María López del Campo, aparece para reafirmar nuestra condición falible; humana, al fin y al cabo.

Con mucho tacto, Bermúdez consigue dibujar el abismo de disparidad entre hombres y mujeres. Los mecanismos de dominación dentro del matrimonio, la búsqueda del ideal femenino como el fin primigenio de nuestro género, la sumisión y la devoción de la mujer en las relaciones afectivas son sólo algunos de los temas con los que María Elvira polemiza. Incluso, se burla con sorna en la cara del macho alfa, y reproduce expresiones que aún rozan nuestro día a día, a pesar de haberse escrito hace poco más de 70 años: “¡Oh! ¡Las mujeres! Son agradables por una temporada, pero después se vuelven celosas y exigentes. ¡Todas son iguales!”, o acaso: “[...] recordó lo que frecuentemente leía en el *Para ti* y en *La familia*, acerca de que de las esposas depende que sus maridos las quieran. Esas mujeres que escriben así deben saber lo que dicen”.

Diferentes razones tiene la muerte es, en esencia, una novela de contrastes. Divertida, crítica y, sobre todo, aderezada con la precisión de una escritora que conoce a la perfección las lindes del género. Hija pródiga de los grandes maestros del misterio, Bermúdez nos hace cómplices y victimarios, se burla de y con nosotros, juega a cazar y a cazarnos. Hay lugar para todos en este libro, que carece de florituras innecesarias y se concentra en entregar una historia ágil, sencilla, que engancha desde el primer párrafo. La de antorchas que enciende María Elvira en esta historia, nada más para recordarnos que hay ocasiones en las que no hay más que incendiarlo todo, y abrazar la resistencia donde sea que nos encuentre.

ANIELA RODRÍGUEZ

DIFERENTES RAZONES
TIENE LA MUERTE

PERSONAJES QUE INTERVIENEN EN LA NOVELA: (por orden de aparición)

Miguel Prado, de 28 años de edad. Hijastro de Georgina.

María López del Campo, de 49 años. Ex esposa del segundo marido de Georgina.

Celia Ortiz, de 22 años. Hija de Adela.

Adela Menchaca de Ortiz, de 42 años. Actual esposa del ex marido de Georgina.

Mario Ortiz, de 48 años. Ex marido de Georgina.

Diana Leech y García, de 35 años. Superficial amiga de Georgina.

Abel Fernández, de 46 años. Incondicional admirador de Georgina.

Octavio Román Arana, de 43 años. El hombre a quien Georgina ama.

Georgina Llorente, viuda de Prado, de 41 años. En función suya, directa o indirectamente, actúan todos los personajes del relato.

Juan Requena, de 45 años. Celoso enamorado de Georgina.

Armando H. Zozaya, de 31 años. El investigador.

Familiares, criados, policías, delegado del ministerio público.

Época: septiembre de 1946.

Lugar: República mexicana.

I

UN ABOGADO Y SU MAMÁ

Todos los lunes, Miguel Prado despertaba con ánimo optimista y voluntad de trabajar. En su libreta negra de cantos rojos las anotaciones correspondientes a esos días eran profundas y breves:

“1º Entrevistarse con el señor A. —2º Dictar los escritos de los asuntos F y N. —Copiar los acuerdos del día en Tribunales. —4º Ir a la Corte por el asunto V. —5º Ir a la Peni y visitar a los reos P. y G. —6º Volver al despacho y...”

Y así sucesivamente. El joven abogado jamás quería convencerse de que los asuntos listados para el lunes ocupaban en la práctica uno o dos días más; se obstinaba en acumularlos de una vez, y el resultado era que, a la mitad del primer día de la semana, se encontraba invariablemente de mal humor.

Había abandonado la costumbre de comer en el centro porque sabía ya que lo que pudiera ahorrar en tiempo, lo desperdiciaba en dinero y en salud. Por ello, aquel lunes de septiembre, a las 14 horas, abordó apresuradamente un camión Santa María Mixcalco. Habitado por toda su existencia al bullicio y tránsito de la metrópoli, no lograban distraerlo de sus pensamientos ni los gritos de los camioneros, ni las estridencias de los cláxons, ni ese rumor complejo, formado por voces y chirridos, que caracteriza a la ciudad abigarrada.

Pensaba en su trabajo, en las mil cosas pendientes que le urgía llevar a cabo y también, en su casa y en su madre. Pocas veces Miguel pensaba en sí mismo. El estudio primero y luego el trabajo formaron siempre dúo inseparable con el cariño a la madre austera y abnegada. Ambicioso y altivo, dejaba para después, para cuando tuviera el dinero suficiente, el propósito de vivir su vida. Hasta ahora, sus diversiones habían sido las de cualquier joven de la clase media mexicana; y sus amores, intrascendentes.

“El camino se va haciendo largo”, pensaba Miguel. No el camino hacia el modesto hogar; éste, una vez que descendió, se encontraba a la vista; sino el camino hacia la realización de sus ambiciones. “En nuestro país,

un joven abogado, que no es político ni líder, difícilmente se convierte en un hombre rico.”

Con un suspiro que a la vez significaba fastidio y resignación, arrojó al suelo el Delicado no fumado del todo, buscó su llave y abrió una de las cuatro puertecillas idénticas de aquella casa de departamentos de la colonia Santa María.

Una escalera angosta, peligrosa, almacenaba el tufo de la comida; a la derecha, un comedor minúsculo se ofrecía ya listo para el yantar cotidiano. Nunca se resignó a contemplar, en aquella reducida estancia que hacía las veces de sala y comedor, cómo se amontonaban los viejos muebles que supieron de tiempos mejores: el ajuar Luis XV, la alfombra inmensa y raída que se doblaba sobre sí misma al topar con la pared, y las pesadas cortinas que habían sido bastilladas; ni el mueble más extraño, inútil y estorboso que era precisamente el más querido de su madre: una jardinera de nogal con enorme espejo biselado. Doña María López del Campo prefería entre todas sus pertenencias aquella jardinera que en los primeros meses de su matrimonio vio siempre colmada de alcatraces o gladiolos. Para ella era un símbolo de felicidad; amaba sus muebles casi tanto como se aferraba a sus convicciones, y si había tenido que desprenderse de parte de su mobiliario para atender a necesidades apremiantes aseguraba que, por el contrario, jamás se amoldaría a las escandalosas costumbres modernas.

Miguel saludó a su madre, fue a lavarse las manos y comió a solas, como acostumbraba, ya que doña María era a la vez que el alma, la sirvienta de la casa.

Al terminar, pensando de nuevo febrilmente en su trabajo se disponía a salir, cuando su madre le dijo a gritos desde la cocina:

—Espera, Miguel, no te vayas.

—¿Qué pasa, mamá? —inquirió el joven abogado—. ¿Quieres dinero? Dime pronto, porque tengo mucho que hacer.

—No, hijo, espérate —contestó la señora.

Entró en la salita y tomó asiento. Sin dar tiempo a que su hijo la interrogara de nuevo, le tendió una carta y le dijo:

—Ten, lee esto.

Miguel se sentó a su vez y dio vueltas entre sus manos a un sobre alargado color violeta que exhalaba penetrante perfume.

—¿Es de ella? —preguntó.

—Léela —contestó ceñuda doña María.

El sobre, afeado por las vulgares estampillas, mostraba en una esquina un monograma con las iniciales G. Ll. P., e iba dirigido a: Sra. María López del Campo e hijo.

Miguel comprendió inmediatamente por qué su madre adoptaba esa expresión de santa y justa ira. Ella, pese al divorcio que en vida obtuvo su marido, jamás dejó de considerarse como la esposa legítima primero, y luego como la viuda de Alfredo Prado. Miguel había eludido siempre comentar ese punto; una vez más pasó en silencio la afrenta, y se apresuró a leer la carta.

Era una invitación inesperada, cínica y cortés a un tiempo. Decía así:

Distinguida señora:

Seguramente le causará a Ud. extrañeza recibir letras mías, la que subirá de punto cuando conozca el objeto de las mismas.

Me permito invitarla a usted, en compañía de su hijo, a pasar unos días en mi quinta de Coyoacán. Se trata de reunir a viejos conocidos; y aunque supongo que usted se inclinará a rehusar, espero del buen sentido de Miguel que aceptarán.

Es tiempo ya de olvidar rencores y de hacer las paces, ¿no creen ustedes? Ello quizá sería en bien de Miguel.

Los espero, entonces, el viernes próximo a las diecinueve horas en esta su casa.

Atentamente,

Georgina Llorente, viuda de Prado

Miguel Prado no tuvo tiempo de analizar la impresión que le causó la lectura de la carta porque su madre, con voz temblorosa, estalló:

—¿Qué te parece? La muy...

Doña María era una señora decente y católica; se limitaba a sugerir los epítetos que sus labios nunca se hubieran atrevido a pronunciar.

—Realmente —contestó Miguel—, es el colmo de la desfachatez invitarnos a su casa.

—¡A su casa! —clamó la señora—. ¿Cómo, *su casa*? Todo lo que tenga esa... es nuestro, por ser de tu padre, mi marido. Si ella lo tiene es porque lo ha robado, porque en este mundo no hay justicia, ni hay leyes que protejan la inocencia. Pero al cabo hay un Dios en los cielos...

—Sí, mamacita —atajó Miguel entre impaciente y tímido.

Sabía de memoria lo que su madre tenía qué decir. No solía contradecirle, aunque no estuviera de acuerdo con sus invectivas; pero en aquellos momentos una idea sugestiva se esbozaba en su mente, y consideró necesario transmitírsela a su madre. Continuó:

—Pero, ¿si esto quisiera decir que se arrepiente y que quiere darnos algo de...

—¿Darnos? ¿Darnos algo, así, como limosna?

—No, mamá. Tú y yo sabemos que no sería una limosna, que tenemos derecho a ello; derecho moral, por lo menos, ya que no legal...

—¡Ah! ¿Conque no tenemos derecho?

—Mira, mamacita, esto es un asunto complicado. Desgraciadamente las leyes no siempre favorecen a quienes más necesitarían de ellas...

—¡Claro! Como que las leyes son obra de los hombres y nada más sirven para proteger a sinvergüenzas. La ley de Dios es muy distinta.

—Bueno, mamá; pero tienes que reconocer que, buenas o malas, de las leyes humanas vivimos tú y yo. Si no hubiera leyes, no habría abogados; y si no hubiera abogados, ¿cómo me ganaría yo la vida?

—Podrías ganártela de otro modo.

—Sí, claro, como zapatero o como cargador. Pero dio la casualidad, y tú lo sabes, de que mi padre quiso que yo fuera abogado, como él y como mi abuelo, y que me ayudó en mis estudios mientras vivió, que me regaló la biblioteca de mi abuelo, y que ser hijo de Alfredo Prado, y nieto de don Alfredo Prado me ha servido de mucho en mi carrera.

—Bueno, bueno. Pero eso no quita que las leyes le sirvieran a tu padre para irse con esa perdida y para dejarnos en la miseria. ¡Es que nombrarla a ella su única heredera!

—Eso, eso me ha hecho sufrir tanto como a ti, mamacita. Precisamente el vivir al día, el tener que matarme trabajando es lo que a veces me desespera. Yo quisiera tener dinero, mucho dinero, para que tú tuvieras una casa grande, y comodidades, y yo...

—Y pensar que tenemos ese dinero, que deberíamos tenerlo. Porque todo lo que esa... gasta y derrocha es dinero de tu padre.

—No, no todo. Ella heredó también de sus padres y de un hermano, pero sí, gran parte de lo que tiene es lo que mi papá le dejó. Por eso, mamá, muchas veces he pensado que ella debía ayudarnos, pues con lo suyo tiene de sobra; he pensado a veces en decirle...

—¿Has pensado en ir a pedirle?

—No, no precisamente. En fin, mamá, ya que ahora sale de ella...

—¿Qué quieres decir?

—Pues que nada perderíamos con probar. Ya ves que dice que quizá sería para mi bien, y que apela, a mi buen sentido.

—No, hijo mío, jamás. Eso es una locura.

—Pero, ¿por qué?

—¿Yo, en casa de esa...? Parece que te olvidas de que tu madre es una mujer decente.

Miguel suspiró. Era muy difícil convencer a su madre. Él quería ir, pero...

—Bueno, mamacita, como tú quieras —dijo, tratando de poner punto final a la conversación; pero prometiéndose a sí mismo ir por su cuenta.

Como si doña María leyera su pensamiento, le preguntó:

—¿Tú quieres ir, verdad?

Miguel no contestó. Su mirada se encontró con la de su madre y ambos sonrieron débilmente. Tras unos segundos de silencio dijo la señora:

—Fíjate, hijo, yo no puedo ir allí. Yo soy católica, no puedo ir a la casa de una mujer que vive en pecado.

—Eso sería en vida de mi padre —objetó Miguel—, ahora ya no. Ya han pasado diez años, mamá, y ahora las cosas son distintas. Es tiempo, como ella dice, de perdonar. ¿No nos manda nuestra religión perdonar?

En doña María la indignación y el rencor iban cediendo paso a la ambición. “¿Y si de veras nos llamara porque le remuerde la conciencia y quiere

restituirnos lo que es nuestro? Yo podría volver a tener piano, y comprarme un rosario de filigrana de oro, y poner todos los días gladiolos en la jardinería... Dios aprieta, pero no ahoga.”

Miguel, considerando el silencio de su madre como un buen síntoma, la apremió:

—Fíjate, podemos ir nada más un día, como prueba. Si te gusta, nos quedamos, si no, no. ¿Qué te parece?

Doña María elevó los ojos al cielo y contestó:

—¡Ay, Miguel! ¿De qué sacrificios no es capaz una madre?

Y así, en aquel lunes de septiembre, quedó decidido que Miguel Prado y su madre serían huéspedes de Georgina Llorente en la quinta de Coyoacán.

II

LA FAMILIA ORTIZ

De noche, la de los Insurgentes es una de las más hermosas avenidas metropolitanas. Celia Ortiz, recostada en el cómodo automóvil, no se molestaba en admirar el espectáculo resplandeciente y bullicioso. Ese lunes por la tarde había asistido al cine Chapultepec y a Loma Linda en compañía de una amiga. De regreso a su hogar, Celia iba pensando en María Félix.

“¡Qué mujer tan interesante! Pero, sobre todo, ¡qué interesante su vida en las películas! ¿Por qué la vida real será tan aburrida?” A ella, a Celia, le gustaría llevar una vida como la de María Félix, de emociones, de amores tempestuosos, ¡de aventuras!

Ante la reja de su casa, un incontenible fastidio la embargó. ¿Qué iba a hacer ahora? Allí estarían, como siempre, su mamá y sus antipáticas amigas jugando *rummy*. Su papá estaría por milésima vez encerrado en su sala de cacería limpiando armas o clasificando piezas cobradas, y Marito y Pepe, los insoportables hermanillos, estarían peleando como de costumbre.

Pensó en llamar a su amigo Rique para concertar un encuentro en el Rendez Vous, y con ese propósito, apenas entró en el vestíbulo de su opulento hogar, se dirigió a la mesilla del teléfono. Pero un sobre alargado, color violeta, atrajo su atención.

Iba dirigido a: Señor Mario Ortiz y fam., y el monograma con las iniciales G. Ll. P. enlazadas, hizo saber a Celia su procedencia. Curiosa y un poco impresionada, estudió el sobre. Olía a Risque Tout, de Lenthalic. La letra era fina, alargada y elegante, pero Celia, que ignoraba grafología, nada logró averiguar a través del sobrescrito acerca de esa Georgina misteriosa a la que secretamente deseaba conocer.

El “fam.” añadido al nombre de su padre, ¿constituiría una autorización suficiente para enterarse del contenido de la carta? La joven, voluntariosa y mimada, dudó sólo breves instantes. Rasgó el sobre cuidadosamente y leyó la misiva con interés.

Olvidó su propósito de ir al Rendez Vous, y ya sólo esperó con ansia que las amigas de su madre se retiraran para hablar a solas con ella.

Una hora más tarde, al filo de las diez, observó Celia desde su ventana cómo se despedía la última jugadora de *rummy* y bajó corriendo las escaleras para salir al encuentro de su madre.

Agitó en una mano el sobre color violeta y dijo a Adela, gritando:

—¡Mamá, mamá! ¡Mira qué formidable!

Y la hizo entrar en la sala, apoltronarse en un sofá y leer la carta. Adela, que plegó los labios en un mohín desdeñoso al reconocer la procedencia de la misiva, exclamó ya francamente enojada cuando la hubo leído:

—¡Se necesita frescura!

La carta decía así:

Estimados Mario y Adela:

Aunque nuestras relaciones sociales se han limitado hasta ahora a saludarnos de vez en cuando en los bailes, en la ópera o en los toros, mucho les agradecería acepten esta invitación de venir a mi quinta de Coyoacán a pasar un fin de semana. Trato de reunir a una porción de viejos conocidos y de pasar unos días agradablemente. Hago extensiva mi invitación a la encantadora Celia.

Espero que se mostrarán ustedes lo suficientemente modernos como para estar en esta su casa el próximo viernes a las diecinueve horas.

Cordialmente,

Georgina Llorante, viuda de Prado

—Mamá, vamos a ir, ¿verdad? —preguntó anhelante Celia.

—Ni lo pienses —contestó Adela—. ¿Cómo vamos a ir a la casa de la ex esposa de tu padre?

—Y ¿por qué no, mamá?

—Pues, porque no.

—Porque no —remedó Celia—. Esa no es una razón, mamacita. Mira, sería una magnífica puntada. Hay que ser modernos, como dice esa señora. Ha de ser muy *sport*.

—Ahora resulta que te cae bien y que la admiras. Muchas gracias.

—Pero mamá, no seas así. No te enojés. ¿Cómo se va a comparar ella con mi mamacita chula? Además, ¿qué tiene que ver que haya estado casada con mi papá? Ella se casó también después, ¿no? ¿O a lo mejor estás celosa?

—No digas tonterías, Celia. Sencillamente, no me parece conveniente que vayamos.

—Pues deberías ir. Si no, ella va a creer que no vas porque estás celosa. Yo, en su lugar, pensaría lo mismo.

—¡Ay, hija, por Dios! Ahora te vas a encaprichar, y no pararás hasta salirte con la tuya, te conozco.

—Pues claro, mamacita. Va a ser retedivertido. Algo diferente, no lo mismo de toda la vida: el juego y el cine; el cine y el juego.

—Mira, mira, como si tú no fueras a donde quieras.

—Bueno, pues por eso ahora iré a casa de Georgina.

—Pero tu papá, ¿qué dirá?

—Mi papá... Oye, ¿no podrá cazar conejos o gorriones en esa quinta? Mira, mamá: mi papá va si nosotros le decimos que vamos.

—¿A dónde? —preguntó una voz masculina desde la puerta de la sala.

Celia y Adela se miraron sorprendidas y se ruborizaron. Celia pensó: “¿Habrá oído lo de los conejos y lo de los gorriones?” Pero pronto se rehízo y mimosamente llegó hasta Mario Ortiz y le entregó la carta a guisa de explicación.

El señor la leyó, la guardó nuevamente en su sobre y preguntó:

—¿Ya ustedes decidieron ir?

—Pues yo digo que... —empezó Adela, pero calló porque al mismo tiempo Celia decía:

—Sí, papacito, por favor. Vamos, ¿verdad? Va a ser retedivertido.

Mario se encogió de hombros, encendió pausadamente su pipa y al fin dijo:

—No creo que resulte divertido, pero en fin...

Y así, en ese mismo lunes de septiembre, quedó decidido que la familia Ortiz sería huésped de Georgina Llorente en la quinta de Coyoacán.

Despierta aún, Celia urdía un sinfín de ensueños. Cinco veces por lo menos había hecho el inventario de su guardarropa para el fin de semana, y como no le bastaba lo que poseía, decidió ir al día siguiente a Liverpool a proveerse de otro traje de baño, batas, vestidos y un extenso surtido de artículos diversos.

Imaginaba la casa de Georgina como una mansión de novela, y esperaba de esos días, aventura y emoción. “Quizá conoceré a algún hombre interesante y se iniciará entonces un romance apasionado... o dos romances, mejor: dos rivales a punto de matarse por mi amor... ¡Qué interesante!”

En la penumbra de su alcoba, Celia soñaba. Una veladora eléctrica esparcía suave luz. La joven, desde pequeña, tenía miedo a la oscuridad, un miedo enfermizo que se avenía mal con sus ímpetus apasionados y su sed de emociones fuertes.

Pronto aprendería la pobre una dura lección y quedaría para siempre curada de sus aventureros afanes.

Adela, en su lecho solitario, no podía conciliar el sueño. Se arrepentía de haber cedido sin lucha a la voluntad de su hija, pero al mismo tiempo sabía que era preferible ir contra sus propios deseos que oponerse a los de Celia.

La muchacha no se daba cuenta, o no quería darse cuenta de la vida desunida y amarga que hacía el matrimonio. Adela, histérica y frívola, atormentada por un recuerdo de su juventud, oscilaba siempre entre el agradecimiento y el desprecio hacia su marido. Y hacía tiempo que el segundo de esos sentimientos amenazaba con imponerse hasta llegar al odio. La sulfuraba la actitud plena de insolencia de su esposo, y si no se separaba de él era por temor a Celia. Mejor dicho, porque Celia no se lo hubiera permitido.

Y ella, Adela, no podía dar a conocer a su hija el único motivo por el cual ésta se hubiera convencido de que esa vida era una farsa odiosa e insufrible. Persuadida de que Mario, por propia conveniencia, seguiría la rutina, había optado por imitarlo. Lo detestaba y anhelaba librarse de su presencia, pero

revelar *aquello* a su hija era imposible. Simplemente la idea de tener que hacerlo, la asustaba.

“Y ahora, esta invitación de Georgina. ¿Qué se oculta tras ella?”

Adela, sin saber por qué, quizá únicamente por el recuerdo del lejano pasado, pensaba en Octavio. Ninguna relación existía entre Georgina y Octavio, que ella supiera. Ninguna, excepto que Georgina era el amor pretérito en la vida de su marido, como Octavio lo era en la suya.

Una nube oscura y pesada fue envolviendo la mente de Adela.

Minutos más tarde, hablaba en sueños, se ponía de pie, atravesaba la habitación y descendía dormida las escaleras como solía hacerlo las noches en que sus nervios se hallaban más excitados que de ordinario.

Mario se disponía a acostarse en el diván de su sala de cacería. Éste le servía de lecho desde hacía mucho tiempo.

Verdaderamente era muy incómodo ese empeño de su mujer en ocultar a Celia que dormían separados. Él ya no quería tolerar esa molestia y se proponía instalar abiertamente su recámara aparte cuanto antes. Cuando regresaran de casa de Georgina lo haría sin falta. Era verdad que Adela era la del dinero, pero también era cierto que sin él, sin Mario, lo hubiera pasado muy mal en aquella ocasión. Quizá ni viviera ahora. Era menester recordárselo una vez más. “Y si se pone pesada, yo sabré cómo hacerla entrar en razón.” Había sido buena la idea de mostrar tanta condescendencia con Celia, porque la muchacha constituía su mejor arma contra Adela. Antes que todo, lo importante era no tener que trabajar, disfrutar de comodidades y dedicarse a la cinegética. Su afición por la caza, sincera por lo demás, era un pretexto magnífico para alejarse de Adela con frecuencia. “¡Ah! ¡Las mujeres! Aquella Georgina, ¡tan irritante también y tan soberbia!” Él se equivocó cuando creyó que al casarse con ella aseguraba para siempre su propia holgura. Dos años molestos culminaron en un divorcio que lo dejó expuesto a trabajar, pero su buena estrella puso en su camino a Adela en aquellas circunstancias.

Realmente, Mario no se quejaba de su suerte: había sabido vivir.

Y ahora, tenía curiosidad de ver a Georgina de cerca. ¿Se conservaba bien?
¿Lo despreciaría aún?

Se durmió por fin. Y tuvo un extraño sueño: los animales disecados que poblaban su sala se animaron e iniciaron un coro de aullidos y graznidos. Saltaban y revoloteaban. Se apoderaron de las armas orgullosamente coleccionadas por Mario y le apuntaron con precisión. Un ocelote de paladar rosado y artificiales colmillos reía con júbilo y le gritaba: “¡Ha llegado tu hora!”

III

DIANA LA IMPETUOSA

Las gardenias que flotaban en la piscina dorada por un sol deslumbrante, perdían en esos momentos su carácter estereotipado de flores de muerto. Vida, mucha vida se desbordaba en el elegante hotel Fortín. Los turistas de coloridos indumentos y rubias cabelleras, se extasiaban ante los adornos de *antigüedad flamante* del edificio, y aspiraban con fruición el aire saturado de perfume de nardos, gardenias y azucenas.

De ese paraíso terrenal, Diana Leech era una impetuosa y actual Eva. Sus 35 años, corridos en la doble acepción de la palabra, persistían en considerar el mundo como un escenario y a los hombres como instrumentos de placer y de lujo. De padre yanqui y madre mexicana, Diana, apenas entrada en la adolescencia disipó los resabios de su temperamento híbrido y dio a conocer un carácter entero, definido, comparable únicamente al que pudiera tener una orquídea venenosa y sugestiva. Al verla nadar lánguidamente en las aguas luminosas, sacudir de su rostro las inoportunas gardenias y surgir al fin del tanque como moderna Anfitrite que se sabe admirada, fácilmente se adivinaba al ser primitivo, sin escrúpulos, hecho únicamente para la molicie y el goce.

El ceñido traje de baño hacía resaltar atrevidamente su figura, tanto más atractiva cuanto que unía a las líneas clásicas de la mujer norteamericana el encanto sensual de la mujer latina. Las uñas y labios, de color bugambilia indeleble y provocativo, contrastaban osadamente con la palidez mate de la piel. Diana rehusó siempre adoptar la moda del color tostado de la epidermis y se esmeró en conservar la blancura heredada de sus antepasados yanquis, quizá porque se sentía secretamente avergonzada de su remota ascendencia indígena. Sin embargo, la negrura y rebeldía de su pelo recordaban el origen de su madre. Los verdes ojos, cargados de rímel, sarcásticos, fríos y ligeros, daban la pincelada final de exotismo y sugestividad a esta hermosa e inútil criatura.

Se envolvió en mullida bata y fue a recostarse bajo enorme parasol de lona. Contempló fastidiada a los bañistas, encendió un Chesterfield y sorbió poco a poco el *gin fizz* que desde hacía rato la esperaba dócilmente en la mesilla cercana al parasol que en aquellos momentos tenía el honor de cobijarla.

Estaba aburrida y a punto de preocuparse seriamente. Su natural egoísmo la impulsaba a rechazar todo lo que significara molestia, a rehuir el orden y la previsión. Confió siempre en su belleza para lograr sustento, comodidades y diversiones, y su confianza nunca se había visto defraudada. Pero últimamente las cosas no habían marchado como debieran, es más, se estaban complicando horrorosamente.

El último esposo de Diana, tercero en la serie, había muerto. Sus herederos se negaron a pagar a Diana su pensión de divorciada. Se entabló un proceso largo y engorroso que culminó en la derrota para ella. Por otra parte, el dinero que poseía e incluso algunas alhajas, se quedaron en los verdes tapetes del *baccarat*, en las volubles ruletas y entre las patas de los caballos de carreras. Una de las pasiones dominantes de *miss* Leech era el juego; se estremecía con deleite ante el vértigo de una carrera, ante la aparición de un diez de corazones o de un *jack* de tréboles, porque sabía que a ellos arriesgaba, no un puñado de billetes, sino la vida misma.

Según ella, vivir sólo podía llamarse a exhibir joyas, pieles y vestidos suntuosos en los centros nocturnos y en las plateas de los teatros. La vida, sin eso, no era digna de ser vivida. Era por ello que, últimamente, Diana empezaba a preocuparse. Había venido a México en busca de nuevos y más fructíferos horizontes. En los *States* los hombres se ocupaban demasiado de la guerra y poco de los encantos de Diana. Ella pensó que en la patria de su madre tendría oportunidad de conceder al mejor postor el privilegio de una propiedad relativa de su persona, pero hasta ahora ninguna de sus conquistas le había satisfecho del todo. Los mexicanos eran espléndidos y rumbosos, pero también inconstantes y exigentes. Ella estaba demasiado acostumbrada al sistema legal de su país según el cual la mayor parte de las ventajas son para la mujer, para decidirse a aceptar relaciones que, a la vez que la privaban de la protección de la ley, le imponían una fidelidad de Penélope.

Y allí, en Fortín, en aquellos momentos, ni siquiera hallaba uno de esos candidatos desventajosos que ya le estaban siendo tan necesarios. A Diana le quedaban, por todo capital, unos cincuenta dólares.

—¡Miss Diana Leech! ¡Miss Diana Leech! —gritó un botones que llevaba una bruñida, bandeja en una mano.

—¡Here! —contestó Diana. Y cuando el botones le hubo entregado un sobre alargado, color violeta, se apresuró a abrirlo.

El mensaje decía así:

Dear Diana:

Ha sido una fortuna que a tu paso por México me llamaras para decirme que ibas a Fortín, ya que por esa causa me es posible ahora localizarte e invitarte a que pases conmigo un *weekend* en mi quinta de Coyoacán.

No dejes de venir. Te espero el viernes próximo a las diecinueve horas.

So long.

Georgina Llorente, viuda de Prado.

Sonrió encantada. Ninguna invitación había sido más oportuna en toda su vida. De momento, se solucionaba su problema, y quizá de ese fin de semana surgiera una solución estable. Georgina tenía amigos ricos, alguno de ellos se enamoraría de Diana, ¿por qué no?

No se detuvo a pensar en los motivos que Georgina pudo tener para invitarla; le pareció lo más natural del mundo; y ansiosa, lamentando que restaran aún tres días antes del viernes, Diana se dirigió a su cuarto, se vistió y bajó a comer.

El comedor, poco concurrido en esos días, se le figuró más lleno de luz que de ordinario, más alegre y acogedor. Pidió al mesero un coctel de fruta, un cebiche, unos riñones al gratín y una leche malteada. Estaba contenta.

La orquesta del hotel Ruiz Galindo es una buena orquesta. Suele amenizar las horas en que los huéspedes se dedican a reparar las fuerzas o a dar gusto al paladar. Diana no era aficionada a la música; según ella, era únicamente un pretexto para acercarse a los hombres y tratar de seducirlos. Le gustaba el baile, no la música. Pero entonces, mientras comía, reconoció la canción que

al aire lanzaba la orquesta. Recordó aquella temporada en San Antonio Texas, allá por el año de 1939, durante la cual encontró a Georgina. Siete años habían transcurrido desde entonces. Las notas de “Perfidia” le permitían revivir los bailes en la azotea del Gunther, las fiestas que organizaban sus comunes amigos, los Alexander, y la excursión que efectuaron a Corpus Christi. Fue una época placentera. Ella, Diana, acababa de obtener su primer divorcio y disfrutaba sin tasa de su flamante libertad y de la espléndida pensión conyugal.

Conoció a Georgina Llorente en el Gunther, una tarde fría de febrero, cuando ella esperaba en el vestíbulo del hotel a un amigo que faltó a la cita. Georgina le llamó la atención por su elegancia en el vestir y por el aire de altiva indiferencia con que lo observaba todo. Diana, a pesar de la seguridad en sí misma que la caracterizaba, veía en las mujeres más unas rivales emboscadas que unas posibles amigas. Sin embargo, trabó conversación con Georgina porque los 34 años de ésta, en comparación con sus desbordantes 27, le parecieron óbice suficiente para competencias futuras.

La esplendidez de su nueva amiga y su exquisito trato social, la aficionaron cada vez más a ella y llegaron a intimar bastante. Supo así que Georgina había sido casada dos veces, que hacía entonces tres años que había enviudado, que había permanecido en Monterrey una larga temporada en casa de unos parientes, y que viajaba sola, por placer, antes de regresar a México.

Pero Diana notaba cierta reserva en Georgina que despertaba su curiosidad. No cabía en su cabeza la idea de que su amiga hubiera permanecido los tres años de su viudez sin interesarse por algún hombre. Y la acosó a preguntas. Georgina, entre impaciente y divertida, le confió que en Monterrey había conocido a Octavio Román Arana, personaje notable en la llamada Sultana del Norte, y que se había enamorado de él, pero sin lograr correspondencia. Diana se hizo describir muchas veces a Octavio y llegó a la conclusión de que era un individuo pedante y odioso. Para que Georgina olvidara a “tan despreciable sujeto”, la llevó de fiesta en fiesta y de diversión en diversión, y aunque su intento no llegó a realizarse del todo, su amiga lo agradeció y desde entonces recordó con simpatía a la atolondrada gringuita.

Al terminar la comida, y libre de preocupaciones, Diana subió a su cuarto. Arrojó de sendos puntapiés los zapatos lejos de sí, se tendió en la cama, dobló

los almohadones para elevar la cabeza y se entregó a la lectura de *El intérprete* de Edgard Wallace. Adoraba las novelas policiacas, y las leía tanto en español como en inglés, idiomas que ella creía dominar, y que en realidad entremezclaba y alteraba en forma escandalosa, sobre todo al escribirlos.

El sol, dueño y señor de esas regiones floridas y lujuriantes, fue amortiguando sus fulgores. La luz grisácea y opalina de un crepúsculo quieto invadía cada vez menos la alcoba de Diana. Ésta, absorta ante el peligro de muerte que corría la heroína de la novela, apenas notaba la dificultad para leer. Por fin se incorporó en busca del encendedor de la lámpara de buró. Y al mirar la alcoba en penumbra, y al aspirar el perfume de las moribundas gardenias del florero, experimentó fugaz y extraña impresión: “La muerte... la muerte no existe solamente en las novelas...”

Pronto olvidó su pensamiento, encendió otro Chesterfield y reanudó la lectura.

IV EL POBRE ABELITO

A la puerta de la cantina ubicada en un ángulo de las calles de Correo Mayor y Moneda unos mariachis cantaban, acompañándose con quejumbrosas guitarras, “No vale la pena”.

Apoyado en el mostrador, Abel Fernández contemplaba su tequila doble y escuchaba la canción. Aunque no había bebido demasiado, con grandes cabezadas de asentimiento manifestaba su conformidad con el autor de la letra. Sólo que él extendía su desprecio a la vida toda. No valía la pena vivir, en verdad. No valía la pena, cuando se nacía con mala estrella, como él.

Único varón de la familia, había tenido desde muy joven la obligación de sostener a sus hermanas Cuca y Trini, ahora clásicas solteronas. El agrarismo había privado a la familia de la única hacienda que poseían en tierras michoacanas. Abel, con sus hermanas siempre a costas, había abandonado la señorial Morelia para buscar un empleo en la capital, y allí estaba, desde hacía años, convertido en una triste unidad biológica más de la colmena burocrática; precisando, del panal de la Secretaría de Hacienda.

Abel era pintor por vocación. En su juventud había soñado cubrir muros inmensos con decorados multicolores, compactos y simbólicos, pero la lucha por la vida lo persuadió a abandonar el ensueño. Privado de su válvula de escape, trocó el aroma de oleosas pinturas por el olor picante del tequila, y cotidianamente, al salir de la oficina, acudía a ahogar sus fracasos en el líquido propicio. A veces el olvido tardaba en acudir, y Abel, a hurtadillas de las mojígatas hermanas, trasegaba a solas en el silencio de la noche, tequilas y habaneros que le permitían pasar por alto el incidente fastidioso de vivir.

Su salud, naturalmente, se alteró, y a los 46 años era Fernández sólo un recuerdo de lo que seguramente llamaron en Morelia un buen mozo. Comía poco y digería mal. Su carácter era una perpetua contradicción entre su forzada apatía y su natural fogosidad; condición que tenía como resultante pe-

riódica accesos de ira amarga o de agrio mal humor. Era la suya una naturaleza soñadora y rebelde asfixiada por la rutina que lo mismo podía llegar a anularse definitiva y paulatinamente, que estallar con violencia por insospechados caminos en un momento crítico.

Chupó un gajo de limón, echó sal en el dorso de su mano izquierda y se la llevó a los labios, apuró el tequila, arrojó unas monedas en el mostrador y salió de la cantina con paso firme y actitud indiferente. Cruzó con habilidad la calle en sentido diagonal y subió a viva fuerza a un camión de la línea General Anaya. Depositó un diez de níquel en la caja colectora y, dejándose llevar por la gente aglomerada, logró asirse de un grasiento barrote. Precaución inútil, porque dada la cantidad de pasajeros hacinados en el vehículo, difícilmente el burócrata perdería el equilibrio.

Aunque ello pareciera ya imposible, unas cuadras más allá treparon unos chamacos. Uno con unas maracas desportilladas y el otro con unos trozos de madera que pretendían ser una clave, se acompañaron la canción “Mi tormento”. Abel reconoció la melodía a pesar del canto desafinado, y entrecerró los ojos con el fin de huir de esa realidad prosaica, maloliente y ruidosa que lo envolvía y remontarse hasta un recuerdo dulce y doloroso a la vez.

Y yo no te he de olvidar
 porque no puedo,
 mejor me muero
 que dejarte de amar.

Agradeció el concierto con un veinte de cobre y volvió a la actualidad. Trató de abrirse paso hasta la puerta de salida, gritó:

—¡Bajan, bajan!— y descendió por fin en una de las calles de San Antonio Abad.

Cuca y Trini, la una dando vueltas de la cocina al comedor, y la otra yendo y viniendo del comedor a la cocina, repetían como de costumbre sus lamentaciones ante el retraso de su hermano.

—Ya la comida se está resecaando —se quejaba Cuca.

—¡Ay, Dios! —temía Trini— ¿no le habrá pasado algo?

—¡Qué le va a pasar! Se estará emborrachando.

—Pues eso es lo que me da miedo... Con este tráfico...

—Anda, qué te apuras. Lo que había de preocuparte es que se gaste el dinero en emborracharse.

—Pero hermana, ¡por Dios! Pobre Abel, si a veces toma...

—A veces... ¡Hum!... Todos los días.

—Pues aunque así fuera. Bastante hace el pobre con mantenernos. Que tome sus copitas, al fin y al cabo es hombre.

—Y a lo mejor no se limita a tomar. Quién sabe si tenga algún lío.

Y sin dar tiempo a Trini de asombrarse o de protestar, añadió Cuca:

—¿No te has fijado en la carta que le llegó hoy?

—¿Cuál carta?

—¡Ay, hermana, tú siempre estás en la luna!

Se dirigió Cuca a la salita modestamente amueblada con un ajuar de Viena y bejuco, adornada con imágenes religiosas, flores de papel y tres esferas azules. Tomó de la mesilla un sobre alargado color violeta y se lo mostró a Trini, quien se había apresurado a seguirla. Le dijo:

—Fíjate, es de una mujer.

—¿Y cómo sabes? —interrogó cándidamente Trini.

Cuca movió la cabeza con impaciencia, arrebató la carta a su hermana, la sacudió delante de sus narices y puesto el índice alargado e inquieto sobre la carta, explicó:

—Porque apesta a perfume y por estas letras elegantes.

—¿Son letras elegantes?

—Éstas, tonta —exclamó Cuca y le señaló un monograma.

—¡Ah! ¿Qué dice ahí?

—Son iniciales, parece una G y una L y luego una R o no sé qué. Ha de ser el nombre de una mujer elegante y rica. A lo mejor, casada.

—¡Dios nos favorezca! —se escandalizó Trini—. No digas barbaridades.

Cuca no quiso perder su tiempo en transmitir a su ingenua hermana toda la ciencia de la vida que ella había adquirido leyendo novelas y asistiendo al

cine. Para ella, Abelito era un mustio, y mientras él hacía sabe Dios qué cosas, siempre las había tenido a ellas encerradas, aun en la época en que eran jóvenes y guapas. Cuca no ponía en duda que ella había sido muy guapa, y culpaba a su hermano de haberla privado de oportunidades para contraer matrimonio. Trini, por el contrario, se conformaba con la voluntad de Dios y, por lo demás, quería entrañablemente a su hermano.

—Oye, hermana —susurró Cuca—, ¿y si no le diéramos la carta a Abelito? Mira, a lo mejor es cosa mala y es nuestro deber impedirla.

Cuca se proponía leer a hurtadillas la carta. En su vida monótona cualquier incidente adquiriría las proporciones de un suceso y una incontenible curiosidad la invadía; curiosidad que presumía fundadamente no sería satisfecha si la carta llegaba a manos de su hermano.

Trini, por su parte, comenzaba a debatirse en un dilema para ella terrible: el respeto hacia su hermano le ordenaba no inmiscuirse en sus asuntos, pero el temor de que le sobreviniera algún mal le aconsejaba apartar aquella misteriosa misiva de su camino.

Por fortuna, o por desgracia, el azar resolvió el problema. El ruido de una llave en la cerradura sobresaltó a las hermanas. Abel, al entrar, notó la confusión de Cuca y de Trini, y les preguntó bruscamente:

—¿Qué les pasa?

Trini, azorada, no acertó a responder. Cuca no logró esconder la carta a tiempo, comprendió que no tendría más remedio que entregarla porque ya su hermano la había notado y respondió de mala gana:

—Nada, nos asustaste.

—¿Qué es eso que tienes en la mano? —interrogó Abel.

—Una carta para ti —contestó Cuca.

Se la entregó y espió en el rostro de Abel la impresión que la misiva había de causarle.

Cuando la tuvo en sus manos y hubo leído el sobrescrito, Abel Fernández palideció ligeramente. Se disponía a abrirla, pero al darse cuenta de la actitud insolentemente curiosa de sus hermanas, la guardó en el bolsillo de su saco y se dirigió a su cuarto.

—¿No vienes a comer? —preguntó Trini tímidamente.

—No tengo hambre —gritó más que respondió Abel, y dando un fuerte portazo se encerró en su recámara.

Pobre y descolorida recámara, era aquella más semejante a un cuarto de hotel que a una alcoba hogareña. Únicamente en pequeños óleos y acuarelas colgados de cualquiera manera en la pared, poseía una nota personal.

Arrojó el maltratado sombrero en la cama y se apresuró a abrir la carta, no sin haberla acercado antes fervorosamente a su nariz y quizá también a sus labios. Leyó:

Estimado Abel:

Espero que no me guardará usted demasiado rencor y que no me habrá olvidado por completo. De que yo lo recuerdo a usted con afecto, a pesar de todo, es prueba la presente, por medio de la cual lo invito a pasar un fin de semana en mi quinta de Coyoacán en compañía de otras personas de mi amistad.

Lo espero a usted el viernes próximo a las diecinueve horas.

Afectuosamente,

Georgina Llorente, viuda de Prado.

Se encaminó con paso inseguro a su ropero, tardó algunos segundos en hallar la llave para abrirlo y al fin extrajo de debajo de unos viejos pantalones una botella de tequila. La destapó, bebió un buen trago, la colocó en el buró sin taparla y volvió a leer la carta. Por tres veces más, se entregó a la doble ocupación de ingerir vino y de leer el mensaje perfumado. Por fin, tras colocarla suavemente bajo la almohada de funda raída pero limpiísima, Abel se recostó y se puso a pensar.

Y yo no te he de olvidar
porque no puedo,
mejor me muero
que dejarte de amar.

Las palabras de la vieja canción martillaban su cerebro, pero no con la estridencia de las vocecillas que hacía apenas una hora la revivieran en

su memoria, sino con la dulzura y viveza con que las oyó por primera vez hacía seis años.

Imposibilitado por su precaria situación económica y atado por el deber hacia sus hermanas, no se había casado. Allá en Morelia quedó la novia esperando inútilmente su regreso. Él la olvidaba en medio de mercenarios amoríos. En dos ocasiones su vida amorosa ascendió de las vulgares parrandas a la categoría de romance y aventura. Fueron las respectivas heroínas, una compañera de trabajo que terminó por asustarse ante la perspectiva de penuria entre dos cuñadas solteras, y una señora casada que aplicaba la ley del Talión a su marido. Pero en todos esos casos permaneció fundamentalmente indiferente. Creíase invulnerable a los arrebatos de la pasión. Pero un día, conoció a Georgina.

Fue un encuentro casual. Abel vivía uno de sus días buenos y caminaba al atardecer por Madero. Delante de él vio a Georgina. Era ésta una mujer ya madura, pero guapa y llamativa. Vestía con una elegancia sin ostentación que a los ojos de un profano en materia de modas parecía modestia. Abel se decidió a seguirla. Ella, quizá con intención de evadirse del aburrimiento, se dignó a fijarse en su admirador. Abel, a los cuarenta años, no habiéndose convertido todavía en amigo inseparable del tequila, tenía regular apariencia.

Georgina aceptó la invitación de Abel, tomaron uno o dos cocteles en La Cucaracha y hablaron como si se conocieran de toda la vida. Es decir, habló Abel. Le confió a su nueva amiga sus sueños de artista, la aridez de su vida afectiva y sus problemas familiares. Georgina le pidió que decorara los corredores de una quinta que acababa de comprar en Coyoacán.

Abel accedió, aunque sentía vértigo ante el abismo económico que lo separaba de esa mujer que era ya el amor de su vida, y repartió gozoso su tiempo entre su arte que al fin era apreciado por alguien y la compañía de Georgina. ¡Cuántas veces, como por milagro, fueron al cine, a los cabarets! La última fue esa noche en el Copacabana, cuando, medio en serio, medio en broma, le dijo a Georgina que ella era “su tormento”.

Mujer al fin, ella se divertía con el cariño tímido de Abel y le permitía ciertas confianzas, pero sin complicar demasiado las cosas. La amistad entre ambos quedó rota el día en que Abel se permitió pedir a Georgina

una prueba más concreta de su afecto. Ella le preguntó altivamente cuánto le debía por su trabajo.

Abel se revolvió en la cama, rechinó los dientes y se enterró las uñas en las manos al recordar el insulto y la repulsa. Ahora lo invitaba a su casa. La tentación era demasiado grande... Verla de nuevo, estar cerca de ella... Y también, olvidar por unos días la rutina del trabajo y la pesadez del ambiente familiar. Le demostraría a Georgina que no estaba herido, que no se acordaba de nada. Sí, iría a su casa.

Al día siguiente, ordenaría a Trini que le arreglara alguna ropa y que mandara sus trajes a la tintorería. Quizá tuviera que comprarse por lo menos dos camisas y dos o tres corbatas. Afortunadamente, acababan de descontarle el sexto abono de pensiones y se encontraba en aptitud de renovar el préstamo.

V UN LEGÍTIMO REPRESENTANTE DEL PUEBLO

La casa del diputado federal Román Arana era una de las más lujosas en la colonia del Obispado en Monterrey. En ese caso, cumpliase aquella sentencia que dice: “el dinero no hace la felicidad”, porque si bien aquel hogar era amplio, moderno y cómodo, no se encontraba bajo el dominio de la paz ni de la alegría.

En el trozo de césped extendido detrás de la casa, sobre la mirada descuidada de su nana, Tavo Román desahogaba su mal humor entre numerosos juguetes. En sus solitarios tres años de edad, ya sabía Tavo lo que era verse privado de las caricias de sus padres.

Carmela Garza de Román, bonita aún, pero con una expresión de ansiedad que alteraba su fina belleza, se encontraba aquella mañana de un miércoles de septiembre encerrada en su recámara, llorando. Hacía unos momentos, una voz femenina y altanera había preguntado por Octavio en el teléfono, y Carmela estaba ya segura de que no era una simple coincidencia, ni asuntos políticos, los que inducían a aquella desconocida a llamar a Octavio a su propia casa.

De bruces en la cama, envuelta en una hermosa bata color durazno, sollozaba histérica. A su lado, y en el suelo, se desparramaban innumerables pañuelos de papel, húmedos y arrugados. Octavio ya no la quería. Octavio la engañaba. ¡Dios mío! Y ella se moriría, ella no podía soportar que todo el mundo se riera de ella. Sus amigas, las que hacía apenas dos años envidiaban su buena suerte, ahora murmuraban y la compadecían. ¿Qué haría? Ni siquiera podía pedir consejo a sus padres. Si acudía a ellos, le dirían: te lo dijimos. Sí, se lo habían dicho. Le habían dicho que Román Arana era un mujeriego y un tenorio y que no le convenía. Pero ¡era tan guapo y parecía quererla tanto!

¿Por qué serán tan malos los hombres? Siempre fuera de la casa, de parranda o en México, la tenía casi por completo abandonada, y cuando ella se atrevía a hacerle algún suave reproche, le contestaba malhumorado: ¿de qué te quejas? ¿no tienes todo lo que quieres? Sí, tenía todo lo que quería, excepto a él mismo, a Octavio.

Enjugó sus lágrimas y trató de rehacerse. Recordó lo que frecuentemente leía en el *Para Ti* y en *La Familia* acerca de que depende de las esposas que sus maridos las quieran. Esas mujeres que escriben así deben saber lo que dicen.

Tomó una ducha fría, se puso un vestido alegre, se roció con Shanghai, su loción favorita, y dedicó una hora larga a maquillarse. Optimista y bonita, bajó a la cocina y ordenó una comida complicada. Jugó un rato con Tavo, maravillado de tenerla cerca, y luego, con leve aprensión subconsciente, fue al recibidor a oír radio, a fumar un Raleigh y a prepararse un coctelillo. No le diría nada a Octavio, lo recibiría con cariño y alegría. Ahogaría sus aprensiones.

En una mesita baja y redonda, entre una Venus de bronce y un esbelto vaso de cristal cortado, una bandeja cobriza contenía la correspondencia de la familia Román. Carmela había olvidado recogerla ese día, y empezó a repararla: un anuncio de vinos, una invitación de los Cantú para un té danzante, un catálogo de libros y... un sobre alargado, color violeta, dirigido exclusivamente al diputado, sin el imprescindible “y Sra.”

Carmela tembló y se le hizo un nudo en la garganta. Indudablemente la carta era de una mujer: el perfume, el color del papel, la letra, todo ello le daba la certeza de que una mujer le escribía a Octavio. La carta venía de Coyoacán, DF, y traía estampilla de correo aéreo.

¿De quién sería? Hurgó en su memoria, y entre los amoríos pretéritos de su marido, no identificó ninguno de Coyoacán. Ella sabía que Octavio tenía un hijo en México, pero la mamá de ese niño se llamaba Bertha, y las iniciales de ésta eran G. Ll. P. Octavio había dejado una hija en Torreón, pero esta carta venía de México. Allí, en Monterrey, vivía una mujer llamada Genoveva, que había tenido relaciones con Román Arana, pero no era probable que se encontrara en esa fecha en Coyoacán. ¡Dios! Una curiosidad punzante y dolorosa atenaceaba a Carmela. Carecía de la ecuanimidad suficiente para apartarse de

los incidentes que pudieran atormentarla. Como toda naturaleza primitiva, se complacía en ir al encuentro de lo que significara para ella un dilema o un sufrimiento, para terminar por mostrarse ante sí misma y ante los demás como una víctima de la fatalidad.

Incapaz de soportar la incertidumbre, Carmela llamó a una de sus sirvientes.

—Juana, ponga a hervir una poca de agua y tráigamela, ¡pronto!

Se proponía abrir la carta con ayuda de vapor, enterarse de su contenido y pegarla de nuevo si lo creía conveniente.

El tránsito de los vehículos en Monterrey es tan complicado que la ostentación de una placa oficial no proporciona a un automóvil verdaderos privilegios. Sin embargo, el Cadillac azul del diputado Román Arana atravesaba el centro de la población con ínfulas de personaje de cuatro ruedas.

En el asiento posterior, Octavio fumaba un puro con aire displicente. Estaba aburrido. Había logrado evadirse por el momento del grupo de amigos que lo mareaban con proyectos y campañas. ¡Como si no supieran que era cosa hecha la senaduría para el entrante periodo! A él le correspondía arreglar el asunto en México, y ya lo tenía arreglado. Que se ocuparan sus paisanos de lo demás y dejaran de molestarlo. Para eso les había prometido tres presidencias municipales. ¿Qué más querían? A su debido tiempo pronunciaría discursos y recorrería Nuevo León, pero por el momento tenía otros quehaceres.

Como miembro destacado de la Cámara de Comercio de Monterrey, tenía que intervenir en múltiples negocios, y por entonces una huelga traía preocupados a algunos capitalistas prominentes. Además, estaba su propio proyecto de importar ropa americana por Laredo para venderla a pequeños comercios del norte de la República y, si era posible, no dando al César lo que del César fuere.

¡Uf! Octavio estaba, en verdad, aburrido. ¡Si por lo menos pudiera descansar al llegar a su casa! Pero no, Carmela estaría indignada porque la noche anterior

Octavio llegó a las tres, no la saludó siquiera y muy temprano se escabulló sin verla. Ahora no tenía más remedio que soportar la escena de rigor. ¡Oh, las mujeres! Son agradables por una temporada, pero después se vuelven celosas y exigentes. ¡Todas son iguales!

Llegó a su casa, descendió del coche en el portal y preguntó a Juana por la señora.

—Está arriba, en su cuarto —contestó la fámula, y alejó a Tavo, quien, abrazado a las rodillas de su padre, solicitaba algo más que la palmada distraída con que el autor de sus días lo obsequió.

Octavio se propuso acabar cuanto antes con lo que se presentara y penetró de improviso en el cuarto de Carmela. Ésta se encontraba sentada ante el tocador y leía una carta. Al oír a su marido se sobresaltó y trató de esconder la misiva. El diputado se dio cuenta de su movimiento y dijo:

—¡Quiúbole! —con tono indiferente, pero observándola curioso.

—¡Ay!, ¿eres tú? —exclamó Carmela.

—Pues, ¿quién había de ser?

—No, es que me asustaste.

—¿Desde cuándo te asusta tu marido, chata? —interrogó Román Arana, a la vez que no perdía de vista la mano de su mujer, que ocultaba temblorosamente la carta en el bolsillo del vestido— ¿Quién te escribió? —siguió preguntando Octavio, mientras se acercaba a su mujer y la besaba en la mejilla.

—Este... —murmuró ella— una amiga del colegio. Una amiga a quien no veo hace mucho tiempo.

—Ajá. Y, ¿qué te dice?

—Pues... nada. Nada de particular

—Qué raro. Rarísimo que una carta que no dice nada te impresione tanto.

Y Octavio, recelosa pero suavemente, cogió la barbilla de su mujer, le alzó la cara y mirándola a los ojos, dijo:

—Conque andamos con secretitos, ¿eh?

Carmela, impaciente, volvióse y contestó:

—¡Ay, Dios! ¿Ya no puedo siquiera leer las cartas de mis amigas?

—Leerlas, sí, ni quien te lo impida. Pero ocultárselas a tu marido es otra cosa.

—¿Y qué te puede importar lo que me digan?

La brusquedad y rebeldía en el tono de Carmela enojaron a Octavio. No estaba dispuesto a tolerar que se pusiera ni por un momento en duda que era él quien mandaba, y con violencia repuso:

—Podiera ser que la cartita esa no fuera precisamente de una amiga, y yo no estoy pintado en la pared, por fortuna.

La joven señora, asustada y nerviosa, rompió a llorar y murmuró:

—¡Es el colmo! Después de que tú siempre andas en líos con mujeres, todavía te atreves a pensar mal de mí.

El enojo de Octavio cedió sitio a la alarma. ¿Quién se habría arriesgado a escribirle a su casa? ¿Genoveva? No, era muy muy discreta. ¿Lupe? Esa Lupe se estaba poniendo muy pesada con sus exigencias. Ella había sido, seguramente. Y para ganar tiempo y ponerse a la defensiva, interrogó duramente a su mujer:

—¿Te habrás permitido abrir alguna carta mía?

—Sí, verdad, qué bien sabes. Yo no tengo derecho a ver tus cartas, pero tú sí a ver las mías.

—Es muy distinto... ¡Yo soy hombre! —y ordenó—: Dame esa carta.

Carmela, en tanto enjugaba sus ojos con la mano derecha, con la izquierda tendió la misiva a su marido.

Este leyó para sí:

Estimado señor:

Quizá le extrañe recibir letras mías después de tanto tiempo, pero yo no suelo olvidar a las personas de mi estimación. El objeto de la presente es invitarlo a usted a pasar unos días en la quinta de Coyoacán. He organizado un *weekend* en el que espero reunir a antiguos y buenos amigos. Si, como lo espero, acepta usted esta invitación, tendré el gusto de verlo en esta su casa el próximo viernes a las diecinueve horas.

Suya, afectísima,

Georgina Llorente, viuda de Prado.

Román Arana respiró con alivio, y riéndose alegremente, dijo:

—Lo ves, chata, te ahogas en un vaso de agua. Yo ya ni en el mundo hacía a esta buena señora.

—¿Quién es? ¿Alguna antigua conquista?

Octavio titubeó unos momentos antes de contestar; pero al fin antepuso la paz conyugal a su vanidad de don Juan y replicó:

—No, ¡qué va! Si la vieras... —y mintió—. Es una respetable señora, como de sesenta años, viuda, y con quién sabe cuántos nietos. Era amiga de mi mamá, que en paz descanse.

Carmela rio confiada y expuso su última duda:

—Pero, ¿por qué no me invita a mí?

—Porque no sabe que me casé. Esta señora se fue de Monterrey hace... pues, hace seis años, por lo menos.

—¡Ah! Y, ¿vas a ir?

Octavio respondió con entera sinceridad:

—No, qué voy a ir... —y rio con verdadero regocijo.

Sellado el armisticio con un beso, el diputado, orondo y satisfecho, bajó al recibidor y preparó un coctel: ginebra, crema de amor... ahora, hielo, y una rodaja de limón. Mientras lo bebía apoltronado cerca del radio, recordó el *blue moon* que le gustaba a Georgina, era su bebida predilecta. “¡Pobre Georgina! Por lo visto, no quita el dedo del renglón. Pero si no tragué el anzuelo hace siete años, ahora menos. Georgina debe andar por los cuarenta...”

El teléfono empezó a sonar con estridentes e ininterrumpidas llamadas. ¡Larga distancia!

Mientras Octavio descolgaba el audífono, Carmela en el segundo piso conectaba la extensión y procuraba no hacer ruido.

—¿El diputado Román Arana? —decía la telefonista.

—Sí, señorita —contestó Octavio—, soy yo.

—Le hablan de México. Listo, México... ¡listo!

—Bueno... bueno... Habla Román Arana... ¿Quién habla?

—Diputado, habla Torres —contestó una voz masculina que en los oídos de Carmela sonó a gloria y la tranquilizó por completo.

—Oiga, diputado, es necesario que venga usted mañana en avión...

—¿Qué pasa?

—Ya se imagina... Hay que hablar mañana mismo en la tarde con el secretario del señor presidente...

—¡Ah, sí! No diga nada más. Se trata de ese partido, ¿verdad?

—Sí, diputado, precisamente.

—Bueno, Torres, no se apure. Espéreme mañana en Balbuena. Adiós.

—Adiós, diputado.

La señora Román se apresuró a bajar con el aire más inocente del mundo, después de colgar el audifono sin hacer ruido.

—Qué pasa? —inquirió.

—Fíjate, chata: mañana salgo para México —contestó el marido. Y añadió dándole una palmada cariñosa—, ya oíste.

Carmela no tuvo más remedio que sonreír, y dijo:

—Bueno, por lo menos irás a saludar a esa viejita, ¿verdad?

—¿Cuál viejita? ¡Ah!... Pues, sí. Quizá tenga que ir, después de todo, por lo menos a saludarla.

Y así, el azar decidió que Octavio Román Arana se encontrara entre los huéspedes de Georgina Llorente en la quinta de Coyoacán.

VI PROTAGONISTAS

Vestida con una bata floreada, y calzada con sandalias cómodas, Georgina Llorente recorría su quinta, un jueves de septiembre, con objeto de comprobar que todo estuviera en orden para recibir a sus invitados al día siguiente.

A pesar de no encontrarse debidamente fajada y maquillada, aparentaba apenas unos treinta y cinco años: menuda de estatura y de silueta redonda, pero no gruesa, aunque no de auténtica hermosura, era mujer de indudable atractivo. Su carácter sociable y sibarita, y las comodidades de que siempre se había visto rodeada, habían contribuido a que los años no marcaran huella en su figura.

Recorría su quinta orgullosa y satisfecha. Realmente, había sido una gran idea invitar a todas esas gentes. Iba a resultar interesante en verdad observar las reacciones de personas tan distintas conviviendo durante unos días bajo el mismo techo. Y había sido maravillosa la forma en que Juan secundó su proyecto. Lo había tomado como cosa propia. ¡Y ella había temido que considerara su idea como una extravagancia!

El piso de los cuatro amplios corredores brillaba como agua al sol, y las paredes lucían los frescos pintados por el buen Abel. La casa miraba al sur; el corredor principal, en el que se abría la puerta de entrada, representaba escenas de Xochimilco. Largos ahuejotes, azules aguas, nubes algodonosas y una trajinera con el nombre *Georgina* grabado con amapolas y cempasúchiles ornaban las paredes exteriores de las recámaras destinadas a Mario y Adela, la personal de Georgina y la de Juan. El muro de la sala, al lado derecho del zaguán, seguía recordando la tantas veces llamada “Venecia mexicana” con una trajinera rebosante de flores.

El corredor oriental ostentaba en sus muros paisajes de Acapulco. Las recámaras destinadas a Diana Leech y a Octavio presentaban las bellezas de la Quebrada, mientras que a los lados del garaje, una Caleta concurrida exhibía

bañistas sonrientes. Al pasar frente a la alcoba que sería de Octavio, Georgina pensó que quizá no acudiría a su llamado. De todos sus invitados estaba segura, menos de él. ¿Y si no viniera? Fue la carta a él enviada la que más le costó redactar, y aun no la creía lo bastante elocuente y discreta a un tiempo como para inducirlo a venir. Y luego, ¡desde tan lejos!

El corredor del fondo estaba pintado con escenas de Teotihuacán. Los muros exteriores de la cocina y la despensa acentuaban su prosa con una pirámide escueta y gris. En cambio, desde el comedor y el despacho, las vestiduras de los indígenas ponían una nota de color en el paisaje triste aún de pirámides, nopales y magueyes.

El corredor poniente correspondía en su mayor parte al billar, y tres alcobas más abrían a él sus puertas, las reservadas a doña María, a Celia, y una común para Abel y para Miguel Prado. Vistas luminosas de Pátzcuaro y Janitzio volcábanse en las paredes. Las *tiruhspectácuas* posadas en las piraguas semejaban en verdad enormes libélulas rozando juguetonas las aguas de un azul intenso.

Al terminar su recorrido, Georgina contempló durante breves momentos el jardín que los corredores encuadraban. Una avenida enarenada y bordeada por pinabets que partía del zaguán, conducía al garaje que tenía cupo para tres coches, y una graciosa fuente, copia exacta de la de las ranas de Chapultepec. El lado opuesto de la avenida era el centro de un bosque minúsculo pero frondoso de naranjos, truenos y pinabets. El suelo, salvo cuatro pequeñas y rojizas veredas, estaba tapizado de violetas, mastuerzos, rosas y margaritas. Georgina miraba encantada cómo el sol poniente dejaba en penumbra la fresca fuente e iluminaba aún la puerta de la recámara destinada a Octavio. Reprimió gratos, aunque cursis ensueños, recordó sus deberes de ama de casa y entró en la alcoba. Todo estaba en orden: la ropa de cama, las toallas, el pequeño botiquín, los artículos de tocador y de escritorio. Georgina había llevado su celo de huésped al grado de proporcionar a sus invitados cuanto pudiera hacerles falta durante su breve estancia en la lujosa residencia. Libros y novelas sin abrir aún, en cada alcoba, preveían el caso de que los futuros moradores hubieren menester de ellos para entretener el ocio o llamar el sueño. En fin, los hipnóticos, el agua de colonia, los libros y la plegadera de plata constituían la nota suprema del refinamiento de Georgina como anfitriona.

Después del cuarto de baño se encontraba la habitación reservada a Diana, en la cual, como en el resto de las recámaras de la quinta, la misma previsión e idéntico arsenal se echaban de ver.

Ante la puerta de la sala, la señora Llorente se detuvo dubitativa, y al cabo de unos momentos decidió revisarla también. Era un cuarto amplísimo, con dos puertas únicamente: la una abierta al corredor y la otra cerrada ante el cubo del zaguán. Un gran piano de cola permanecía mudo y orgulloso en un rincón. Los tres ajuares confortables, las espesas alfombras y las pesadas cortinas de las dos grandes ventanas, hablaban de un lujo sin complicaciones, demasiado moderno y sencillo para ser calificado de preciosista. Sin embargo, dos copias de Rubens y el Greco, dos auténticos Souto y algunas estatuillas y chucherías esparcidas en finas mesitas, demostraban que la dueña de esa mansión sabía que, para que el lujo se convierta en elegancia, no puede prescindir del arte.

Georgina salió de la sala por la puerta que daba al cubo del zaguán y penetró en la alcoba que destinaba a Mario y Adela. Esta recámara se comunicaba con la suya propia, y en tiempos normales era su prolongación: tocador y escritorio a la vez. Ahora estaba amueblada con camas gemelas y dotada de todo lo necesario como las demás. La habitación de la señora Llorente daba paso, a través de un cuarto de baño de verdes mosaicos, a la de Juan, el doctor Requena.

Cuatro dormitorios y dos baños más fueron revisados escrupulosamente por Georgina. El billar, ancha pieza independiente, con una sola puerta sobre el corredor, sería durante el fin de semana el refugio sagrado de los huéspedes varones. En el despacho tenía la señora Llorente sus libros y discos preferidos. No era profunda conocedora de música ni de literatura, y la mayoría de los libros eran novelas policíacas de las que era apasionada lectora. Las colecciones Universal y Austral completas y flamantes, estaban simplemente de adorno en el aposento. En cambio, Elinor Glynn, José Francés y Pedro Mata ocupaban lugares de honor. Los discos eran en su mayoría transcripciones de canciones de pegajoso lirismo: Gabriel Ruiz, Agustín Lara. Los *Cuentos de los bosques de Viena* y *Poeta y campesino* daban la nota clásica del repertorio. La música auténticamente folclórica o sinfónica brilla-

ba por su ausencia. Georgina había pensado clausurar el despacho, pero temió que sus huéspedes se ofendieran y confió al azar la inviolabilidad de su retiro.

La noche había cerrado ya. Pensó que Juan no tardaría en llegar y dejó sin inspeccionar el comedor, las dependencias de los criados y la extensa huerta en la que el boliche, el tanque y la cancha de tenis proporcionarían amplio margen de diversión a sus invitados.

La propietaria de tan magnífica quinta se dispuso al arreglo de su persona y con ese objeto se encaminaba a su alcoba cuando topó con el doctor Requena, que iba en su busca.

—¡Ay, Juan! —exclamó—. Me entretuve revisando la casa y mira en qué fachas me encuentras...

—¿Y eso qué importa? —repuso el médico—. No te preocupes. ¿Está todo listo para recibir a tan ilustres huéspedes?

—Creo que sí. Pero, si quieres echa tú mismo un vistazo mientras yo me arreglo... Te encontraré en el despacho.

—Está bien —contestó el doctor.

Penetró en la recámara contigua al billar, destinada a Abel y Miguel, y de ahí, pausadamente, fue recorriéndolas todas, excepto la propia y la de Georgina. Sonreía con satisfacción o con burla cada vez que comprobaba que en ninguna de las recámaras faltaban la loción Flor de Naranja, el talco o la pasta de dientes, la aspirina o el nembutal, la tinta, el block, o la plegadera. Verdaderamente, todo estaba previsto. Si Georgina llegara a arruinarse, podría vivir del alquiler de esas habitaciones lujosas.

Al pasar frente a la despensa vio a doña Panchita, el ama de llaves, quien lo saludó con deferencia. Pedro, el mozo, salía del comedor en esos momentos y después de saludarlo le preguntó si deseaba algo. Juan le pidió le llevara un jaibol bien cargado al despacho.

Dentro de éste, se sentó en cómoda butaca sin encender la luz y fumó una pipa sumido en curiosas reflexiones. Ansiaba enfrentar a todas aquellas personas que, de una u otra forma, habían influido en la vida de Georgina. Por referencias de ésta, las conocía casi tan bien como si las hubiera tratado personalmente. A todos ellos, con excepción de los jóvenes Miguel y Celia,

los había colocado definitivamente en casilleros imaginarios, con su manía de psicologar al prójimo. A Adela y a doña María les concedía una mínima atención. No eran, en su concepto, mujeres capaces de situarse al mismo nivel que Georgina. En cambio, la adoración tenaz que Fernández dedicó durante largo tiempo a la señora Llorente le dio la sensación de una basura en el ojo; no le permitía disfrutar plenamente de sus relaciones con Georgina. A causa también de su temperamento excesivamente celoso, la existencia persistente de Mario Ortiz, el primer marido de su amada, le era insoportable. Juan hubiera querido ser el único hombre en el pasado, presente y futuro de Georgina. Y ahora, una sombría sospecha iba cayendo pesada en su mente.

Al cabo de un rato encendió una lámpara e impaciente comenzó a dar vueltas en la habitación. Era Juan un hombre guapo, ya maduro, que conservaba el porte y los andares de la juventud. Sin embargo, en el rostro alargado, en la nariz aguileña y en los ojos oscuros y profundos se advertía que el médico no era un sincero entusiasta de la vida. Los labios cansados y las ojeras sombrías denotaban más escepticismo que gozosa fatiga. Quizá el trato frecuente con enfermos le prestó ese aire desconcertante, hondo y torcido a la vez.

Georgina, aureolada de un hálito perfumado, penetró en la estancia. La seguía el previsor mozo que traía en una bandeja de plata dos vasos de jaibol. Los depositó en una mesilla y se retiró discretamente,

—¿Qué te parece? —inquirió la señora.

—Estás muy guapa —replicó Juan con fría aunque seductora amabilidad—. ¿Estás ensayándote para recibir a esos señores, o es por mí por quien te esmeraste?

Georgina se ruborizó ligeramente. Le molestaba que él sospechara sus más recónditas emociones, pero fingiendo indiferencia, dijo:

—Tú sabes que no me gusta que me veas desarreglada —y preguntó de nuevo—: ¿Qué te parece todo?

—Muy bien —decidió abandonar por el momento sus escarceos psicológicos y prosiguió—. Muy bien, de verdad. Serás una anfitriona modelo. Y dime, ¿crees que vendrán todos?

—Pues, creo que sí. Diana será la primera. Esa no falla cuando se trata de divertirse.

—Realmente, es bastante frívola.

—Bueno, tú no la conoces sino a través de lo que te he contado.

—No, la conozco a ella personalmente.

—¿La conoces?

—¿No te lo había dicho?

—Nunca.

—Se me habrá pasado.

—¿Y cuándo la conociste?

—Pues... Hará un año, más o menos. Cuando fui por una temporada a Los Ángeles, ¿te acuerdas?

Georgina fruncía el ceño desconcertada. Le parecía muy raro que Juan no le hubiera contado nunca que conocía a Diana, ni siquiera cuando supo que la invitó. ¿Habría habido algo entre ellos? ¿Diana era tan coqueta, y tan bonita!

El doctor Requena adivinó lo que pasaba en la mente de su amiga, y para que no se hablara más de ello, sonriente y acariciador le dijo:

—¡Vaya, vaya!... ¿Qué estás pensando?... ¿Celosa? No des a tu amiga más importancia de la que merece. Vendrá, nos reiremos un poco de ella, y ya. Y... el diputado... ¿Crees que vendrá?

Georgina olvidó al instante sus incipientes celos. La renacida ilusión ocupaba sus soliloquios constantemente y la absorbía de tal manera que pasaba de largo ante sutilezas e indirectas. No se dio cuenta de la habilidad que Juan demostró al transformarse de acusado en acusador, y no supo qué contestarle. El médico, sonriente y seguro ya de lo que sospechaba, continuó:

—Y... ¿Tu ex marido y su familia?

—¡Ah! —exclamó la señora Llorente siendo la oportunidad de cambiar de tema—, éstos sí vienen, de seguro. Adela no querrá, pero Mario... bueno, no es que yo presuma, pero bien que me baila el agua...

Se interrumpió porque vió en el ceño de Requena un pliegue sombrío. Con intención de disiparlo continuó apresuradamente:

—Sobre todo, Celia los tiene dominados y es muy novedosa. Querrá venir y los tres vendrán. Doña Mariquita quién sabe si venga, aunque de Miguel estoy segura.

—¿Y Fernández, tu admirador?

Georgina sonrió molesta:

—Bueno, ya ves que se necesitaba un tipo de esos en la reunión, para que hubiera de todo. Tú me ayudaste a hacer el plan, acuérdate.

—Que te siguiera la corriente y que clasificara a tus amistades es una cosa, que lo planeara todo es otra muy distinta. Pero, no vamos a pelear por eso.

—Ni por eso, ni por nada, ya lo sé. Desde hace dos años, cuando fui a consultarte porque me sentía enferma de los nervios, has sido maravilloso conmigo, Juan.

—Gracias. Pero temo no haber curado por completo tus manías antiguas. Por lo menos una de ellas...

Una de las recamareras llegó de improviso y anunció que la cena estaba servida. La presencia de Margarita permitió a Georgina cortar la conversación. Rápidamente penetró en el amplio y elegante comedor, seguida de Juan. Y cenaron casi en silencio, separados por la ancha mesa, plena de encajes, plata y cristal.

VII

EL PRINCIPIO DEL FIN

Eran las ocho de la noche de un viernes de septiembre. A la magnífica quinta de Coyoacán iban llegando los invitados. Georgina Llorente, vestida con un hermoso traje color ciruela y adornada con joyas de granates, derrochaba cortesía encastillada en la sala de su residencia.

La primera en llegar fue Diana Leech. Lucía un elegante traje sastre azul y una detonante blusa de seda. Llevó consigo su equipaje entero y Margarita, recamarera pizpireta y entrometida, se encargó de colocarlo en la habitación de Diana. La estancia de ésta en la quinta se prolongaría indefinidamente.

Después llegaron los Ortiz. Mario instaló su coche en el garaje, Adela y Celia repartieron su equipaje en sus respectivas alcobas y en seguida los tres se reunieron en la sala con Georgina, Juan y Diana.

La conversación era asaz insípida cuando arribaron Miguel Prado y su madre. Georgina saludó efusivamente al muchacho y con doña María adoptó desde luego una actitud protectora que pretendía inspirar confianza.

—Si quiere usted pasar a su cuarto, señora... —le dijo.

Doña María, cohibida ante el lujo de la sala, y desconcertada ante la cómoda actitud de los allí reunidos, accedió.

Ya en el cuarto que le habían destinado, sacó de un deteriorado maletín una vieja bata negra, su camisón de franela cerrado hasta arriba, los escasos enseres y prendas de vestir que llevaba consigo y los guardó en elegante armario. Luego se miró un instante al espejo. Su figura alta y seca denotaba la sombría frialdad de los seres que se jactan de haber cumplido siempre con su deber y desentonaba con ruido del medio ambiente.

Desorientada, comenzó a rezar en voz baja una serie de jaculatorias para darse ánimo, y poco a poco la idea de que ella, y no Georgina, era la verdadera dueña de aquel lujo, se fue apoderando de su cerebro una vez más. Repetía en voz baja: “Jesús mío, misericordia. Alma de Cristo, santifícame. Ya que vinimos,

es necesario que no nos vayamos con las manos vacías. Hay que sacarle algo a esta... como sea". Y terminó con una oración: "madre mía de Guadalupe, si me haces este milagro te prometo un corazón de oro y entrar a la Basílica de rodillas". Así fortalecida, decidió demostrar a los demás, y principalmente a su anfitriona, que no se asustaba de ellos y que sabía desenvolverse en un ambiente que era más suyo que de ellos mismos.

Regresó a la sala, se instaló cerca de Adela y trató de entablar conversación con ella. Pero la charla extraña y descarada de Diana llamó su atención. Se comentaban las frecuentes huelgas de obreros en Estados Unidos de Norteamérica, e inevitablemente, se discutía el tema del comunismo. El doctor lo condenaba enérgicamente, Miguel se mostraba débil partidario y Mario dijo:

—Lo malo del comunismo es que ordena no creer en Dios.

—¿Y eso qué? —decía Diana—. Viéndolo bien, creo que es mejor no creer en él.

Doña María ignoró la mirada de advertencia de su hijo, saltó como pinchada por una aguja de fuego e increpó a Diana:

—Eso es una blasfemia horrible, señorita... o lo que sea usted. Eso sólo lo dicen los que viven en libertinaje, y por eso no les conviene creer en un dios justiciero.

Diana rio despectivamente, apuró un coctel e iba a replicar cuando Georgina exclamó:

—Por favor, cambien de tema. La religión y la política no deben ser tocadas si se desea que haya paz en una reunión.

—*All right* —concedió Diana—. Hablemos entonces del amor, ¿no les gusta el tema? —dedicó una mirada burlona a Juan y agregó—: Aunque sea de los amores frustrados...

Miguel captó la mirada de Diana y quedó intrigado al notar el relámpago de ira que cruzó el semblante del médico. Éste no tuvo tiempo de decir algo, porque ya Celia exclamaba:

—¡Ay, sí!, ¡qué interesante! Cuéntenos usted algo, *miss*, cuéntenos algo.

Y mientras Diana parecía dispuesta a complacerla, doña María entabló conversación aparte con Adela acerca del tiempo. Juan, a su vez, con el propósito de permanecer al margen del discurso de Diana, abordó a Mario y le

ofreció una nueva bebida. *Miss Leech* tenía por únicos oyentes a Celia y a Miguel, ya que Georgina iba y venía de un lado a otro sin hacerle caso. Desistió de su intento de poner en ridículo al médico rememorando cierto episodio y se limitó a decir banalidades que entusiasmaban a Celia y aburrían a Miguel.

Pedro, el mozo, asomó a la puerta y comunicó la llegada de otro invitado. El corazón de Georgina dio un brinco. Pronto, sin embargo, se desilusionó al ver entrar a Abel. Fue a su encuentro de mala gana y lo presentó con los demás invitados. Abel, que no tenía ojos sino para ella, soportó las presentaciones en silencio y se aisló en seguida en un rincón a beber un coñac doble y a contemplar a su amada con emoción contenida.

Georgina consultaba a cada segundo su reloj pulsera, ordenaba se sirviera otra ronda de licores, pero ante la indicación de Juan acerca de la oportunidad de cenar, no tuvo más remedio que rendirse. Aquél hizo notar:

—Creo que el diputado ya no viene. Son más de las nueve.

La dueña de la casa trató de dominar su contrariedad y pidió a sus huéspedes que pasaran al comedor. Desfilaron en grupos: doña María y Adela por delante, subconscientemente ligadas por el despecho y los celos hacia su anfitriona; detrás, Diana, Celia y Miguel engolfados aún en comentarios de romanticismo barato y vulgar; en seguida, Juan y Mario, corteses e indiferentes en apariencia, pero desconfiando el uno del otro en su fuero interno y, por último, Georgina y Abel, cohibidos ambos, ella por el afán de ocultar su decepción, él por la cercanía de “su tormento”. El malestar de Abel se dispó en parte cuando Georgina recomendó a sus huéspedes que admiraran durante el día las pinturas murales de los corredores. Insistió en que éstas y las plantas del jardín eran lo único que valía realmente en la residencia que ellos admiraban. Esa admiración era motivada más por la rutina que por la franqueza. Únicamente Celia y Miguel eran sinceros en su entusiasmo. La joven, con coquetería, dijo a su compañero:

—Hay que recorrer esta quinta, es muy interesante, ¿verdad?

—Seguro —contestó Miguel—, ya la recorreremos, verá usted.

Ya en el comedor, Georgina indicó a cada uno su lugar en la mesa. Ella y Juan ocupaban las cabeceras. A la izquierda de la señora Llorente, Mario,

Adela, Abel y Diana; a la izquierda de Juan, Celia, Miguel y doña María. Quedaba un lugar vacante a la derecha de Georgina, y ya ésta iba a rogar a la mamá de Miguel que lo ocupara, cuando Pedro anunció:

—El señor diputado Román Arana espera a la señora en la sala.

Georgina salió radiante del comedor. No pudo notar la consternación que se pintó en el rostro de Adela, ni la sonrisa despectiva de Mario, ni la curiosidad angustiosa de Abel.

Llena de gozo llegó a la sala y se detuvo jadeante en el umbral. Octavio la abordó:

—Señora, perdóneme, creo que soy inoportuno. Ya ustedes estaban en la mesa, y yo sólo quería pasar un momento a saludarla a usted.

—No, no, de ninguna manera. Usted nunca es inoportuno. Y no me diga que va a hacerme el desaire de irse después de tanto...

Calló al notar que decía demasiado. En los ojos oscuros del diputado bailaron unas chispitas de burlona satisfacción, sin embargo, su vanidad halagada influía menos en él que su propósito de huir cuanto antes y trató de hallar un pretexto para retirarse.

—Estaría encantado de hacerles compañía, pero créame que tengo mucho trabajo. Vine a México sólo por unos días con motivo de un asunto urgente, y...

—¡¿Ah, sí?! ¿Conque no vino porque yo lo invité?

—Señora, yo...

—Nada, nada. Ya se descubrió usted. Y ahora, para que yo le perdone esa... descortés franqueza, tendrá que quedarse.

“Ya metí la pata”, pensó Octavio. Y resignado siguió a Georgina hasta el comedor. Ella lo presentó globalmente a los demás invitados, y la cena dio principio.

El diputado no había tenido tiempo de mirar a ninguno de los comensales porque estaba ocupado en hacerle los honores a una ensalada de fruta y en contestar con monosílabos las preguntas de Georgina, pero en cuanto ésta se unió a la conversación general, se dedicó a observar a los que lo rodeaban. Miró de reojo a doña María. “¿Quién será ese esperpento? Mucho me divertiré con ejemplares como éste. Pero, ¿no es esa, Adela?” Su mirada se posó

insistentemente en la mujer de Mario, y al notar la palidez y agitación que Adela no podía esconder, estuvo seguro de haberla reconocido. “Sí, es ella.” Intentó una sonrisa que en ella no halló eco. “Vaya, por lo visto me guarda rencor. Y ese que está junto a ella, ¿será su marido? O, más bien, ¿será el del otro lado?”

Al fijarse en Abel, su mirada fue atraída por otros ojos que lo provocaban. Eran los de Diana Leech. “¡Chispas! ¡Esa sí que es un monumento!” En ese instante, Georgina le preguntó si no se sentía a disgusto. Octavio contestó con absoluta sinceridad:

—No, señora, al contrario. Y con mucho gusto me quedaré, si no le sirvo de molestia.

Y volvió a mirar a Diana. Ella sonreía. Él estaba encantado. Presentía que el fin de semana no resultaría aburrido, ni mucho menos. “Pero, hay que ir con tiento. La muchacha no será una conquista difícil, pero ¿quién será? ¿Estará casada? El pobre diablo (Abel) que está a su derecha ¿será su marido? En ese caso no hay por qué preocuparse. Pero, no. El marido debe ser ese otro que está en la cabecera.”

Octavio estudió al médico. Éste se le quedó mirando, y en sus ojos había un destello que aun en el fanfarrón y soberbio diputado era capaz de hacer mella. Interpretó Octavio esa mirada como una confirmación de sus sospechas y en un momento dado preguntó a Georgina:

—Dispéñeme, el señor que está ahí, ¿quién es? Me parece recordarlo.

La señora se ruborizó ligeramente y contestó:

—Es el doctor Requena. Quizá usted haya oído hablar de él. Es un famoso cirujano.

—¡Ajá! ¿Y aquella señora es su esposa?

—No —rio Georgina—. El doctor es soltero, y Diana, por ahora, también.

—¿Por ahora?

—Sí. Diana se ha casado tres veces y se ha divorciado otras tantas.

—¡Ah!

“Bueno. La conquista va a resultar demasiado fácil. Es una lástima. En fin, por otra parte, así está mejor. No hay que desaprovechar la oportunidad.” Octavio hizo caso omiso de los demás y se dedicó a contemplar a Diana.

La señora Llorente empezó a adivinar lo que sucedía en los ánimos de *miss* Leech y de Román Arana y lamentó haber invitado a su amiga. En desquite, envió un encubierto saludo a Juan. Él le contestó con una mueca de ironía disimulada.

Adela, por su parte, se daba cuenta también del incipiente romance y su temor se iba trocando en ira. Cuando vio frente a ella a Octavio, experimentó un miedo terrible ante el conflicto que para ella implicaba esa presencia. Y ahora, al percatarse de que él la ignoraba por completo, se indignaba. Su mal humor crecía por momentos y buscando una salida se volcaba sobre el flemático Mario. Éste tampoco le hacía caso, pasaba por alto sus gestos y sus pullas y procuraba acaparar a Georgina.

Abelito, ignorado por sus vecinas Diana y Adela, bebía y callaba. Los platos que le servían eran retirados casi intactos; en cambio, bebía vino blanco y vino tinto en la cantidad que su educación y la deferencia del mozo se lo permitían. Ante todo, observaba a los comensales. “Georgina, mí Georgina, está tan bella como siempre.” En Abel renacía la vieja pasión a la par de los celos. Cuando Román Arana llegó, su intuición de enamorado le dijo que aquel individuo, guapo y altivo, no le era indiferente a la dueña de la casa. Pero la actitud del diputado lo tranquilizó. Sus recelos oscilaron entonces entre el doctor y Mario. Veía a éste obsequioso y tenaz cerca de Georgina, y no olvidaba que había sido marido de ella. Y notaba también las sonrisas que ella dedicaba al médico.

La cena transcurría en un tono sombrío, casi silencioso, que traslucía los estados de ánimo de los invitados. Sólo Miguel y Celia, en un mundo aparte, reían y charlaban. Y únicamente Georgina, secundada por Juan, trataba de generalizar la conversación.

—¿A qué no saben ustedes una cosa? —preguntó en voz alta el médico—. En esta casa espantan.

—Juan, ¡por Dios! —interrumpió Georgina—. ¿Para qué hablas de eso?

—¿De veras espantan? —preguntó Celia—. ¡Qué interesante!

—¡*Holy Moses!* —exclamó Diana—. ¡Eso es maravilloso!

—A ver, a ver —preguntó el diputado—, ¿cómo está eso?

—Pues, en las noches —explicó el doctor—, según me han contado los criados y la misma Georgina lo admite, se ve un fantasma por los corredores.

—Y, ¿cómo es ese fantasma? —inquirió el escéptico Miguel—: ¿Es una sombra, una luz, o qué?

—Pues —contestó Georgina—, se ve una sombra blanca, alta, caminar sin ruido. Pero —añadió alarmada—, no se van a asustar por eso, ni se irán, ¿verdad?

—No —aseguró el diputado—, al contrario. Será un aliciente más.

Las mujeres dominaron sus terrores y pidieron más detalles del fantasma.

—Yo no creo en fantasmas —declaró Mario—. Son puras figuraciones.

—No —contradijo doña María—, no son figuraciones. Son almas en pena a las que Dios permite volver al mundo para pagar lo que deben.

—¿A ti te han pagado algo, Georgina? —preguntó Diana—. ¿No será alguno de tus acreedores?

—Quiere usted decir deudores —apuntó Miguel—. Pero no se trata de deudas de dinero, señorita, sino de otra clase de deudas.

—Bueno, pero, ¿de veras se aparece? —interrogó Adela— ¿Usted lo ha visto?

—Yo, personalmente, no —contestó Georgina—. Pero doña Panchita y Felipa la cocinera aseguran haberlo visto. Dicen que da vuelta por los corredores y a veces lo han divisado también por la huerta. Pedro —llamó al mozo—, cuéntales lo que pasó el otro día.

—Pues, la verdad, no sé si se me figuró o no, pero una noche oí unos gritos de doña Felipa que decía que había pasado el fantasma junto a ella. Salí de mi cuarto y corrí hacia la cancha de tenis y alcancé a ver una sombra blanca que se hundía en el tanque.

—Entonces es un fantasma al que le gusta nadar —comentó Octavio.

—Los fantasmas no nadan —explicó Adela.

—Bueno —confesó el diputado—, no conozco las costumbres de los fantasmas, y si usted dice que no nadan, pues no nadan.

El fantasma siguió siendo tema de la insulsa conversación. Juan había conseguido animar el final de una cena tirante y silenciosa.

VIII

SOMBRAS QUE CAMINAN

Momentos antes de abandonar la mesa, Georgina hizo saber a sus invitados que estaban “en su casa”, y que naturalmente podían distribuir el tiempo a su guisa y disponer de la piscina, de la cancha de tenis, del radio, de la cantina, del jardín, de todo, en resumen, lo que en la casa había, como si fuera propio. Únicamente les suplicó procuraran reunirse a la hora de las comidas: las diez para el desayuno, las catorce para la comida y las veinte para la cena.

Doña María pretextó un cansancio que si en lo físico era fingido, era auténtico en lo moral, y se retiró a su alcoba. Miguel la acompañó breves instantes y fue después a reunirse con Celia en la sala. Los jóvenes sintonizaron la W y se dedicaron a bailar y a conversar. Diana y Octavio pronto los imitaron. En tanto Mario, Adela, Juan y Georgina, jugaban al póker. Abelito habíase escondido en el despacho, lugar de él bien conocido, y procuraba amortiguar su inquietud y sus recelos escuchando canciones en el tocadiscos, vaciando poco a poco una botella de Bacardí que Pedro le habla proporcionado espontáneamente. Sirviente psicólogo, al encontrar al solitario Abel en el despacho adivinó cuál era la compañía que a falta de otra mejor el señor necesitaba, y le llevó cocacolas, hielo y ron. Para Abelito, desde luego, la mejor *cuba libre* era la que carecía de cocacola.

Mientras doña María y Abel, aquellos nones tristes, maduraban a solas sendos planes para realizar sus respectivos anhelos, en la sala de la residencia se iniciaban dos romances. ¡Cuán distinta, empero, era la conversación de los jóvenes de la del diputado y la americana! ¡Y qué diferentes reacciones, también, provocaban el romance intrascendente y el *flirt* picante!

Nadie observaba a Miguel y a Celia. Adela, que esa noche tenía buena suerte en el juego, sólo miraba a su hija para advertir, estremeciéndose, cuán pareci-

da era aquella fisonomía a la del diputado. Georgina veía a su amiga Diana de cuando en cuando con aquella expresión que hace exclamar “¡si las miradas matasen!” Los señores jugadores se sentían muy satisfechos de verse privados de la compañía de Román Arana.

Pedro había colocado una mesilla de ruedas en un rincón de la sala, con una hielera, Ginger Ale, *whiskey* y vasos. Georgina repetidas veces había preparado jaiboles para Mario y Adela y dejaba que los demás se los preparasen por sí mismos. Ella no bebía, procuraba mantenerse serena, concentrarse en el juego y olvidar su tonta imprevisión al haber invitado a Diana. “Lo hecho ya no tiene remedio. La actitud de Octavio y Diana va a precipitar los acontecimientos y a modificarlos.”

El doctor jugaba tranquilamente y tenía ya, a su izquierda, un respetable montón de fichas. Parecía que nada le importase fuera del juego, y sólo las frases “¿cuántas?”, “dos, por favor”, “tercia” o “para mí no sirven” salían de su boca ocupada constantemente en extraer humo de su pipa. Georgina perdía, aunque no en la misma proporción que Ortiz. Éste comenzaba a ponerse de mal humor.

En una *mano* que Juan había repartido, Mario recibió un par de ases y un par de dieces, y apostó fuerte al ver que Adela y Georgina pasaban. El médico duplicó la apuesta. Ortiz la igualó y pidió una carta. Recibió otro as, y sin disimular su gozo, empujó hacia el centro de la mesa todas las fichas que le quedaban. El doctor, tranquilamente, las contó, las pagó y dijo:

—No le apuesto más porque ya no tiene usted fichas.

—¿Y eso, qué? Tengo dinero. Apueste, apueste usted.

—Bueno. Van diez pesos más.

—Los diez, y veinte más.

—Los veinte, y cincuenta más.

—Los cincuenta, y cincuenta más.

—Está bien. Pagados.

—¡Tengo *full*! —exclamó triunfante Mario—. Y ¡*full* de ases!

—Lo siento —atajó el médico—. Tengo color —y recogió con parsimonia fichas y dinero.

Ortiz se puso pálido, no pudo contenerse y exclamó:

—¡Caray, doctor, qué suerte! Y qué raro... cada vez que usted da, gana. ¡Cómo fue a entrarle la carta que le faltaba!

—¡Mario! —interrumpió Adela— ¿Cómo te atreves...?

—Señora —interpuso Georgina, conciliadora—, si él no quiere decir que...

—¿Qué yo hago trampa? —sugirió Requena.

Ortiz calló. Estaba furioso. Y sí, sí pensaba que el doctor hacía trampa. Adela disimuladamente lo pellizcó y le dijo:

—Anda, di que no quisiste decir eso.

Pero él nada dijo. Le sublevaba que su esposa lo mandase. Se puso de pie, pero no bien lo hubo hecho Adela lo cogió de un brazo, lo zarandeó y le repitió, casi a gritos:

—¡Di que no quisiste decir eso!

Los bailadores interrumpieron la danza. Celia llegó hasta su madre y le preguntó:

—¿Qué pasa, mamá?

Octavio, Diana y Miguel miraban. Georgina trataba de sonreír y Adela persistía en su empeño de que su marido ofreciera disculpas, pero éste, más enojado aún porque su esposa lo ponía en evidencia, le decía:

—¡Déjame, déjame! —y procuraba desasirse.

El doctor entonces intervino:

—Señora, no forme usted una tempestad en un vaso de agua. El señor Ortiz no tiene por qué disculparse ya que en nada me ha ofendido.

Pero Adela no lo oía, y le decía a su marido exaltándose más y más:

—¡Y cómo te pones cuando pierdes! ¡Cualquiera diría que es tuyo el dinero! ¡Ya me tienes harta!

Mario se volvió a mirarla y con calma le dijo:

—Yo también estoy hartito, pero te prometo que muy pronto, prontito, se aclarará todo.

Celia estaba desolada. “¿Qué les pasa a mis papás? ¿Qué es lo que se va a aclarar muy pronto?”

Juan, entretanto, preparaba dos jaiboles bien cargados y sonriente se los ofrecía a Ortiz y a Adela:

—Anden, tomen ustedes, en señal de paz. Hemos venido a pasar el tiempo agradablemente y no a dejarnos llevar por los nervios.

Los esposos Ortiz, obligados a regresar a su ambiente de sociedad, y avergonzados por la escena que habían provocado, aceptaron el armisticio y bebieron.

—Gracias, doctor —dijo Adela—. Es usted muy amable y comprensivo. Y usted, Georgina, dispénsenos.

—No tenga usted cuidado —contestó la dueña de la casa—. Un mal rato cualquiera lo tiene.

—Hombre, doctor —dijo Mario—, realmente es usted muy *gente*. Yo nada quise decir; pero ya ve usted cómo son las señoras...

Rieron, y las señoras se unieron a su alegría, aunque no del todo satisfechas. Celia había estado a punto de llorar, pero se tranquilizó cuando se reanudó la partida de póker. Se despidió de Georgina y del doctor, dio sendos y fríos besos a sus padres. Deseó buenas noches a Diana, Octavio y Miguel, y se retiró.

Ya en la puerta se volvió y se topó con la mirada penetrante de Octavio. La muchacha, desconcertada, se olvidó de comprobar la tranquilidad de sus padres y echó a correr hacia su cuarto.

Los pensamientos intrigados de Octavio huyeron ante la voz de Diana:

—¿Le interesa la muchacha, diputado?

—Sí, pero no de la manera que usted cree.

—¿Entonces...?

—Mejor hablemos de otra cosa... ¿Qué le pareció lo del fantasma? ¿No le tiene usted miedo? ¿Qué haría usted si fuera a visitarla esta noche?

—¡El fantasma! —Diana rio—. *Oh, you little rascal!*

Bailaron unas cuantas piezas más. En seguida *miss* Leech se despidió y se retiró a su recámara. Estaba contenta, aun cuando su propia alegría la desorientaba un poco. Ignoraba Diana que una noche, en lugar de la de Eros, bien podría recibir la visita de Thanatos.

En la sala, mientras tanto, el matrimonio Ruiz se despedía y lo propio hacían Miguel y Octavio.

Georgina y Juan, solos ya, comentaban los sucesos de la noche.

—Tengo miedo —decía Georgina— de que este fin de semana resulte un fracaso. Ya ves, todos se sienten a disgusto.

—Todos, no. Tu amiguita y el diputado se ven muy contentos.

En vista de que Georgina callaba, el doctor prosiguió:

—Y esos muchachos, Celia y Miguel, se llevan bien, son jóvenes y se divierten.

—Sí, pero ya ves, pobre Celia, se quedó muy preocupada por el disgusto que tuvieron sus padres. A propósito, te agradezco mucho tu actitud, Juan. Realmente, Mario es muy grosero.

—No te preocupes. Yo haría cualquier cosa por evitarte un disgusto, reina —y alzándole suavemente la barbilla, la besó en la boca. Georgina tembló y no devolvió el beso. El doctor, frunciendo el ceño, repitió:

—Ya no te preocupes, ¿quieres? Los invitaste para observarlos, como quien dice, para hacer un experimento original. ¿A qué viene ahora que te preocupen sus pleitos o sus amoríos?

—Tienes razón, Juan.

Echó ella una mirada en derredor: los ceniceros colmados de colillas, los vasos a medio vaciar, el claro delante del radio, la mesa con fichas y barajas revueltas, todo ello le dio una sensación de inutilidad y de vacío. Pero procuró rehacerse. “Quizá no todo esté perdido. Mañana, tal vez...”

Apagó las luces y seguida del médico salió de la estancia. Al llegar a su cuarto, le dijo a Requena “hasta luego” y penetró en la penumbra.

En las primeras horas de la madrugada del sábado, los corredores de la quinta de Coyoacán fueron visitados por sombras silenciosas. Una, dos, tres sombras. La una llegó ante una puerta y tocó con los nudillos. Largo rato esperó inútilmente que le abrieran. Huyó asustada al ver a la segunda sombra. Ésta la miró a su vez y no se inmutó. La siguió con la mirada hasta verla desaparecer, y a su vez, se esfumó. Minutos después surgió una tercera sombra solitaria. Caminó, entró a una habitación, desanduvo el camino y desapareció.

Sombras... sombras... ¿Serían fantasmas? ¿Serían personas? ¿Serían, en suma, imágenes de la vida? Porque dice Shakespeare que “*life is but a walking shadow*”. ¿Será a su turno la muerte una sombra inmóvil?

IX EL DELEGADO INTERVIENE

El amplio ventanal del comedor permitía observar los arbustos recortados que rodeaban la cancha de tenis y un trozo de cielo plomizo, denso; un trozo de cielo en el que diría que había ido a refugiarse el humo de cientos de fábricas infernales. Cielo que no amenazaba tormenta, pero que oprimía la imaginación con su pesadez.

El aposento se rebelaba al ambiente de fuera. Con su mobiliario de magnolia, sus cretonas abigarradas y sus relucientes espejos pretendía alegrar a los invitados.

El desayuno había comenzado sin la presencia del matrimonio Ortiz. Celia, que en un temprano torneo de natación con Miguel había recobrado su optimismo, empezaba a preocuparse de nuevo. Él trataba de distraerla, entre sorbo y sorbo de jugo de jitomate. Doña María, en pie desde temprano, había terminado su almuerzo y esperaba una ocasión para retirarse discretamente. Diana engullía huevos con tocino, pan tostado con mantequilla y mermelada, y café: su apetito se avenía mal con las ojeras que circundaban sus verdes ojos. Román Arana se mostraba displicente, pero comía bien. Abelito, el pobre, demostraba más los síntomas de una cruda sed que los de una sana hambre.

De pronto Celia, impaciente, declaró que iba en busca de sus padres. Georgina comenzaba a decirle:

—Déjelos, chula, no es tan tarde...

Pero ya ella corría.

Instantes después, a través del jardín llegó un grito desgarrador. Georgina y sus invitados se estremecieron y se miraron entre sí, asombrados. El doctor Requena fue el primero en reaccionar:

—Vamos a ver qué pasa —dijo—. Y se encaminó al cuarto del matrimonio Ortiz seguido del diputado y de Miguel.

Un cuadro desconcertante se ofreció a los ojos de los tres hombres: en su cama, en medio de un charco de sangre, yacía Mario. En su lecho, Adela parecía dormir. Y entre las dos camas Celia había caído desmayada.

El licenciado Prado, retrocediendo, impidió el paso de las señoras que los habían seguido. Octavio tomó en sus brazos a Celia y la sacó de la habitación. El doctor, mientras tanto, examinaba a Adela. Miguel, con evasivas, logró llevarse a su madre, a Georgina y a Diana hasta la sala, les suplicó que esperaran y regresó para ayudar a Octavio a trasladar a Celia. Reunióseles el médico y a las desordenadas preguntas de las mujeres contestó sin ambages:

—La señora está dormida nada más, pero el señor Ortiz está bien muerto de una puñalada en el corazón.

—¡Dios mío! —exclamó Georgina—. ¡Y en mi casa!

—¡Jesús misericordioso! —clamó al mismo tiempo doña María y añadió piadosamente—: ¡Dios lo tenga en su santo reino!

—Pero, ¿quién lo mató? —inquirió Diana.

—Y, ¿cómo vamos a saberlo? —replicó el diputado.

—Quizá cuando la señora despierte pueda decirnos algo —observó Juan.

—Hay que despertarla —propuso Georgina—. ¿No podrían traerla para acá?

El doctor aprobó y Román Arana lo acompañó hasta la alcoba macabra.

Abel, que hacía unos momentos había llegado, escuchaba en silencio y como alélado todo aquel barullo. Celia iba volviendo en sí, auxiliada por Georgina y la criada Margarita que también había acudido. La señorita aspiraba un frasco de sales y abría los ojos. Al recobrar el conocimiento, gritó de nuevo y clamó:

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Quiero ver a mi mamá! —y pugnaba por volver al cuarto del matrimonio, pero Georgina y Miguel se lo impidieron enérgicamente.

Octavio y el doctor reaparecieron, y el primero dijo a Diana:

—Vaya usted a ayudar a Adela a vestirse y tráigala para acá. No le diga una sola palabra.

—Ya despertó —añadió Juan—, pero parece que no se da cuenta de nada. Y por favor, señora, no toque usted el cadáver. Lo tapamos para que la señora Ortiz no lo viera.

Diana aseguró que por nada del mundo tocaría el cadáver y se fue en busca de Adela. Minutos después ambas entraban en la sala. La señora Ortiz, en apariencia al menos, no comprendía qué pasaba. Se dejó abrazar por su afligida hija, miró a su alrededor y preguntó:

—Pero, ¿qué pasa? ¿Por qué nos miran así? ¿Qué te pasa, hija...? ¿Qué pasa, por Dios?

Nadie se atrevía a contestarle. Celia lloraba de forma histérica y Adela denotaba tal desesperación que Octavio se decidió:

—Celia está bien, no le pasa nada, no te preocupes por ella... “¡Ay! le hablé de tú.” Lo que pasa, señora, es que... su esposo... está muerto.

—¿Muerto?... ¿Mario muerto?

—Sí, señora —corroboró Juan.

—Pero, ¿cómo? ¿Cómo murió? ¿Dónde está?

—Allí, en su cuarto —contestó el médico—. Lo cubrimos para que usted no lo viera mientras yo trataba de despertarla.

—¡Dios mío! —Y Adela se abrazó febrilmente a Celia.

—¡Mamá, mamá! ¡Era tan bueno mi papacito! ¿Por qué lo mataron?

Adela palideció y pareció a punto de perder el sentido. Juan hizo ver la conveniencia de atender a la madre y a la hija y de alejarlas hasta que estuvieran en condiciones de enfrentar el drama que sobre ellas se desencadenaba. Georgina y doña María se ofrecieron para acompañarlas, pero Requena hizo notar:

—Es mejor que tú te quedes, Georgina. Hay que pensar qué se hace en este caso. Margarita puede ponerse a las órdenes de doña María.

Adela y Celia fueron conducidas a la alcoba de la segunda. Juan les administró un calmante y quedaron encomendadas al cuidado de la mamá de Miguel.

De nuevo en la sala se reunieron Georgina, Diana, el médico, Octavio, Fernández y el abogado.

Requena desde luego propuso que se llamara a la policía.

—No, por Dios —protestó Georgina—. ¡Sería un escándalo!

—Pero se trata de un crimen, señora —advirtió Román Arana—, y usted no ha de querer que se encubra a un criminal, ¿verdad?

—Pero, ¿quién es el criminal? —interrogó otra vez Diana.

—Eso es lo que descubrirá la policía —aseguró con optimismo Miguel.

—¿Quién puede haber sido, de veras? —murmuró Georgina.

—¿Con qué lo mataron? —preguntó Abel.

—Parece que con la plegadera —explicó el médico—. La vi en la cama de la señora.

—¿En la cama de Adela? —exclamó Diana—. Entonces, ella fue.

—Pero, Diana, ¡por Dios! —atajó Octavio—. ¿Cómo puede usted decir eso? ¡Adela ni siquiera sabía nada!

—¿Cómo sabe usted que no sabía? —insistió Diana.

Por breves momentos, todos callaron. “En realidad, puede fingir.” “Crean que ella lo mató.” “La hipótesis es verosímil.”

Miguel preguntó:

—¿La señora estaba dormida?

—Usted mismo se dio cuenta de ello cuando entró con nosotros —respondió Octavio.

—Quiero decir —insistió el abogado— que si no estaría narcotizada.

Nadie le contestó. Y al cabo de un instante Juan anunció que iba a llamar por teléfono a la policía.

Georgina suplicó a sus huéspedes que regresaran al comedor, pero ninguno se sintió con el ánimo suficiente para reanudar el interrumpido desayuno.

Abel, subrepticamente, fue en busca del mozo.

Media hora más tarde, cerca del mediodía, llegó a la quinta el delegado del ministerio público acompañado de algunos policías.

Era el delegado un hombre alto, seco, de pocas palabras y mucha experiencia en asuntos penales, especialmente en homicidios. El ejercicio continuo de la profesión había embotado su sensibilidad, y cadáveres y delincuentes tan sólo eran para él piezas de ajedrez que movía diestramente en la perpetua partida que tenía empeñada en contra de la impunidad y el misterio.

Cuando se percató del lujo de la finca y de la calidad de algunos invitados (a Román Arana lo conocía de nombre y de vista) comprendió que en ese caso

la partida sería difícil para él, porque en todas partes las personas de influencia suelen escapar a las manos de la justicia. No se arredró por ello y penetró dignamente en la alcoba del crimen. Resolvió aprehender al culpable, fuese quien fuese.

Examinó someramente el cadáver y envió a buscar al médico legista. Observó la cama contigua, deshecha y revuelta y, envolviéndose la mano derecha en un pañuelo, recogió una plegadera con manchas de sangre. Recorrió el cuarto, examinó la ventana que veía a la calle sur, un balcón típicamente colonial de grandes dimensiones, protegido por una fuerte reja de fierro. La puerta que daba al zaguán era maciza, de madera labrada y ostentaba por dentro una gruesa aldaba de fierro, corrida. La puerta que se abría al corredor, a través de la cual él y los policías habían entrado a la alcoba, era común y corriente, con cerradura ordinaria, y tenía la llave puesta por dentro. Por último, inspeccionó la que comunicaba con la recámara vecina: era corrediza y sin chapa. A primera vista observó que había sido colocada, lo mismo que el tabique que servía de división, mucho tiempo después de haber sido construida la residencia. Un sillón pequeño colocado en frente de ella, parecía indicar que no sería utilizada.

El delegado abrió cajones y maletas, revolvió ropas y enseres lujosos y encontró dos finos relojes de pulsera, un Lord y un Lady Elgin, un anillo y un par de aretes. En el bolsillo del saco del muerto, una cartera con papeles y sin dinero. En el bolso de la señora, dinero en billetes y monedas. En el cajón del buró, un frasco con dos nembutales. Advirtió que la polca no estaba llena de agua y que el vaso parecía usado.

Dejó todo tal como lo había hallado, excepto la plegadera. Ésta le fue entregada al perito en huellas digitales para que la examinase. Ordenó también el delegado que se tomaran las huellas dactilares de todas las personas que se encontraban en la casa. Dejó a un policía de guardia en la alcoba, salió al corredor y se coló de rondón en el cuarto de la dueña de la casa. Observó que frente a la puerta corrediza, y cubriéndola casi por entero, estaba una bonita cómoda de madera de magnolia.

Habiendo tomado nota mentalmente de todos los pormenores dichos, el funcionario pidió hablar con la dueña de la casa. Georgina lo recibió en el despacho, acompañada del doctor y del diputado. El delegado preguntó:

—¿Es alguno de los señores aquí presentes su esposo, señora?

—No, señor —contestó ella, ruborizándose.

—Parientes, ¿tampoco?

—No, señor. Son amigos, solamente.

—Entonces, he de agradecerles me permitan hablar a solas con la señora.

Más tarde, probablemente, me veré obligado a molestarlos.

Juan y Octavio salieron de mala gana de la habitación.

El delegado llamó a un escribiente y procedió a tomar las generales de Georgina. En seguida interrogó:

—¿Qué parentesco tenía usted con el muerto, señora?

—Ninguno. Bueno, era mi ex marido.

—¿Su ex marido?

—Sí, señor. Estuvimos casados hace unos veinte años, pero nos divorciamos. Yo me casé de nuevo y él también.

—¡Ah! Entonces, ¿usted es viuda de su segundo esposo?

—Sí, señor.

—Y el primero, el muerto, ¿vivía aquí con usted?

—No, señor —protestó Georgina—. Estaba pasando un fin de semana aquí en mi casa, con su esposa y su hija.

—¡Ah! ¿Así que aquí se encuentran también una hija y la esposa del muerto?

—Sí, señor.

—Sus nombres, por favor.

—La señora se llama Adela Menchaca de Ortiz, y la señorita Celia Ortiz.

—Muy bien. Y los señores que estaban aquí hace unos momentos, ¿también están pasando el fin de semana?

—También. Son el diputado Román Arana y el doctor Requena.

—¿Hay alguien más pasando el fin de semana en la casa de usted?

—Sí, señor. Está la señora López del Campo, esposa de mi segundo marido...

—¿Cómo, cómo?

—Mi segundo marido —explicó pacientemente Georgina— también era divorciado, como yo, y tenía un hijo de su primer matrimonio, Miguel Prado se llama. Él está aquí con su mamá.

—Ajá.

“¡Vaya lío de divorcios y de crímenes el de estas gentes ricas y ociosas!”, pensó el detective, y continuó:

—¿Quién más?

—El señor Abel Fernández y la señorita Diana Leech.

—¿No hay ningún otro parentesco político entre sus invitados?

—Ninguno.

—Está bien —respiró el delegado. Comprobó que el escribiente había tomado nota fiel de la declaración de Georgina, meditó unos instantes y reanudó su interrogatorio.

—¿Cuántos criados tiene usted, señora?

—Doña Panchita, el ama de llaves; Felipa la cocinera y Tomás su esposo que es chofer y jardinero; Pedro, el mozo; Margarita, recamarera; Juana, recamara también y Zenaida la lavandera.

—¿Y todos duermen aquí?

—Margarita, Juana y Zenaida son de entrada por salida. Los demás sí se quedan. Doña Panchita duerme en un cuarto junto al garaje y Pedro en la huerta, cerca del cuarto de Felipa y Tomás.

—Está bien. ¿Y tiene usted confianza en ellos?

—¡Cómo no! Felipa y Tomás se conocieron estando a mi servicio, y doña Panchita es casi de la familia, fue mi nana, ¡figúrese!

—¿Y el mozo?

—Ese tiene unos dos años a mi servicio, pero trajo muy buenas recomendaciones.

—Otra cosa, señora... ¿Alguien se encarga de cerrar el zaguán por las noches?

—Naturalmente. El mismo Pedro lo atranca a las diez, pues rara vez salgo yo de noche. Cuando tiene su día libre no regresa hasta otro día, pero entonces es Tomás el que cierra.

—Muy bien. Dígame por último ¿Tiene usted una idea de quién pueda haber asesinado al señor... cómo se llama... Ortiz?

—Pues... —Georgina dudaba—. La verdad...

—¿Cree usted que alguien entró de fuera?

—Eso es imposible.

—¿Alguno de los criados?

—¡Ay, no! ¿Por qué habían de matarlo?

—Entonces, ¿uno de sus invitados?

Georgina no contestó y el funcionario no insistió en su pregunta. Atendió a uno de los policías que en esos momentos entraba al despacho para decirle que el médico legista quería hablarle. Fue a entrevistarlo y se enteró de que la muerte de Ortiz había sido instantánea, producida por un instrumento punzocortante, y de que dado el *rigor mortis* del cuerpo y la sequedad de la sangre vertida, la muerte había ocurrido hacía unas diez horas más o menos.

En seguida el perito en huellas dactilares se presentó para informar a su jefe que las encontradas en la plegadera coincidían con las de la señora Ortiz.

—¿Sabe usted, jefe? Tomé las huellas de manera indirecta, de otro modo estas gentes se hubieran sublevado. En el reloj de la señora, en una polvera y en otras cosas de su uso personal encontré las mismas huellas que en el cuchillito.

—Muy bien.

El delegado regresó al despacho. Georgina se había ausentado. Le envió un recado y cuando acudió le dijo:

—Perdone usted que la moleste nuevamente, señora, pero necesito hacerle otra pregunta.

—Diga usted.

—El señor y la señora Ortiz... ¿se llevaban bien?

Georgina dudó sólo un instante. Al fin formuló lo que toda mujer formularía en su lugar: su ex marido no podía ser feliz con otra mujer. “Por lo demás, eso es verdad y a todos les consta. ¿No se pelearon anoche?” Narró esa circunstancia al delegado y añadió que ya en su cuarto escuchó, sin querer, cómo el disgusto entre los esposos proseguía.

—¿A qué hora dejó de oírse la discusión?

—Pues, serían las doce o doce y media.

—Muchas gracias, señora. Le ruego que después de la comida se reúnan todos ustedes aquí en el despacho, por favor. Incluida la viuda.

Georgina asintió y se retiró lentamente. En su rostro se advertía una expresión no del todo compasiva ni piadosa.

X

LA HISTORIA DE SIEMPRE

El delegado, antes de aceptar el almuerzo que le brindó la dueña de la casa, interrogó a los criados. Cumplió este deber más por rutina que por curiosidad, pues creía tener ya la solución del caso. Las declaraciones fueron en general vacías e intrascendentes. Sólo dos datos curiosos recogió el delegado, pero no les dio importancia: doña Panchita, el ama de llaves, aseguró haber visto como a las doce y media de la noche, al señor Abel vagar por los corredores, y Margarita insinuó que su patrona y el doctor *tenían que ver* la una con el otro, dijo que Pedro le había contado que algunas mañanas encontraba quitado el cerrojo de la puerta del zaguán.

A primera hora de la tarde el funcionario reunió a todos los huéspedes de la quinta en el despacho, y sólo por llenar una fórmula, los interrogó por turno. El escribiente tomaba las generales de los declarantes y resumía sus dichos. Georgina nada añadió a lo que en privado había expuesto esa misma mañana. Doña María aseguró haberse dormido desde que se retiró y no haber notado nada extraordinario. Diana, que al principio de su declaración se mostró turbada y dirigía furtivas miradas al diputado, terminó por decir enfáticamente que, aunque ella no se había dado cuenta de nada, estaba segura de que Adela había matado a su marido, e insistió en relatar la penosa escena que tuvo lugar la noche anterior.

Celia se indignó con la declaración de la americana y al delegado le costó trabajo reducirla al orden. Cuando se hubo calmado un poco dijo que esa noche había oído ruidos raros y que, recordando que en la casa espantaban, se había puesto muy nerviosa, que había llamado a doña María a través de la puerta del baño sin obtener respuesta, y que luego se había dirigido al cuarto de sus padres, pero que ellos tampoco le contestaron a pesar de que repetidas veces llamó a su puerta. Que regresó a su habitación, pero como no podía dormir, al cabo de un rato cuya duración no supo precisar, se encaminó nuevamente a la

alcoba de sus padres, que al dar la vuelta al corredor claramente vio una sombra, que supuso que sería el espanto y que llena de pánico echó a correr y se refugió en su cuarto; que allí permaneció largo rato con la luz encendida hasta que logró conciliar el sueño.

La declaración de Celia dio a sus oyentes la impresión de un relato deshilvanado, producido por una imaginación desorbitada. Sólo Miguel y Octavio insistieron en que se hiciera constar que la muchacha había visto una sombra, porque en su opinión esa sombra pudo ser el asesino.

Adela, cuya postración nerviosa era evidente, declaró que en efecto, cuando ella y Mario se retiraron a su alcoba, la discusión resurgió, pero sólo por unos momentos, ya que ella empezó a sentirse extrañamente cansada y pronto se durmió para no despertar sino cuando el doctor, y luego Diana, fueron a llamarla.

El doctor y el diputado declararon que nada sabían, que habían conciliado el sueño a los pocos momentos de recluirse en sus respectivas recámaras, y se abstuvieron de dar opinión alguna sobre el caso. Miguel declaró en iguales términos. Abel, al comprobar que el licenciado no se había dado cuenta de su salida furtiva, omitió mencionarla, tampoco dijo que había visto a Celia ir de su cuarto al de sus padres y se limitó a repetir lo que sus antecesores habían expuesto: nada sabía y se durmió inmediatamente.

Una vez firmadas las declaraciones, el delegado despejó su garganta, lanzó una mirada global a sus interlocutores y tomó la palabra:

—Ustedes saben que mi deber es aprehender al asesino, sea quien fuere. Para eso estoy aquí. Creo que todos ustedes habrán de reconocer que este caso es muy claro: aparece un cadáver apuñalado con una plegadera. El móvil no pudo ser el robo porque en la habitación se encuentran dinero y alhajas. El asesino no pudo llegar de fuera porque la puerta de la casa es atrancada por las noches y las ventanas tienen fuertes rejas. El asesino tiene que ser alguien de la casa. No es lógico suponer que haya sido uno de los criados porque el móvil, repito, no fue el robo. Tiene que ser pues uno de ustedes. Existe además la circunstancia de la reyerta que casi todos ustedes presenciaron entre el occiso y su esposa... Espérense, no me interrumpan por favor. Hay otro dato más importante aún: en la plegadera se encontraron las huellas digitales de la señora...

Al verse señalada, Adela ahogó un grito. Celia exclamó:

—¡No es cierto, no puede ser cierto! Señor, por favor, no diga usted barbaridades, ¿cómo iba mi mamá a matar a mi papá? —y se abrazó desafiante a su madre.

—Señorita, lo siento mucho, pero es mi deber...

—¡No, no! —gritaba Celia— Mamá... ¡Diles que no!

Los circunstantes veían con mayor o menor compasión la escena, pero en todos los rostros se leía la conformidad con la teoría del delegado.

Adela no acertaba a defenderse, su mirada se extraviaba. Preguntó:

—¿Dice usted que mis huellas estaban en...?

—Sí, señora.

—¿Está usted seguro?

—Completamente.

El pobre cerebro de Adela era un laberinto: “Yo lo odiaba... soy sonámbula... mis huellas estaban ahí, en el puñal... ¿Es posible...?” El llanto de su hija y las miradas suspicaces de esas gentes la enloquecían.

—¡Mamá! ¿Cómo ibas tú a matar a mi papá? ¡A mi papacito!

Algún dique profundo se rompió en el interior de Adela y una avalancha antigua, salobre, oscura, se desbordó:

—¡Tu papá! ¡Tu papacito! —reía, reía, y con esa risa rubricaba su propia y estúpida vida—. ¡Ése! ¡Ése no era tu padre! —y con un sollozo cínico comenzó—: Tu padre...

En esos momentos Román Arana intervino y alzando la voz pidió que el médico, Georgina, ¡alguien!, se llevara a Adela y la atendiera. Pero nadie se movía y él, urgido, violento, tomó en sus brazos a la histérica y la sacó del despacho. Celia lo siguió anonadada.

—¿Cuál es tu cuarto? —preguntó el diputado a la muchacha.

—Éste.

Octavio depositó su carga en el lecho y ordenó a Celia:

—Quédate aquí con tu madre y no la dejes hablar con nadie.

Regresó rápidamente al despacho.

—Señor delegado —dijo—, me opongo terminantemente a que continúe usted atormentando a esa pobre señora...

—Señor diputado —interrumpió airado el policía—, yo tengo que cumplir con mi deber.

Román Arana comprendió que aquel hombre no sería fácilmente sobornable y que además tenía a gala ejercer su autoridad sobre personas ricas y de influencia, y cambió de táctica:

—Yo no le impido ni trato de impedirle a usted que cumpla con su deber, aunque usted seguramente piensa lo contrario. Yo no pretendo que se burle a la justicia, sólo quiero que se le dé tiempo a la señora para que se recupere. Una detención en estos momentos podría serle fatal, está terriblemente conmocionada. Estoy dispuesto a ir con usted ante quien usted quiera para garantizar que la señora Ortiz no abandonará esta casa.

—Ni la señora ni ninguno de los que anoche estuvieron aquí —exigió el delegado—. Por lo menos hasta que la señora no se presente voluntariamente.

—Está bien —admitió Octavio—. ¿Quedamos, pues, de acuerdo?

—Esperaré a mañana —concedió el delegado—. Y no es necesario que vaya usted con nadie, señor diputado. Yo soy el responsable en este caso. Pondré un cordón de policías rodeando la quinta...

—Oiga usted, si no se trata de una guarida de malhechores... Y usted lo sabe, yo tengo fuero...

—No se me olvida, pero aquí se ha cometido un crimen, y... si usted quiere hacer uso de su fuero e ir a traer al señor presidente en persona para que me ordene que me largue...

A Octavio no le convenía en esos momentos de su vida política verse envuelto en un escándalo, así que contemporizó con el funcionario y decidió urdir con más calma un plan de acción:

—¡Hombre, no es para tanto! —exclamó—. Claro que yo podría mover mis resortes, pero me gusta la forma en que usted trabaja y estoy de acuerdo.

—Muy bien—. Y tomando su sombrero el delegado salió del despacho con aire de dignidad satisfecha.

El doctor Requena, mientras tanto, había preparado una poción calmante que Georgina llevó a Adela, pero Celia no le permitió la entrada. Se hallaba la dueña de la casa indecisa ante la puerta del cuarto de la muchacha cuando el diputado se acercó, y enterado de la obstinación de Celia la llamó y

le suplicó aceptara el medicamento y lo hiciera tomar a su madre. La señorita obedeció y se encerró de nuevo.

Octavio, sin hacer ningún caso de Georgina, se dirigió a una banca del jardín, frente al cuarto de Celia, y esperó.

Recuerdos difusos, detalles arrinconados en un pasado amorfo e irresponsable adquirirían ahora ante él significado inesperado y urgente: Adela, muchacha rica y de la mejor sociedad regiomontana, había sido su novia, más que su novia, hacía muchos años. ¿Cuántos? ¿Veintitrés? Si, Celia debía tener veintidós de edad. Octavio, fastidiado por el romanticismo empalagoso y los celos absorbentes de Adela había huido a México, encandilado también por horizontes más vastos y prometedores que los de la provincia. Supo entonces que Adela lo había seguido, pero se negó a verla. No sospechó o no quiso sospechar que sus amores hubieran tenido consecuencias. Después oyó decir que la muchacha había contraído matrimonio y ese rumor tuvo la mágica virtud de dominar definitivamente los cosquilleos turbadores de su elástica conciencia. Ahora, la vieja historia resucitaba encarnada en aquella joven, en Celia, su hija ignorada.

Una hora después, la propia Celia salió de su habitación. Tenía los ojos enrojecidos, la nariz hinchada y el peinado deshecho. Caminó inconscientemente por el jardín, y al notar la presencia de Octavio se sobresaltó y trató de huir, pero el diputado la atrajo con dulzura hacia sí. La hizo sentar a su lado y comenzó a hablarle de forma deshilvanada.

—Celia, ahora ya lo sabes, ¿verdad? Créeme, yo no lo sabía, comencé a sospecharlo anoche. No sé ni qué decirte... a lo mejor no me creerías... son cosas que tú no puedes comprender... eres una muchachita... y ojalá nunca las comprendas. Pero te aseguro una cosa, hija, que haré todo lo que sea necesario para ayudar a Adela, para ayudarte a ti. No permitiré que la molesten más. Lo impediré por cualquier medio, ¿me crees?

Celia luchaba entre sentimientos opuestos. Ese señor, un desconocido hasta entonces, era su padre. Por otra parte, su madre, su pobrecita mamá, se encontraba bajo una terrible acusación. ¿Qué iba a ser de ella? Celia era una muchacha frívola y mimada, pero amaba, sin juzgarla, a la madre que siempre fuera buena y cariñosa para con ella. Si aquel señor las ayudaba, ella se lo agradecería con toda su alma. Y balbuceó:

—Sí, señor, sí le creo.

“Señor... Bueno, no va a decirme *papá* de buenas a primeras, es natural. Yo, en cambio, empiezo a quererla de verdad.” Él le dijo:

—Gracias, Celia. Verás cómo cumplo lo que prometo. Mira, yo creo que por ahora es mejor no revelar esto a nadie. No vayas a pensar que lo hago por egoísmo, más adelante ya veremos, pero ahora sólo se complicarían las cosas. Tú por favor convence a Ade... a tu mamá, para que confíe en mí. Dile que nada malo le va a pasar, suceda lo que suceda o haya sucedido lo que haya sucedido, ¿quieres?

—Sí, señor.

—¿Estás más tranquila ahora?

—Sí... De veras... Pero, ¿usted no cree que mi mamá haya matado a mi pa... a... a él, ¿verdad?

—No... —respondió Octavio. Y al ver la cara compungida de su hija añadió con más énfasis— ¡No, claro que no! Ella no lo mató. Averiguaremos quién fue, ya verás. Y ahora, vete tranquila. Mira, en la noche, cuando ya todos estén acostados, ven aquí mismo por si tengo algo que decirte.

—Está bien.

Celia se puso de pie y Octavio reprimió la caricia que estuvo a punto de prodigarle. No era tiempo aún, pero habría de ganar su cariño a cualquier precio. ¡Pobre niña! Y la vio alejarse con ternura.

Cuando desapareció de su vista, echó a andar en dirección opuesta a la que ella siguiera. A los pocos pasos vio a Diana caminando de prisa delante de él. Aunque sus pisadas no se oían, Diana parecía saber que él venía a la zaga, porque se volvió y le sonrió. Al diputado le extrañó esa actitud, pero nada le preguntó. Y ambos de inmediato decidieron jugar boliche para calmar un poco la tensión nerviosa que los oprimía.

XI APARECE EL DETECTIVE

A las seis de la tarde del sábado el ambiente en la quinta de Coyoacán era asaz triste. El fin de semana ameno y original se había convertido en una reclusión forzosa que inquietaba y deprimía a los huéspedes de Georgina. Ella procuraba atenuar la tirante situación y sugería distracciones que en la realidad no llenaban su cometido.

El cadáver de Mario había sido trasladado al anfiteatro del hospital Juárez para los fines de la autopsia. Nadie pensó en disputar a la ley ese derecho, y así, aquel hombre que en toda su vida sólo pensó en sí mismo, se confundía en la muerte con los parias y los delincuentes a quienes el destino suele mostrar cara tan dura y cruel. Sólo doña María, secundada por el ama de llaves, había pensado en rogar a Dios por el ánima de aquel desdichado prójimo: en la alcoba que fuera teatro del crimen improvisó un altarcillo con flores, velas, una imagen de la virgen de Guadalupe y un crucifijo tosco y antiguo que la misma doña Panchita proporcionó.

Celia acompañaba a su madre y de nadie se dejaba ver. Los demás se encontraban reunidos en el despacho. Abel con frecuencia salía y daba grandes paseos por la huerta. Juan y Octavio hablaban del caso, de política, de literatura, intentaban disipar la monotonía pesada y agobiadora de esa tarde animados prudentemente por Georgina e interrumpidos por la fresca inconsciente de Diana.

Miguel, en un rincón, hacía que leía un libro que tomó al azar de la biblioteca, pero su actitud demostraba una clara expectación. De pronto, Pedro se presentó y anunció que el señor Zozaya buscaba al licenciado Prado. Miguel, en cuyo rostro se pintó una expresión de alivio y gozo a un tiempo, se excusó con la dueña de la casa, fue al zaguán y regresó a los pocos momentos en compañía de un señor que representaba unos treinta y tantos años de edad. Era de estatura poco más que regular y a primera vista podría pasar inadvertido.

Una segunda mirada, sin embargo, fijaba indefinidamente en la memoria de quienes lo conocían su porte distinguido, mezcla extraña de agilidad e indolencia, la boca juguetona y cálida sombreada por pequeño aunque agresivo bigote castaño, los ojos verdes, burlones e inquisitivos ante los demás y curiosamente tristes en las horas de aislamiento.

El licenciado presentó a su amigo: Armando H. Zozaya, compañero suyo en la preparatoria e inteligente periodista. Explicó que lo había llamado por teléfono, sabedor de su habilidad y afición para resolver casos misteriosos, y que Armando, previa autorización que recabó del delegado, había acudido con las mejores intenciones de ser útil.

Diana, riendo con desfachatez, exclamó:

—¡*Good!* ¡Ya apareció el detective! Estaba haciendo falta.

—¡Diana, por Dios! —contradijo Georgina—. No seas frívola. Este caso, desgraciadamente, es muy serio.

—No se trata —añadió Octavio— de una de esas novelas policiacas...

—Exactamente —continuó Juan—: *La vie n'est pas un roman...*

—Como decía Argentón, el de Daudet —completó Armando sonriendo, y añadió—: No tengo la pretensión de ser un detective, señores. Vine porque Prado me llamó. Ustedes comprenden, él es un viejo amigo mío y tiene una buena opinión de mí, pero ante todo espero no ser molesto y deseo que la señora me autorice para... pues, para colaborar...

Georgina no respondió inmediatamente, se notaba que aquella intromisión no era de su agrado. Consultó con la mirada a Juan, luego a Octavio, y en ambos leyó el mismo disgusto. Se sobrepuso, empero, y como sinceramente estimaba a Miguel, no quiso contrariarlo y dijo:

—¡Cómo no! Le agradeceremos a usted mucho que nos ayude en este penoso asunto, señor Zozaya.

—Gracias, señora. Y ahora, si me lo permiten ustedes, quiero cambiar impresiones con Prado. Con permiso.

Saludó con una ligera inclinación de cabeza y salió del despacho seguido por Miguel.

—¿Dónde podemos hablar?

—Vente acá al billar.

Se acomodaron en un amplio y mullido diván. Armando encendió un Belmont y se dispuso a escuchar el relato de su amigo sin interrumpirlo. Se atusaba el bigote o alzaba una ceja, según lo que escuchaba le pareciera lógico o lo intrigara. Al fin tomó la palabra:

—Bueno, mano, deduzco de lo que me has contado que tú no deseas que la señora... ¿cómo se llama...? Ortiz, sea la asesina de su esposo porque te has enamorado de la hija.

—Hombre, Armando, ¡esto es serio!

—¿Y cuándo he dicho que no lo sea? Pero para mí el caso está muy claro: la señora tuvo el móvil y la oportunidad. Lo siento mucho, Miguel, pero opino que tus sospechas se derivan más bien de tu simpatía hacia la muchacha, que de datos de verdadera importancia. Vamos a ver: ¿qué es, en resumen, lo que te parece raro en este caso? Que ese fulano, Fernández, salió del cuarto en la noche y que ocultó esa salida en su declaración. Que la señorita... ¿cómo se llama?... Celia, vio una sombra, y que opinas que la señora Ortiz estaba narcotizada.

—¿Te parece poco?

—Muy poco. Fernández pudo salir al baño, sencillamente.

—No, porque salió por la puerta que da al corredor, y el baño está junto a la pieza donde dormimos.

—Bueno. Entonces saldría a buscar un trago. ¿No dices que le tupe muy macizo?

—Eso sí.

—Ahí tienes. Lo de la sombra, pues, son cosas de mujeres: histeria pura. Estuvieron hablando de espantos en la cena, y la niña se autosugestionó.

—¿Y lo del narcótico?

—Eso no pasa de ser una suposición tuya. Aunque fuera verdad, se explicaría muy fácilmente: la señora quiso matarse después de cometer el crimen.

—¡Caray! Tú le quitas a uno todas las esperanzas.

—Si no hay más que pensar. Comprendo que tú quieras quedar bien con la muchacha, pero me temo que la madre sea la asesina. Lo de las huellas es definitivo —y añadió después de una pausa—: Sin embargo...

—¿Qué? —interrogó ansioso el abogado.

—Estaba pensando que algunas veces lo evidente resulta simulado. Mira, vamos a proceder con calma. Tú sospechas de Fernández, ¿qué móvil pudo tener?

—Los celos. Se ve a leguas que está enamorado de mi madrastra.

—¡Ajá! Pero, ¿no sería más bien otro quien se los inspirara? Ese doctor y ese diputado no parecen ser del todo indiferentes a la señora.

Callaron por breves momentos. Miguel denotaba honda preocupación y Armando una curiosidad irónica, pero benévola. Dio a su amigo cariñosas palmadas en la espalda y al ponerse de pie le dijo:

—No te desanimes, licenciado, trataré de ayudarte. Lo que por ahora me interesa más es observar a todas estas gentes. Ya ves que no les caí bien.

—No, hombre, es que están todos tan descontrolados...

—Vamos, pues.

La hora de la cena se adelantó ese día, y en el comedor se reunieron todos excepto Adela. El diputado personalmente había ido en busca de Celia y le había aconsejado que tratara de animarse un poco.

Los puestos en la mesa sufrieron alteraciones: Georgina tenía a su izquierda al doctor Requeme, al lado de éste se encontraba Diana, en seguida Abel y por último Armando. Éste a todos observaba y sólo con Miguel, a quien tenía enfrente, cambiaba algunas palabras. Celia se sentó entre doña María y Octavio y casi no comió ni habló durante la cena; sonreía débilmente a su padre y se estremecía con las risas irreverentes y crueles de Diana. La americana era la que hacía el gasto de la conversación; insistía en asegurar que de nada sirve poner caras compungidas cuando ha sucedido una desgracia, que es entonces precisamente cuando es más necesario divertirse. Ignoraba a sus vecinos de mesa, Juan y Abel, y trataba a Octavio con una familiaridad que acabó por chocar a todos y por exasperar a Georgina.

El diputado hacía lo posible por atenuar la insensatez de Diana, pero ésta, que bebía y comía en abundancia, con absoluta falta de tino, brindó por el muerto y por su asesino... o asesina. Celia se echó a llorar con violencia y Georgina le dijo casi a gritos a Diana:

—¡Cállate! ¡Estás borracha!

La americana se ofendió y desparramando una mirada dura y amenazadora, dijo:

—Conque borracha, ¿no? Mañana sabrá el delegado una cosa muy importante que yo le diré... ¡*Devils!* Y veremos entonces qué dicen ustedes. Se admirarán, se admirarán —y fijó el reto de su mirada en Octavio y en Georgina.

Juan, con estudiada calma, le preguntó:

—¿Se puede saber qué cosa tan importante es esa, *miss* Leech?

—No —respondió Diana—. No puede saberse... por ahora. Mañana lo sabrá la policía —y rio con malicia.

—¿Y por qué no lo podemos saber nosotros, Diana? —interrogó Georgina con un dejo de tímida burla.

—Porque no quiero que vayan a decírselo a... a quien mató para que luego lo niegue.

Miguel cambió una ojeada rápida con Armando, procuró disimular su interés y dijo a Diana:

—Está usted hecha una detective, señorita. A lo mejor sabe muchas cosas...

—¡Claro que sé muchas cosas! Pero ahora no me sacarán nada. Ya verán mañana, ya verán mañana, *what a great surprise!*

Celia miraba asustada a la señorita Leech sin decir palabra. Georgina exclamó sonriendo:

—Diana lee muchas novelas policiacas y se deja llevar por su imaginación. No le hagan caso.

—Tú, *my dear friend* —replicó Diana— vas a ser la más sorprendida.

Octavio trató de cambiar la conversación y lanzó a *miss* Leech una mirada indignada y amenazadora que la hizo callar.

Armando no perdía detalle de cuanto sucedía y en ello estaba profundamente interesado. Había observado con disimulo a Abelito durante la cena y le chocaron su reserva y su mutismo. Comprobó además que verdaderamente parecía enamorado de su anfitriona, pero terminó por olvidarse de él cuando la americana ocupó su atención. La imaginación de Zozaya corría por otros derroteros. Cuando terminó la cena se despidió de todos y prometió al inquieto Miguel que volvería al día siguiente con el delegado.

Trepó al coupé convertible, rojo y no muy flamante, que le esperaba a la puerta, y unos cuantos metros más allá de la quinta cortó la marcha. A la es-

casa luz del cuadrante de su coche anotó algo en una libreta pequeña, luego encendió un cigarro y reflexionó.

Detrás de él la mansión misteriosa se recortaba sobre un cielo gris, mullido, exasperante. Pensaba Armando que así como en aquella noche de sábado las nubes ocultaban la luna, así alguien en aquella casa escondía una terrible verdad. Él intuía que había algo más que un vulgar crimen pasional detrás del asesinato perpetrado, pero, ¿qué era?

Arrojó el cigarrillo a la calle, echó a andar el coche, dio la vuelta y pasó frente a la quinta muy despacio. Parecía que algo lo llamaba desde dentro de ella, algo que no le permitía partir despreocupadamente. ¿Era un llamado de su amigo? ¿Era la angustia de una acusada inocente? ¿Era el presentimiento de una nueva víctima?

Estaba preocupado y descontento de sí mismo. Sinceramente quería ayudar a Miguel, pero no encontraba una solución del caso que se mostrara conforme con los deseos de su amigo. Decidió solicitar del delegado, antiguo conocido suyo que parecía estimarlo en verdad, una prórroga de veinticuatro horas para esclarecer el misterio... Si es que en ese homicidio que tan claro aparecía a los ojos de la ley, había misterio.

XII

RESUMEN PSICOANALÍTICO

A las diez de esa agobiante noche de sábado, doña Panchita llevó casi a rastro a las sirvientas jóvenes de la quinta a la recámara de doña María a rezar el rosario. Cuando terminaron, las muchachas se alejaron gozosas, pero el ama de llaves permaneció unos momentos más al lado de la madre de Miguel. Ésta decía:

—Hay que rezar mucho, mucho, para que el diablo se aleje de esta casa. Únicamente en un hogar donde no se tiene temor de Dios pueden suceder las cosas horribles que suceden aquí.

Doña Panchita no hizo comentario alguno. Su sentido religioso coincidía con el de su interlocutora, pero las alusiones despectivas hacia Georgina que en las palabras de aquella creyó ver, no le gustaron porque quería ciegamente a su patrona.

Doña María aclaró su pensamiento:

—Si la dueña de la casa no fuera una... Si no fuera como es, no sucederían estas cosas.

—¡La niña Georgina es buena! —protestó la vieja nana— ¡Ella no tiene la culpa!

—Bueno, usted qué ha de decir. Está en su casa, ella le paga...

—No es por eso —la pobre Panchita estaba a punto de llorar—. Ella es buena, de veras. Los malos han sido otros, los hombres que la han perseguido.

—¿Ah, sí? ¿De modo que ahora resulta que mi esposo era malo y su niña una cándida paloma que cayó en sus garras?

—Pues si su esposo no hubiera querido, ni modo que la niña se lo hubiera traído a la fuerza.

Doña María se mordió los labios y no replicó. El ama de llaves siguió:

—Más mala es la gringa esa... Es una loca.

—Claro que es una loca y una hereje dejada de la mano de Dios, pero por lo menos no anda destruyendo hogares cristianos como *su niña*... —recalcó el sustantivo con burla.

Doña Panchita había intentado cambiar el tema, pero ante la insistencia de doña María en ofender a Georgina, replicó airada:

—Pues yo digo que si su esposo la hubiera querido a usted, no la habría abandonado.

—¿Usted qué sabe? ¡Usted habla nomás por hablar! ¿Qué no comprende que son cosas del demonio? ¿Que el enemigo malo se vale de las niñas como su Georgina para perder a las almas? ¡Pero todas tienen su merecido! ¡Cuanto menos lo esperan las alcanza el justo castigo de Dios!

Doña Panchita vio tan exaltada a doña María que prefirió retirarse. Murmuró un débil “ya me voy”, pero al traspasar el umbral alcanzó a oír todavía estas candentes palabras:

—Nada raro sería que esa... tuviera un fin como el de su marido. Su verdadero marido, ¡el asesinado!

Eran las diez y media de esa noche de sábado y en la sala de la quinta se hallaban reunidos Georgina, Juan, Miguel, Octavio y Diana. El baile y la música estaban naturalmente descartados dadas las circunstancias. El póker también, porque no se logró formar un cuarteto: Miguel y Diana no tenían dinero de sobra para permitirse esos lujos, así que la reunión era asaz forzada y fastidiosa.

El diputado y el joven abogado parecían desasosegados e impacientes; se advertía que querían marcharse cuanto antes, pero no encontraban un pretexto plausible para hacerlo. Miguel declaró por fin que iba a ver cómo estaba su madre y se retiró con la venia de todos.

El doctor se situó en un rincón a leer una revista, pero de reojo contemplaba cómo Georgina rivalizaba con Diana en acaparar la atención del diputado.

—Señor Román —decía Georgina en tanto se acercaba a un ángulo de la pared—. ¿Le gusta a usted esta pintura?

El diputado se alejó de la señorita Leech y llegó a donde estaba Georgina. Ella rápidamente le dijo a media voz:

—Quisiera hablar con usted... en el despacho... más tarde...

Octavio no tuvo tiempo de contestar porque ya Diana estaba junto a ellos y decía:

—¿Y a mí por qué no me preguntas si me gusta la pintura, Georgie?

La aludida la miró furiosa y el diputado dominando la risa, dijo:

—En realidad, yo no entiendo mucho de pintura, señora.

—La pintura moderna —intervino Juan— es un tema demasiado complicado. Es perder el tiempo, ¿no crees, Georgina?

Ella no vio o no quiso ver una pulla en las palabras de su amigo y se dirigió a la puerta a tomar de las manos del mozo, que en esos momentos aparecía, una bandeja con bebidas. La colocó personalmente en una mesita, despidió a Pedro y permaneció unos segundos de cara a la pared dando la espalda a todos. Quizá trataba de tranquilizar su ánimo maltrecho. Luego llamó:

—Juan, por favor, ¿quieres llevarles estos jaiboles al señor Román y a Diana?

—Con mucho gusto.

La americana y el diputado comentaban riendo unos detalles, para ellos grotescos, del cuadro. El doctor tuvo que llamarles la atención para que notaran su cercana presencia. Aceptaron las bebidas y las ingirieron cuando el médico y Georgina accedieron a acompañarlos. Requena propuso al diputado una partida de dominó, pero el político rehusó y pidió permiso para retirarse. Se lo concedieron las damas de mala gana. Juan a su vez se ausentó pretextando que iba al despacho en busca de un libro.

Quedaron en la sala Diana y Georgina. La primera, después de beber otro jaibol y de bostezar escandalosamente, exclamó:

—¡Oh, Georgie! realmente nunca creí que tuvieras tan buen gusto. Cuando me hablabas de ese hombre de Monterrey tan pedante, no me lo imaginé así.

—¡Ajá! Y ahora, parece que te gusta, ¿no?

—*And how!* ¿Qué comes, que adivinas?

—Y no parece importante que a mí me interese, ¿verdad?

—¡Oh! Sí me importa, Georgie, ¡cómo no! Pero, ¿no dicen que en el juego y en el amor todo está permitido? No debías de enojarte, *dear friend*, yo hasta te lo amansaría un poco.

—Diana, ¡esto no es cosa de juego!

—¡Claro! Es cosa de amor, pero da lo mismo.

—Diana, óyeme: no estoy dispuesta a tolerar que te entrometas en mis asuntos. Haré cualquier cosa para impedir que te salgas con la tuya, ¿entiendes?

—¿Sí? ¿Y qué harás?

—¡Lo que sea! No puedo soportar que después de tanto tiempo... y en mi propia casa...

—Pues... ¡a ver quién gana! Parece que me prefiere a mí.

Abandonó el tono frívolo, se reveló como un ser primitivo dispuesto a todo con tal de lograr un capricho y añadió mirando retadoramente a Georgina:

—Además, no te olvides de que yo sé una cosa...

—¿Y qué sabes tú? —la voz tembló levemente a su pesar.

—¡Ah! Una cosa, ¡una cosita que no te gustará nada!

—¡Y qué me importa lo que sepas! ¡A mí no me asustas! Estoy dispuesta a todo.

—¡Oh! Gritas mucho. Me aturdes —se llevó Diana las manos a la cabeza y bostezó de nuevo—. Me duele la cabeza. Cené demasiado. Algo de la cena me hizo daño. Me voy a la cama.

Enderezó sus pasos hacia la puerta. Georgina la miraba con una mueca de maligna curiosidad. Volvióse Diana y por unos segundos adquirió otra vez su actitud cínica y dijo:

—Despídete de tu diputado. ¡Ja, Ja! Ahora es *mi* diputado.

—¡Preferiría verlo muerto! —gritó Georgina.

—A lo mejor él preferiría verte muerta a ti.

Y la risa grosera de Diana se perdió entre las sombras del corredor.

Adela, tendida en el lecho de su hija y con los ojos cerrados, parecía dormida. En unas horas había vivido años de terrible sufrimiento. Sin afeites,

con profundas ojeras, despeinada, aparentaba cincuenta años. La duda la atormentaba aún: ¿mató ella a su marido? Celia la vigilaba inquieta y triste. De pronto, y sin que su actitud letárgica cambiara, dijo Adela:

—Celia...

—Sí, mamá, aquí estoy.

—Celia, cuando me lleven a la cárcel, ¿cuidarás a tus hermanitos?

—¡Ay, mamá! No digas eso. Él... él nos ayudará, me lo ha prometido.

—Pero, ¿qué puede hacer contra la justicia?

—Es que no sería contra la justicia, mamá. Además, parece que tiene influencia y dinero. No te apures, todo se arreglará.

—¿Me irás a ver a la cárcel?

—Mamacita, ¡por favor! Ya no me hagas sufrir.

—Perdóname Celia. Perdóname, de veras. ¿Me perdonas... todo?

—Claro que sí, mami. Yo no tengo nada que perdonarte, sólo tengo que quererte.

Adela sonrió dulcemente y poco a poco se quedó dormida, con un sueño tranquilo. Celia la arropó con cariño, miró el reloj: eran las once. Sigilosamente salió al jardín en busca de Octavio. Pero fue a Miguel a quien encontró.

—¡Ah! Es usted.

—Sí, Celia. ¿Cómo está su mamá?

—Un poco más tranquila, gracias.

—Me alegro mucho. Entonces, ¿no quiere sentarse aquí un ratito a platicar conmigo?

—Bueno. Deme un cigarro, por favor.

—Pero, yo fumo Delicados. Iré a traerle uno suave.

—No, no se moleste usted. Fumaré éste.

Encendieron los cigarros. Luego, dijo Miguel:

—No había tenido oportunidad de decirle que siento mucho lo que ha sucedido, que quisiera ayudarlas a usted y a su mamá.

—Gracias, Miguel. Ya me he dado cuenta de que trajo usted a su amigo para que descubra quién fue... Ojalá lo descubra, aunque creo que es muy difícil.

—Armando es muy inteligente. Aunque en realidad no es un detective profesional. En una ocasión acusaron de un crimen al papá de una muchacha a quien él quería, y...

—¿Descubrió al verdadero asesino?

—Sí.

—¿Y se casó con la muchacha?

—No, no se casó con ella, ni con nadie más. Dice que será siempre un solterón.

—Pero, entonces, ¿la muchacha fue ingrata con él?

—No sé en realidad lo que sucedió, pero no creo que Armando ayudara a la muchacha con la condición de que se casara con él. Esas cosas se hacen por cariño... por amor... nada más...

—Ajá.

—Si no, pierden todo el mérito que pudieran tener.

—Pero si la muchacha a quien él ayudó, lo quería también...

—¡Ah!, entonces cambian las cosas. Ya no es cuestión de premio o de gratitud...

—Sino de cariño mutuo.

—Exactamente.

Callaron ambos. Miguel creía haber dicho demasiado. Celia pensaba que el abogado no decía lo suficiente. La sombra de un policía que pasó cerca de ellos les recordó el drama que se veían forzados a vivir. Dijo Miguel:

—Todo se arreglará, Celia, tiene que arreglarse. Su mamá es incapaz, no digo ya de cometer un delito, sino la más leve falta.

—Mi mamá —adujo Celia—. Mi mamá... ¿Sabe usted, Miguel? Sea como sea, y haya hecho lo que haya hecho en su vida, a mí no me toca juzgarla...

El licenciado frunció el ceño, desconcertado: “¿Su propia hija cree culpable a Adela?”

—Yo la quiero —seguía diciendo la muchacha— porque siempre ha sido buena y cariñosa conmigo. ¡Quién sabe todo lo que tuvo que soportar para que yo estuviera contenta! Por eso, al recordar que ha sufrido tanto, me desespera pensar que ahora...

—No piense en eso, chula.

Pero ella no hacía caso de sus palabras y se exaltaba más y más:

—¡Es que no podría soportar ese horror y esa vergüenza! ¡Mejor me daba un tiro!

—Celia, ¡por Dios! No se desespere, yo la ayudaré, yo veré lo que hago...

—... pero primero mataba a quien se atreviera a seguirla acusando...

La imagen de Diana brotó simultáneamente en la memoria de los dos jóvenes: “¿Qué será lo que sabe esa gringa?” “¿Por qué será tan malvada?” El abogado trató de consolar a la muchacha:

—Somos más los que estamos a favor de su mamá que los que están en contra, Celia. Triunfaremos. Hay que tener fe.

—Pues yo creo que sólo contamos con usted y con el diputado. Los demás odian a mamá o sencillamente no se ocupan de ella.

—¿El diputado...?

—Es un antiguo amigo de mamá. Tiene obligación de ayudarla. Tiene obligación de ayudarme a mí.

Y como él la mirara intrigado, añadió:

—No puedo explicárselo por ahora, Miguel. Algún día se lo contaré todo.

—Está bien. Lo importante es que Román Arana es un magnífico aliado.

—Mire, parece que ahí viene... ¿Me deja hablar con él? Es importante.

Miguel recordaba ciertos detalles significativos y empezaba a comprender que lazos unían a Celia con Octavio; así que sin titubeos se puso en pie, besó una mano a Celia, y se alejó.

¿Abel? ¿Qué hacía mientras tanto Abel? Sí, efectivamente, estaba embriagándose en el despacho. Entre trago y trago de ron, murmuraba a media voz:

—Aquí nadie me hace caso... no me toman en cuenta... soy un pobre diablo... ¡je, je!... no saben... (hip)... ahí nomás me dejan solo... ni me hablan... ¿por qué me llamó ella?... para qué... (hip) me invitó... ¡bah!... invitaciones trágicas... un muertito... luego... ¿otro muertito?... ¡me gustaría!... pero (hip) ¿cuál de los dos?... ¿el diputado?... ¿el medicucho?... ella quiere al diputado... el medicucho la quiere a ella... pues (hip) los dos, ¡ultimadamente!... ¿eh?... ¿quién está ahí?

El doctor Requena hacía unos momentos había penetrado en la habitación en penumbra. No oyó lo que Abel dijo acerca de los muertitos, pero sí escuchó el calificativo dedicado a él. Contestó:

—Es el *medicucho*, señor Fernández.

Abel, sin desconcertarse, lo invitó:

—¡Ah! ¡Ándele, amigo, pásele a echarse un trago!

—¿A la salud de Georgina? —preguntó con sarcasmo el médico.

Fernández recuperó en parte la lucidez, se puso de pie y lanzó a su interlocutor ciertos epítetos que no se encuentran en los tratados de retórica.

El doctor iba a abalanzarse hacia él, pero lo pensó mejor, le sonrió con desprecio y le dijo:

—No le pego porque no puede usted defenderse.

—¿No puedo, eh? (hip) ¿No puedo defenderme...? Pero puedo atacar... ¿Qué se ha creído... que soy?... Un pobre diablo... ¡Bah!

Abel salió de la habitación con pasos vacilantes que pretendían ser dignos.

Juan lo contempló hasta que dio vuelta al corredor. Alzó los hombros, encendió una lámpara más potente, se arrellanó en un sillón cómodo y fumó una pipa. Se veía cansado, agobiado. Por sus ojos pasaba un destello de inquietud, de temor casi.

¿Temía a alguno de los invitados de Georgina? Les pasó revista mentalmente: Román Arana. Un individuo pagado de sí mismo, de su belleza varonil y de su éxito con las mujeres. En la clasificación de Kretschner era del tipo atlético, y en la de Jung, un introvertido, es decir, un hombre que antepone su yo al mundo exterior. Cuando el arrogante egoísmo de esa clase de sujetos se ve contrariado puede volverse agresivo y temible.

Abel. Un introvertido también, aunque no atlético. La figura escuálida, los hombros caídos y el pelo ralo lo tipificaban como leptosomático. Esas características, unidas a su introversión, hacían de él un candidato a la esquizofrenia. Por lo demás, su afición exagerada al alcohol y su afán de alejarse de la compañía de sus semejantes constituían en sí datos suficientes para considerar a Abel como esquizotímico: individuo inadaptado en sociedad. Y los delincuentes son seres inadaptados, siempre.

Doña María. Una fanática religiosa. Esta clase de personas sostienen la teoría de que “el fin justifica los medios”, y llegan muchas veces hasta el crimen en un intento, que ellos suponen justo, de defender pretendidos derechos o ideales que hacen derivar nada menos que de una autoridad divina.

Adela. Una histérica clásica, sonámbula además. El sistema nervioso de este tipo de mujeres las convierte en candidatos idóneos para la comisión de crímenes pasionales.

Diana. Una erotómana, una maniática del amor. Era, como el diputado, una enamorada de sí misma, un ser sin escrúpulos ni moral de especie alguna. Una mujer que, por obtener dinero o por satisfacer un capricho, sería capaz de cualquier cosa. En Diana, el yo superior no se había desarrollado lo suficiente para vencer al yo inferior, o sea, al instinto.

Celia. Otra histérica. Padecía nictofobia (miedo a la oscuridad). Por sus formas redondeadas y su corta estatura pertenecía al tipo picnic de Kretschmer. Y dado que parecía ser una sentimental, entraría en la clasificación de Jung como extrovertida. Los extrovertidos son personas que viven de lo que el mundo de fuera les proporciona: amor, diversiones, lujo, fama. Por ser de tipo picnic y extrovertida, Celia tenía que tener tendencias ciclotímicas, esto es, estar sujeta a cambios bruscos del buen humor a la melancolía. Los ciclotímicos, generalmente, ante crisis hondas y desesperadas, optan por el suicidio y no por el crimen. Sin embargo, esa reacción no constituye una regla invariable.

¿Quién faltaba? Miguel. Quizá era el único normal. Por lo menos el único en quien no se advertía una obsesión o una manía claramente definidas. Y considerar normal al abogado no significaba necesariamente tener como anormales a los demás. El doctor Requena no ignoraba que la frontera entre lo normal y lo anormal es casi imposible de fijar, y que poseer ciertas taras o seguir una conducta no normal no implica fatalmente padecer trastornos psíquicos claramente determinados. Empero, bastábale encontrar en los invitados de Georgina algunas características morbosas para sentirse autorizado a convertirlos en presuntos responsables de un crimen. Porque si bien es cierto que no todo anormal se transforma en delincuente, infaliblemente todo delincuente es un anormal.

En consecuencia, para él era importante demostrar cierta anormalidad en la persona a quien se imputara un delito a fin de hacer más verosímil la hipótesis de su culpabilidad. El médico necesitaba erigir por su cuenta una solución creíble al asesinato de Mario. Creía tenerla ya, pero se adelantaba a todas las objeciones posibles. Pensó por un momento en Zozaya. Lo juzgó mediocre, probablemente incapaz de resolver un misterio urdido con inteligencia. En Georgina no podía pensar con frialdad. Hacía tiempo que había dejado de ser para él una paciente, un objeto de observación científica y desapasionada.

“¡Qué lío! ¿Cuánto va a durar esto? Dos, tres días más. ¿Los resistiré?” Guardó la pipa apagada en un bolsillo y salió del despacho dejando la luz encendida.

XIII

UNA LLAVE

A las diez de la mañana del domingo llegaron a la quinta de Coyoacán el delegado del ministerio público y Armando Zozaya. Éste se veía muy abatido. Había tratado en vano de obtener una prórroga de 24 horas para que se efectuara el arresto de la señora Ortiz, y aún imploraba al delegado:

—Pero, licenciado, ¿qué significa un día más o menos? Hoy es domingo y...

—No, Zozaya —interrumpió el funcionario—, ya te dije que no. Bastante hice con permitir que vinieras ayer y con esperar hasta hoy. Si me sigo mostrando blandito la gente va a creer que he recibido alguna *mordida*; todavía, si no estuviera de por medio ese diputado...

No completó su pensamiento, y seguido por el periodista se coló de rondón en el despacho. Allí se encontraban la dueña de la casa y Miguel. Después de los saludos de rigor, el funcionario se informó de la salud de la señora Adela, manifestó que venía en su busca y añadió:

—Me gustaría comunicar personalmente al señor diputado Román Arana el objeto de mi visita.

Georgina repuso:

—No se ha levantado todavía. Y Diana, mi amiga, tampoco ha aparecido por el comedor ni por ninguna otra parte.

Armando enarcó las cejas y por sus ojos pasó una ráfaga de inquietud. Miró a Miguel y advirtió en él una curiosa expresión de alarma. El delegado se limitó a sonreír y a opinar:

—Se le habrán pegado las sábanas...

Pero Armando objetó:

Realmente es raro que ninguno de los dos haya salido todavía. El funcionario captó entonces la doble preocupación de la dueña de la casa y del periodista, y respondió a sus deseos al decir:

—Sería bueno despertarlos, entonces.

Y escoltado por Georgina, Armando y Miguel, llamó discretamente a la recámara que aquélla indicó era la ocupada por Diana. Pero ésta no respondió a tres llamadas hechas en el mismo tono. Georgina miró por el ojo de la cerradura, dijo que no veía a Diana y gritó varias veces su nombre. El delegado golpeó con fuerza la puerta. ¡Nada!, la puerta no se abría. Se dieron cuenta de que se encontraba cerrada con llave y el delegado ya se disponía a ordenar fuera echada abajo, cuando el doctor Requena, quien lo mismo que los demás huéspedes (excepto Octavio) había acudido al oír el ruido y las voces, sugirió a Georgina probar de abrirla con otra llave. La señora, después de dudar breves momentos, explicó que tenía el duplicado de cada una de las puertas de su casa, y fue en busca de un bien provisto llavero.

El delegado entró el primero en la habitación y apenas hubo avanzado unos dos metros, retrocedió y ordenó a todo el mundo se mantuviera alejado.

—¿Qué pasa? —preguntaban todos.

—¿Qué pasa? —interrogó el diputado Román Arana. En esos instantes llegaba, despeinado y en mangas de camisa a la puerta del cuarto de Diana que daba al corredor, y ante la cual se apiñaban invitados, policías y sirvientes.

El funcionario clavó una mirada inquisitorial en el diputado y contestó:

—¡La señora está muerta de una puñalada!

Acalló los gritos de espanto y las exclamaciones de sorpresa y ordenó a todos que se reunieran en el despacho y no se movieran de allí. Zozaya observó que en el rostro de Miguel la expresión de alarma se había tornado en franca angustia. Lo vio buscar los ojos de Celia y al encontrarlos, hacerles una muda interrogación. La muchacha se mostró azorada, inquieta y trató de rehuir la mirada del abogado, pero parecía prendida de ella a su pesar. Cuando Miguel, con un gesto pareció indicarle “calma” y “silencio”, ella asintió con una débil sonrisa. Armando decidió averiguar más tarde el significado de esta pantomima. Suplicó al delegado le permitiera entrar con él en la habitación de la occisa. Accedió el funcionario y ambos inspeccionaron el lugar y contemplaron el cadáver.

El jefe policiaco extrajo cuidadosamente el arma de la herida con la mano envuelta en un pañuelo y la entregó al perito en huellas dactilares. Armando vio en el escritorio una plegadera idéntica a la que había segado

la vida de Diana. La ropa y enseres de ésta, lo mismo que algunas alhajas de poco valor, aparecían diseminadas con normalidad por la habitación. A un lado de la puerta, Zozaya encontró una llave en el suelo, la mostró a su amigo y éste la recogió procurando no borrar las huellas dactilares. Comprobó que correspondía a la puerta del corredor. La otra, que comunicaba con el baño, estaba entornada.

El periodista y el funcionario atravesaron el baño y penetraron en la alcoba del diputado. Mostraba el desorden normal de cualquier recámara cuyo ocupante hace unos momentos ha despertado y salido de ella, pero el delegado y Armando advirtieron de inmediato que en el escritorio de Román Arana no estaba la imprescindible plegadera. El funcionario llamó todo excitado a un policía y le ordenó que recorriera todas las recámaras de la quinta, excepto la del difunto Mario, y comprobara si en cada una de ellas se hallaba una plegadera. Al regresar el subalterno y comunicarle que no faltaba una sola, exclamó gozoso:

—Eh, Zozaya, ¿qué te parece? Hemos cazado al pájaro. No le va a valer el fuero.

Armando sonrió, pero no mostró su asentimiento. La evidencia repugnaba cada vez más a su mente amante del misterio, y se atrevió a insinuar:

—Pero, ¿por qué la mató?

—¡Ah! El móvil... —repuso el delegado—. Pues ya lo descubriremos.

Dejó sendos policías de guardia en la alcoba de Diana y del diputado, y con Armando detrás de él, fue al despacho. Llamó a su escribiente y procedió a interrogar a todos los que allí se habían reunido.

Georgina y Celia parecían verdaderamente asustadas. Sus respuestas eran incoherentes, pero coincidieron con las de doña María, Adela y el doctor: no se habían dado cuenta de nada y no tenían la menor idea de quién hubiera podido matar a Diana. Miguel se mostró un poco turbado, pero nada especial declaró. Sólo Abel habló de lo que en la mente de Armando bullía como un dato quizá importante: la extraña actitud de Diana durante la cena y la vaga amenaza que formuló.

—¿A quién amenazó directamente? —preguntó el delegado.

—Pues a nadie, creo yo.

—Bueno, pero, por casualidad ¿no veía a alguien mientras hablaba? ¿Al señor diputado por ejemplo?

Abel no se inmutó con la mirada agresiva que Román Arana trasladó a su persona después de haberla lanzado contra el jefe policiaco y no desaprovechó la oportunidad que se le brindaba.

—Pues... ahora que me acuerdo... creo que sí. Sí, sí era al diputado a quien se dirigía.

El funcionario se interpuso entre Octavio y Abel e impidió que aquél golpeará a Fernández. Éste, con maligna y satisfecha expresión en el rostro, estaba dispuesto a responder a la agresión de Román Arana.

—Un momento, señor diputado —dijo el funcionario—, de nada le van a servir a usted esas bravatas. Existen varios indicios que lo señalan como el asesino de la americana...

—Pero, ¿está usted loco! —protestó Octavio—. ¿Por qué había yo de matar a esa mujer?

—Eso, sólo usted lo sabe.

—Yo no la maté. Eso es absurdo.

—Lo siento mucho, pero sus protestas no me convencen. No tiene usted coartada en absoluto y le repito que existe una serie de pruebas circunstanciales en su contra.

El perito en huellas digitales debió ser una persona verdaderamente excepcional: para esos momentos ya había averiguado que las huellas impresas en la plegadera homicida correspondían a las de los dedos de Román Arana y fue a comunicárselo en voz baja al delegado. El sospechoso se mostró perplejo cuando conoció este dato.

—¡Es un lío de los diablos! —repuso al cabo de unos momentos—. Por ahí ha de andar algún loco suelto —e insistió—. Yo no maté a esa mujer. ¿Por qué había de matarla?

El delegado recordó la declaración de Abel y opinó:

—Para que no dijera algo que a usted no le convenía.

—No había necesidad de matarla para eso.

—¿Para eso? —recalcó Armando.

El funcionario cogió al vuelo la insinuación:

—¿Admite usted, pues, que ella sabía algo que usted tenía interés en ocultar?

—Yo no admito nada —contestó Octavio fastidiado—. Usted la ha tomado conmigo y por fuerza quiere cargarme con el muerto.

—Con la muerta, que no es lo mismo —corrigió el delegado, y como si una chispa hubiera iluminado de pronto su cerebro, se dio una palmada en la frente y exclamó—: ¡Caray!

—¿Qué le pasa ahora? —preguntó con sorna Octavio.

—Que me lo estoy explicando todo: usted mató al otro, la gringa lo supo, le amenazó con venir a contármelo y usted le tapó la boca para siempre.

—¡Muy bonito! —vociferó el político—. ¡Así que yo maté a los dos!

—¡Pues si está claro!

—¡Qué claro ni que... —y el diputado lanzó una expresión del folclore mexicano más puro—. Ya me está usted cansando con sus... tonterías.

Se abstuvo de traer a cuento la certeza que hasta entonces tuviera el delegado en el sentido de que Adela había matado a Ortiz, porque le convenía que la atención de aquél se apartara de la acusada. Igual pensamiento debió de surgir en las mentes de Armando, Celia y Miguel, porque ninguno intentó decir palabra. En cuanto a los demás, no tuvieron tiempo de opinar porque el diputado deliberadamente se los impidió apostrofando a gritos al funcionario:

—A ver, dígame, ¿por qué maté al otro?

—Pues... —dudó el interpelado.

—Piense en lo que dice, ¡ demuéstrelo! A ver, ¿por qué? ¡Es la primera vez que lo veía en mi vida!

—Eso es lo que usted dice, pero... a lo mejor, por ejemplo, el occiso lo estaba haciendo a usted víctima de un chantaje... En fin, ya haremos averiguaciones y descubriremos algo, ¡pierda usted cuidado!

Los ímpetus de Román Arana decayeron visiblemente. Armando creyó notar en él un dejo de inquieto malestar. Pronto, sin embargo, el legítimo representante del pueblo se rehízo y gritó:

—¡Averigüe usted lo que le dé la gana! Aunque dudo que pueda hacerlo, usted nada más sirve para andárselas echando de listo, pero a la mera hora...

Y dando por terminada la entrevista, salió del despacho.

El delegado apretó las manos con rabia y dudó entre seguir al insolente o soportar sus arranques. Armando lo aconsejó:

—Calma, amigo mío, calma. Lo primero es poner en claro las cosas, que siempre será tiempo de entregarlo a la justicia.

—Pero, ¿te parece que no están suficientemente claras las cosas? Ese tipo, que se cree impune por ser diputado federal, mató a Ortiz por un motivo que yo averiguaré, y luego a la gringa para que no lo delatara.

Armando ocultó sus dudas al policía. Pensó que si éste se dedicaba a averiguar ese presunto móvil lo dejaría a él en libertad para hacer indagaciones por su cuenta y se mostró hipócritamente conforme:

—Viéndolo bien, esa hipótesis es verosímil, licenciado. Lo bueno sería tener antecedentes de Ortiz y de Román Arana.

—Los tendré muy pronto.

Y el delegado abandonó la mansión, no sin antes haber aumentado la vigilancia en ella. Fue en busca de pruebas que reforzaran su teoría.

El cadáver de Diana fue enviado inmediatamente al anfiteatro del hospital Juárez. Quién sabe cómo se las compondría la pobre para atravesar la laguna Estigia, porque llegó con las manos vacías ante Caronte.

Georgina y sus invitados se habían apresurado a salir del despacho, cada uno sumido en particulares y perentorias meditaciones. Armando permaneció a solas por unos momentos.

Fumaba nervioso y meditaba: “Suponiendo que el diputado haya matado a Ortiz, ¿por qué se encontraron en la primera plegadera las huellas de Adela? ¿Serán los crímenes independientes entre sí, con dos agentes y dos móviles distintos? En ese caso, lo que Diana iba a revelar, ¿no tendrá relación con el primer crimen? Como parece evidente que sí la tiene, ¿cuál es el nexo entre los dos homicidios? ¿Serán cómplices el diputado y Adela? O, más bien, ¿tratará Román Arana de encubrir a Adela?”

No lograba armonizar datos en apariencia tan contradictorios, pero más que móviles o complicidades, le preocupaba por el momento la llave que había encontrado tirada en el cuarto de la occisa. “Esa llave... hay que descifrar el lenguaje mudo, pero elocuente de esa llave.”

XIV LA RECÓNDITA VOZ

Un estrecho pasillo paralelo al comedor y a la cocina, comunicaba el corredor norte de la quinta con la huerta. Armando lo atravesó y pronto se encontró ante la mesa de tenis, entonces desierta. Se proponía no dejar un solo rincón de la quinta sin escudriñar. Cualquier hipótesis que el ambiente le sugiriera sería tomada en cuenta. Tenía por norma enfrentar todas las posibilidades, aun las más absurdas, en la persecución de la verdad.

Visitó el boliche y las casetas de baño. Con el permiso de sus ocupantes, inspeccionó los cuartos de criados. Rodeó el tanque, lleno de agua limpia. Comprobó que la tapia que cercaba aquellas dependencias era alta y maciza y que no ocultaba ninguna puerta falsa. En resumen, “nada anormal, nada misterioso”.

Paseó pensativo entre los fresnos, truenos y pinabetes de la huerta. Poco a poco, unas voces lo distrajeron de sus meditaciones. Provenían de un quiosco rústico que una valla de arbustos ocultaba a sus ojos, y por ellas reconoció a Georgina y a Abel. Sin ningún escrúpulo escuchó el diálogo:

—Pero, ¿por qué se aflige usted tanto?

—¿Le parece a usted que no tengo motivo? ¡Esos horribles asesinatos cometidos en mi propia casa!

—Usted no tiene la culpa —al cabo de una pausa, añadió Abel—. Georgina, hace tanto tiempo que quería hablarle, verla a usted así, cerca de mí, ¡lejos de todos esos que me la roban!

—Abel, ¡por Dios! ¿Por qué dice usted eso?

—Usted sabe bien que la quiero como antes, como siempre.

—Abel...

—¿Cree usted que puedo aguantar verla tan cerca y al mismo tiempo tan lejos de mí? Odio a esos... Siquiera ya es uno menos.

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Por qué he de ocultarlo? Me desespera estar siempre tan callado, tan idiota, tan solo. Quiero que usted por lo menos sepa que me alegro mucho de la muerte de su marido.

—Abel, cálese. No diga barbaridades.

—Sí, me alegro, porque también de él tenía celos. Parece que le hubiera gustado volver a empezar.

—¡Qué ocurrencias tiene usted!

—¿Cree usted que no tengo ojos? ¿Que no me di cuenta? Y a esos otros dos, al diputado y al médico, los odio también.

—Abel, ¡le digo que se calle! ¡Me pone usted nerviosa! ¡Ay, Dios! ¿Para qué haría yo esto? Le prohíbo a usted que hable así.

—Me prohíbe, me prohíbe usted, Georgina. Es inútil que me prohíba usted quererla, es inútil prohibir que suceda lo que tiene que suceder.

Los interlocutores callaron. Armando adivinó que en el quiosco empezaba a desarrollarse una escena apasionada y tormentosa, cuando se oyó una tercera voz:

—¿Interrumpo? —dijo un hombre en un tono irónico y airado a la vez. El periodista también lo reconoció, era el doctor Requena.

Tras breves segundos, oyó que Abel decía:

—Me voy, Georgina, pero... usted y yo, doctor, nos veremos muy pronto.

—Cuando usted guste —repuso rápidamente el médico.

Y ya a solas con su amiga, rio y dijo:

—Le oí decir que me odiaba, que nos odia a mí y al diputado. ¿Crees tú que piense matarnos también?

—¿Es que tú crees que él mató a Mario? —y Georgina rio de buena gana—. No le tengas miedo. ¡Abelito es incapaz de matar una cucaracha!

—No le tengo miedo —contradijo molesto el médico—, pero no estés tan segura. Esos tipos introvertidos tienen a veces complejos peligrosos. Además, tiene ciertos síntomas de esquizofrenia. Ya ves cómo repite las palabras.

—Pues estoy segura de que no lo mató —insistió Georgina. Y rompió a reír de nuevo.

Zozaya escuchaba casi sin respirar, y su ceja iba a media frente.

—¡Vaya! —dijo Juan— me alegro de verte contenta. Has andado tan afligida toda la mañana que ya empezaba a preocuparme.

—Es natural, Juan. ¿Cómo quieres que no me apene todo lo que está sucediendo en mi casa? Si a ti no se te hubiera ocurrido invitar a toda esa gente...

—¿Ah, sí? ¿Conque ahora que las cosas van mal resulta que yo inventé todo este maldito fin de semana? Seguramente, ¿yo también fui quien se entusiasmó con la idea de volver a ver al diputado Román Arana?

Georgina no supo qué responder, y el médico, perdiendo su compostura habitual, le reprochó:

—Lo que a ti te pasa es que no soportas ver a tu ídolo convertido en un vulgar asesino.

—¡Juan!

—Sí, ¡eso es lo que te pasa!

—Pero, Juan, por Dios...

—Anda, ¡atrévete a negarlo! Tú crees que porque soy prudente, soy un... tonto, pero te equivocas.

Georgina repuso con voz temblorosa:

—Pues, sí. Ultimadamente es verdad. Octavio es el único hombre a quien he querido en mi vida. Creí que lo había olvidado, pero no. Lo quiero como antes, como siempre. Y nunca pensé que fueran a acusarlo a él de ese crimen. No me lo esperaba.

—Y ahora, sólo piensas en sacarlo del atolladero, ¿no?

—Si pudiera...

Y se alejó rápidamente, como si temiera continuar la discusión, pero Requena la siguió apresurado.

El periodista salió de su escondite, se sentó en el quiosco y encendió un Belmont. “Abel pudo, en realidad, matar a Mario por celos. No creo, como Georgina, que sea un ser tan evidentemente inofensivo. Pero, ¿por qué a ella le parece tan cómicamente absurda la idea de que Abel haya matado? ¿Por qué, por otra parte, no se esperaba ella que acusaran a Román Arana? Este fin de semana parece ser un proyecto planeado con esmero: en cada cuarto, una plegadera, todas idénticas; pero en las plegaderas homicidas, unas huellas que no corresponden a las de la persona que pudo haberlas colocado previamente.” Rechazó de momento las suspicaces ideas que se amotinaban en su mente y regresó a la casa.

Entró al despacho. Las novelas policíacas, alineadas con cuidado en los estantes trajeron otra vez a su mente la sospecha.

Fiel a su método de poner orden en los indicios, se dedicó a escribir en su libretita. De pronto recordó la extraña actitud de Miguel, y se apresuraba a ir en su busca, cuando el abogado en persona entró en la habitación.

—¿Dónde andabas? —preguntó—. Hace mucho que te ando buscando.

—Por ahí... Pero, ya que me encontraste, desembucha.

El licenciado se mostró perplejo. Luego explicó:

—Nada más quería preguntarte qué opinas de todo esto.

—¿Cómo? ¿No tienes nada que contarme?

—¿Yo? No te entiendo.

—Creí que tendrías alguna cosa que comunicarme. ¡Te asustaste tanto cuando encontramos el cadáver de Diana...!

Miguel no contestó y desvió la mirada. Su amigo lo contempló fijamente y añadió:

—¿Ya te acordaste?

El abogado miró de nuevo al periodista y contestó:

—No tengo nada de qué acordarme.

—Bueno, si tú lo dices... —repuso Armando, y muy serio reanudó la escritura.

Miguel se revolvía inquieto en su silla y fumaba nerviosamente. Le molestaba que su amigo hiciera caso omiso de su presencia, quería proseguir la conversación, distraerlo, aunque a la vez temía que insistiera en su pregunta.

—¿Qué escribes? —interrogó al fin, tímidamente.

—Este es “mi libro de jeroglíficos” —respondió Zozaya—. ¿Sabes? Yo no confío mucho en mi memoria. Cuando me asalta una idea digna de interés la anoto aquí con palabras y signos que supongo sólo yo entiendo. Y así, cuando necesito mi idea, la tengo siempre a la mano.

—Eres muy original —comentó Miguel, tranquilo y animado—. Déjame verlo.

—Preferiría que no lo leyeras.

—Bueno —admitió Miguel, y volvió a ponerse alerta. Después de una pausa prolongada, intentó de nuevo iniciar un diálogo amistoso:

—¿Qué quiere decir esa H que nunca te apeas del nombre?

—Horacio. Soy tocayo del poeta latino, pero me gusta más el nombre de Armando. Me suena más batallador, más dinámico.

—Sí, claro. Se puede armar boruca, armar escándalos, armar pleitos...

—Yo armo hipótesis.

—Me estoy muriendo de ganas de saber la que has armado en este caso —se decidió a confesar el licenciado.

—Pues todavía no echo los cimientos, pero tengo la llave.

—¿La llave?

Había tal perplejidad en la cara del abogado, que Armando no pudo menos que reír.

—¿Estás intrigado, verdad?

—Francamente, sí.

—Pues si no quieres que quede grabada en tu cara esa expresión de menos, te aconsejo que te pongas a pensar un poco —y en tono ya serio, agregó—. ¿Quién crees tú que mató a Diana?

—Me temo que el diputado. ¿Está muy claro, no?

—En realidad, las circunstancias lo acusan, pero esa llave lo absuelve.

—¿Cómo está eso?

—Cuando entré con el delegado a la recámara de la señorita Leech, vi tirada en el suelo una llave; comprobamos que correspondía a la puerta del corredor. Recordarás que esa puerta estaba cerrada por dentro.

—Sí, pero no veo por qué esa llave favorece al diputado.

—Ponte a pensar: si ella cerró la puerta por dentro, ¿no es lógico que dejara la llave en la cerradura?

—Pudo quitarla.

—Es posible. Pero, aparte de que lo más verosímil es que la dejara en la cerradura porque así nadie la espiaría desde fuera, si la hubiera quitado la hubiera puesto en un mueble. ¿Por qué había de tirarla?

—Pudo haberse caído cuando golpearon la puerta.

—Puede ser, pero lo dudo, porque los golpes no fueron tan fuertes como para eso. Además, antes de que la puerta fuera golpeada, Georgina se asomó por el ojo de la cerradura y dijo que no veía a Diana. Si la llave hubiera estado puesta, ella habría dicho que no veía nada.

—Tú ganas. Pero, ¿qué consecuencias sacas de esa llave tirada?

—Creo que alguien entró en el cuarto de Diana, tirando previamente la llave y abriendo con otra la puerta desde afuera, desde el corredor. El asesino, o la asesina, no entró por el baño porque habría tenido que pasar por el cuarto de Román Arana y éste se había encerrado, seguramente. Por otra parte, si el diputado hubiera sido el asesino, habría entrado por el baño, porque el delegado y yo encontramos entornada la puerta que da a la recámara de Diana.

—Bueno, pero ¿cómo pudo otra persona matar a Diana sin que la oyera el diputado hacer ningún ruido, y estando tan cerca?

Armando meditó unos momentos y luego preguntó:

—¿Qué? ¿Ya se te olvidó tu sospecha?

—¿Mi sospecha?

—Sí, hombre. Tú mismo me has dado la idea.

—¿Yo? ¿Cuándo?

—Ayer, cuando me contaste lo del asesinato del señor Ortiz.

—Pero, ¿qué tiene que ver esa muerte con esta otra?

—Sospecho que mucho, pero, vamos por partes: tú me dijiste que creías que la señora Ortiz estaba narcotizada, ¿te acuerdas?

—¡Ah!, sí. Entonces, ¿tú crees que al diputado lo narcotizaron también?

—Evidentemente.

—Eso puede significar entonces que la misma persona que mató a Ortiz mató a Diana, ¿verdad? Para que no la delatara.

—O puede significar también que otra persona mató a Diana para que no delatara a Adela —y añadió mirando fijamente a su silencioso amigo—. Una persona que quisiera mucho a Adela, que quisiera protegerla, ¿te das cuenta?

El licenciado persistió en su mutismo. El periodista lo contemplaba entre divertido y compasivo. Le dijo:

—Sería mejor que me dijeras lo que estás pensando, Miguel.

Pero éste no aprovechó la coyuntura que por segunda vez le brindaba su compañero. Sacudió la cabeza como para ahuyentar una idea molesta y se limitó a implorar:

—Dime, Armando, por favor, ¿de quién sospechas?

—De todos —contestó bruscamente Zozaya.

—¿De todos? —comentó riendo el abogado—. ¿De mí también?

—De ti también.

—¡Hombre! Como guasa te la paso, pero mira que decirme a mí que soy sospechoso, ¡a mí que te llamé para que deshicieras este enredo!

—Ése sería un motivo poderoso para sospechar de ti. Es una viejísima triquiñuela: el culpable mismo es el que llama al detective.

Miguel miró extrañado a su amigo y al notar lo tan serio, se desconcertó. Armando sostuvo la mirada y permaneció en silencio.

—¿No querrás decir que supones ni por un momento que yo pueda haber matado al señor Ortiz?

—A él, quizá no —admitió el periodista—, pero respecto a la señorita Leech, las cosas cambian. Tú estás muy interesado en proteger a Celia y a su mamá. Y no hay que olvidar que Diana iba a revelar algo que comprometía “a quien mató”.

—Es curioso comprobar cómo las apariencias pueden acusar a un inocente —comentó con forzada tranquilidad Miguel. Y salió sin prisa del despacho.

Al verlo salir, el detective aficionado escuchó una voz recóndita, repentina, que le anunció que aún andaba muy lejos de la verdad, que aún no llegaba a soslayar la clave del misterio. Zozaya escuchaba siempre esas voces recónditas, y el hacerlo no era en vano. Una humilde intuición muchas veces es la mejor aliada del razonamiento. ¿Qué quería decirle esa voz? ¿Que, después de todo, era posible que fueran dos los criminales, en vez de uno? No podía ser. Armando nada más había estado jugando con Miguel, presionando para que le confesara sus temores y sus dudas. Pero creía tener ya formulada una teoría bastante verosímil del caso: un criminal único era el autor de los dos homicidios. Entonces, ¿por qué lo perturbaba esa recóndita voz?

Apuntó en su libro de jeroglíficos dos datos: la alarma que conjuntamente advirtió en Celia y Miguel cuando se dio a conocer la muerte de *miss* Leech, podía estar originada por el temor, en ambos, de que el diputado fuera el asesino. En la llave que encontró tirada en el suelo se advertían únicamente,

según le comunicó el perito en huellas dactilares, las muy borrosas y superpuestas de la propia Diana, de Georgina y de Margarita, la recamarera.

Y, a pesar de que esos datos respaldaban su teoría, en esa tarde de domingo, a solas en el despacho de la quinta de Coyoacán, Armando H. Zozaya decidió emprender de nueva cuenta su investigación.

XV

PEDRO, EL MOZO

Pedro entró al despacho, dijo al periodista que el delegado le hablaba por teléfono y le indicó que podía usar la extensión que allí mismo se encontraba. En seguida se retiró discretamente.

—Bueno...

—Quiubo, Zozaya, ¿no hay novedades por ahí?

—Ninguna, señor licenciado. Y usted, ¿qué me cuenta?

—Nada importante, por desgracia. Hablé por teléfono a Monterrey, pero aparte de que este señor es muy conocido allá, nada he podido averiguar. Mañana pondré a unos muchachos a buscar en periódicos y en archivos alguna noticia en que figuren Román Arana u Ortiz, pero...

—Realmente es muy difícil que en poco tiempo averigüe usted algo de importancia. Y dígame, ¿ya hicieron la autopsia a los cadáveres?

—Al de Ortiz, sí. ¡Ah!, y creo que al otro también. Se me hacía raro que en domingo...

—¿Y qué dicen los certificados?

—Pues, espérate. (A ver, Martínez, deme esos certificados.) ¿Te interesa mucho?

—Me gustaría saber qué dicen en términos generales, si fuera usted tan amable.

—Bueno, aquí están: "...muerte instantánea... herida con un instrumento punzocortante... que lesionó el corazón... fuerte dosis de hipnótico en el estómago..."

—¿Qué dice?

—Fuerte dosis de hipnótico en el estómago.

—¿En cuál de los certificados dice eso? Por favor.

—A ver, espérate. ¡Hombre! En los dos.

—¿Está usted seguro?

—Segurísimo. ¿Está raro esto, eh, Zozaya? ¿Cómo la ves?

—Realmente, señor licenciado, puede ser un dato importante.

—¿Que favorece o que acusa al diputado?

—Pues... yo creo que ese dato demuestra que los dos asesinatos fueron perpetrados por la misma persona.

—¿Verdad? Ya lo había yo pensado. Oye, me gustaría que te quedaras ahí en la noche, Zozaya.

—Haré lo posible.

—Y que abras bien los ojos. No nos vayan a obsequiar con otro muertito esta noche. Ya ordené que se queden cuatro policías dentro de la casa. Que se dejen de hacer rondas y que se queden ahí de planta. Pero, echa vidrio tú también.

—Está bueno.

—Y mañana ven temprano por acá. Quiero hablar contigo antes de ir a ver al señor procurador, porque creo que es bueno que el procurador tome cartas en el asunto. Ese Román Arana está resultando un pez muy gordo.

—Tiene usted razón.

—Bueno, hasta mañana.

—Hasta mañana.

“¿Conque hipnótico (nembutal, seguramente) en los dos cadáveres? Eso prueba que el primer crimen fue premeditado y que el segundo es consecuencia del primero. ¿Por qué entonces pensé, mejor dicho sentí, hace unos momentos que andaba equivocado? No puede ser. La teoría que empezó a ocurrírseme allá en la huerta va adquiriendo más claros perfiles de verdad.”

Pedro interrumpió una vez más sus meditaciones:

—La señora lo espera a cenar.

—Gracias... ¿cómo se llama usted?

—Pedro García, para servirle.

—Muchas gracias, Pedro. Dígale que ya voy.

El mozo pensó que era simpático aquel señor, y posiblemente, de fiar. ¿Le diría...? Decidió confiarse a él más tarde.

Cuando Armando penetró en el comedor, sólo había dos personas en la mesa: Georgina y el doctor Requena. Aquella le explicó que doña María se sentía mal y

que Miguel la acompañaba, que a su vez, Celia hacía compañía a su madre, y que Abel andaba por ahí, vagando y que había rehusado presentarse a cenar.

—Es una lástima que estemos tan solos —añadió la dueña de la casa—. Pero nadie quiso venir. Parece como si me huyeran, como si me tuvieran horror. María casi ni me habló cuando fui a visitarla, hace un rato.

—¿Y el señor diputado? —preguntó Armando.

Georgina no contestó. Juan, mirándola de reojo, lo hizo en su lugar:

—Parece que alzó el vuelo.

—¿A pesar de la vigilancia de la policía?

—A pesar de ella. Nadie ignora que a esas gentes les sobran recursos para imponer siempre su voluntad.

Armando quedó perplejo. ¿Por qué había huido Román Arana? ¿Había huido, realmente?

—¿No estará por ahí?

Requena sonrió:

—Lo mismo esperaba Georgina, pero no. Se han registrado la casa y la huerta de arriba a abajo, y su señoría no aparece por ningún lado —añadió con tono de absoluta confianza—. Ahora sí, ¡se acabaron los crímenes!

El periodista no juzgó pertinente ni oportuno entablar una discusión acerca del presunto culpable. Los tres guardaron silencio. Zozaya pensaba en la cara que el delegado iba a poner cuando supiera que Román Arana se había ido. ¡Y en las propias barbas de Armando! Comenzó a reprocharse la simpatía instintiva que el diputado le inspiró y la excesiva confianza en sus propias deducciones. El doctor le dijo:

—Señor Zozaya, con el permiso de la señora, me atrevo a sugerirle que se quede usted aquí esta noche. Nadie sabe lo que puede pasar. A lo mejor ese señor regresa tan misteriosamente como se fue, y ya ve usted, la policía no sirve de gran cosa.

Armando reprimió una sonrisa. Estaba resultando miedoso el doctor. Georgina salió de su ensimismamiento, envolvió a Juan en una mirada de airado reproche y evidentemente por compromiso se adhirió a la invitación del médico. El periodista aceptó, pero no dejaba de cavilar en la imprevista complicación que la marcha del diputado traía a la averiguación de los crímenes.

Y, como si el objeto de sus preocupaciones las hubiera adivinado, y quisiera corresponder a la gratuita simpatía que él le había dispensado, irrumpió en el comedor y lanzó un “buenas noches” que nada tenía de cordial.

La dueña de la casa sonrió aliviada. Requena frunció el ceño y fue Armando quien correspondió al saludo de Román Arana. Éste se despojó de su sombrero y de su abrigo, ligeramente húmedos por la llovizna nocturna, tomó asiento, y rehusó la invitación de Georgina, diciendo:

—Gracias, ya cené. Volví únicamente porque no quiero que el estúpido del delegado tenga otro pretexto para andarme fastidiando —y añadió tras una pausa—: ¿De quién es un coupé rojo que me encontré en la puerta?

—Mío, y de usted también.

—Gracias. En realidad, fue mío por unos momentos. Pensaba devolverlo mañana, pero como decidí regresar, ahí lo tiene usted. Espero que no me tomará a mal haber dispuesto de él por unas horas.

Zozaya respondió sonriendo con sinceridad:

—No, desde luego que no.

El regreso del diputado había apuntalado su hipótesis favorita y le había devuelto la confianza en sí mismo.

Entretanto, Georgina se había ido. Margarita se había presentado para suPLICAR al doctor, de parte de Miguel, que fuera a ver a doña María.

Octavio dio al periodista una dirección donde, según dijo, podrían encontrarlo en cualquier momento. Llamó a Pedro y le ordenó pidiera por teléfono un coche de sitio. Armando intervino:

—Espere usted por favor, Pedro, y regrese cuando yo lo llame.

El mozo se retiró obediente y Octavio preguntó sin altanería:

—¿Por qué contradice usted mis órdenes?

—Mire, diputado, ya que estamos solos, quisiera decirle a usted una cosa.

—A ver, diga.

—Yo no estoy de acuerdo con la teoría del delegado.

—Muchas gracias.

—Yo sé que usted para nada necesita de mi simpatía o de mis opiniones, pero...

—No, cómo no. Siempre sirve que haya alguien con la cabeza en su lugar.

—Ahora me toca a mí darle a usted las gracias. Mire, si usted se va esta noche, el asesino, sea quien sea, aprovechará esa circunstancia para reforzar la presunta responsabilidad de usted y se mantendrá quieto.

—Y si me quedo, hará otra de las suyas. Mejor me voy, entonces.

—Comprendo que parece arriesgado darle otra oportunidad, pero no creo que pueda cometer otro asesinato.

—¿Usted ya sabe quién es?

—No, no exactamente, pero sospecho de alguien y espero desenmascarar a esa persona esta noche, precisamente.

—Bueno. Pero, ¿de quién sospecha usted?

—Preferiría no decírselo por ahora.

—Está bien. No soy curioso. Tengo confianza en usted, Zozaya. Creo que es usted inteligente y me convendría que desenredara este lío rápidamente. Hoy fui en busca de un abogado y además fui a ver a... a un ministro que es buen amigo mío, para ponerlo en antecedentes... A propósito, ¿usted es periodista, verdad?

—Sí, bueno, hasta cierto punto.

—¿Cómo es que este asunto no ha salido en la prensa?

—El delegado quiere mantenerlo en secreto hasta que... hasta que tenga la solución del caso.

—Es decir, hasta que me tenga bien acorralado.

Armando sonrió.

—Pero usted —añadió Octavio— ¿no tiene la obligación de dar la noticia a su periódico?

—En un tiempo fui reportero, ahora soy nada más colaborador y eventualmente saco algún reportaje. Por otra parte, y cosa curiosa, nunca trabajé la fuente de hechos de sangre. Me limité a la fuente de deportes.

—Curioso, de veras, dada su afición a estas cosas. ¿Y cómo es que es tan amigo del delegado?

—El licenciado es un gran aficionado al beisbol.

—¡Ah! Bueno, Zozaya, me gustaría mucho que esto se aclarara mañana mismo. Me quedo aquí pues, cuente usted conmigo.

—Muchas gracias.

Se dieron un cordial apretón de manos y Armando fue en busca de Miguel. Llamó discretamente a la puerta de doña María. Ella misma, desde dentro, invitó a pasar al que llamaba. Armando entró a la recámara. El doctor Requena tomaba en esos momentos el pulso a doña María. Ésta, envuelta en su bata negra y con un pañuelo gris anudado a la cabeza, se encontraba recostada en la cama. Miguel desvió la mirada al reconocer a su amigo.

El doctor decía:

—Tiene usted una fiebre ligera, motivada quizá por un principio de gripa, pero ante todo por la conmoción nerviosa que ha sufrido en estos días. No tome más bromuro. Dentro de una hora tome dos mejorales con un té bien caliente. Mañana estará mejor.

—Gracias, doctor Requena.

El médico se despidió, y ya en la puerta se volvió para decir:

—¡Ah! Y por las dudas, cierre usted su puerta con llave esta noche —y se fue sin decir más.

Doña María se estremeció al oír aquellas palabras. Miguel trató de distraerla y Armando le dijo:

—Señora, no se preocupe usted. Cierre bien su puerta, como dice el doctor, pero no tenga miedo y procure dormir. Ojalá mañana mismo salgamos todos de esta pesadilla.

—¿Mañana, cree usted?

—¿Mañana? —interrogó a su vez Miguel—. ¿Piensas entregarme mañana a la policía?

La señora miró a los dos jóvenes sin comprender. Armando le explicó:

—Miguel está también nervioso y ya no sabe de guasas, señora. Dice eso porque le dije que él también era sospechoso.

—¿Sospechoso, mi hijo? —saltó doña María—. ¡Pero si en esta casa de locos y malvados sólo él y yo no podemos ser sospechosos!

—Claro está, señora —contemporizó el periodista—. Ya le dije a usted que fue sólo una guasa.

Tras una breve pausa, doña María lanzó un suspiro y dijo:

—¿Sabe usted, Armando? Dios aprieta, pero no ahoga. Hoy esa mujer le dijo a Miguel que ya hizo testamento a su favor, y que en cuanto salgamos de estos

lios le va a entregar toda la fortuna de mi difunto esposo, a quien Dios tenga en su santo reino.

—¿De veras, Miguel?

—Sí, pero yo no sé para qué se lo dijiste, mamá. No vaya a inventar algo...

—Pero, ¿qué podría yo inventar?

Zozaya tomó asiento, sin pedir permiso, en una butaca contigua a la cama, y sin solicitar la venia de la señora, encendió un cigarro. Tanto le había sorprendido la noticia, que olvidó toda fórmula de cortesía y se sumió en sus pensamientos: “Eso del testamento contradice mi teoría. ¿Por qué ella promete darle dinero a Miguel? Parece un acto de tardío arrepentimiento, pero está muy raro de todos modos”. Advirtió que se encontraba aún en la alcoba de doña María, se puso de pie apresuradamente y dijo:

—¡Ay, señora, perdóneme! Me trae tan preocupado este caso...

—No tenga cuidado.

—Me voy a quedar aquí esta la noche, Miguel. Si se te pasa el mal humor —añadió sonriendo— ve a buscarme al billar.

—Está bueno, allá iré —contestó secamente el abogado.

—Buenas noches, señora, que se mejore usted.

—Buenas noches, Armando. Que Dios lo ilumine.

El periodista se refugió en el billar. Fumó en silencio un cigarro, e iba a estudiar su libro de jeroglíficos, cuando Pedro penetró en la estancia. Estaba escrito que ese día Pedro no iba a dejarlo en paz.

—Perdone usted que lo interrumpa, pero traigo unas cobijas y unas almohadas para arreglar su cama, ahí en el diván, y para ver qué se le ofrece.

—Muchas gracias, Pedro. No se me ofrece nada por ahora.

No entraba en sus planes acostarse esa noche, pero dejó hacer a Pedro y esperó con disimulada impaciencia que se retirara. Sin embargo, el mozo, concluida su tarea, no dio señales de irse. Miraba al periodista y sonreía, cohibido. Zozaya intrigado le preguntó:

—¿Quiere usted decirme algo, Pedro?

El mozo movió afirmativamente la cabeza, se asomó al corredor y entornó la puerta con cuidado. Armando enarcó la ceja y esperó con verdadero interés.

—Mire usted, señor, lo he estado pensando y no sabía qué hacer. No por miedo, no vaya usted a creer, por mí no importaba, pero no quiero que ella se vea complicada en esto.

—¿Ella? ¿Quién es ella?

—Pues Margarita.

—¡Ah, sí! —recordó a la recamarera pizpireta y entrometida, y dedujo que Pedro era su novio. Añadió:

—¿Y qué es lo que Margarita le contó a usted?

—Pues mire, señor. Yo le dije a ella que mejor no se lo dijera al delegado; como a la señorita Diana la han de haber matado por eso...

Armando se estremeció de curiosidad y de gozo. Iba a saber lo que Diana tenía que revelar. ¡El último eslabón que le faltaba!

—¡Ajá! ¿Y qué era lo que Diana sabía? —preguntó tratando de disimular su impaciencia.

—¿No cree usted que hice bien? No es por miedo, ya le digo, pero siempre es mejor ser prudente, ¿verdad?

—¡Cómo no! ¿Y...?

—Ella fue a contármelo. Me lo contó anoche, ¿sabe usted? Como ahora no las deja salir la policía, ella y Juana y Zenaida se quedan aquí con doña Panchita, pero dimos unas vueltas por la huerta, y...

Sonrió como un niño ingenuo que confiesa una travesura. Armando comenzaba a impacientarse y con fingida amabilidad insistió:

—¿Y qué fue lo que le contó Margarita?

—Pues, ya le digo. Yo le dije, mira, mejor no digas nada. Y hoy, en la mañana, cuando supimos que habían matado a la señorita Diana, corrí y le dije: ya ves, ¡no vayas a decir nada! Ella estaba espantada y me prometió no decir nada.

El periodista por quinta vez preguntó:

—Bueno, ¿pero qué fue lo que le contó a usted Margarita?

—Pues, ya le digo. Pensamos que era mejor callarnos, pero yo luego pensé: ¿y si eso es importante? ¿Y si luego matan a alguien por eso? Pero también, ¿si lo decimos y luego nos matan a nosotros?

“¡Quien te va a matar soy yo, si no hablas claro!”

—Realmente, era una situación difícil para usted, Pedro. Pero a mí sí puede decírmelo.

—Eso es lo que yo pensé, para que vea usted. Dije: el señor no es de la policía, puedo decírselo a él solito y ya él sabrá lo que hace.

—¡Claro! Muy bien.

En esos momentos, Miguel entró al billar. Pedro se asustó y decidió partir. El periodista necesitó de toda su fuerza de voluntad para controlarse. Tranquilo ya, dijo:

—Quiubo, Miguel —y al mozo—: Oiga Pedro, tenga la bondad de traerme dos cocacolas.

—Está bien, señor. Orita se las traigo.

Armando continuó:

—¡Qué bueno que viniste, Miguel! Eres de lo más oportuno. Si quieres, puedes hacerme un gran favor.

—Aver, ¿cuál?

—Mira, mientras yo acabo de apuntar unas cosas, ve tú a cerciorarte si todos los de la casa están en sus respectivos cuartos, o en dónde están.

—Y eso, ¿para qué?

—Necesito saber dónde están. Anda, haz esa batida por mí, ¿quieres? —agregó riendo— ¿No te gusta hacerla de doctor Watson?

—Prefiero a Paul Drake.

—Anda, pues.

El abogado preguntó, entre risueño y tímido:

—Entonces, ¿ya no soy sospechoso?

Armando ansiaba en esos momentos deshacerse de su amigo a fin de hablar a solas con el mozo, así que sin pensarlo contestó apresuradamente:

—No, ¡hombre! Ya te dije que era una guasa. Anda, ve, por favor.

—No parecía guasa, pero en fin.

Miguel salió y unos cuantos segundos después entró Pedro con las cocacolas. El periodista le urgió:

—¡Ándele, Pedro! Cuénteme. ¡No nos vayan a interrumpir otra vez!

—Sí, señor. Pues, ¿sabe usted? Parece que anoche la señorita Diana estaba un poco tomadita...

—Sí, ya me di cuenta.

—Pues cuando se fue a su cuarto, llamó a Margarita y le dijo...

Hizo una pausa. Armando casi no respiraba. El sirviente continuó:

—Bueno, yo creo que usted se dio cuenta de que la señorita Diana y el diputado, pues....

—Sí, que se entendían.

—Bueno. Pues nosotros ya también nos habíamos dado cuenta. No es que uno se meta en las cosas de sus patronos...

—No, ¡claro! Pero, anoche, ¿qué pasó anoche?

—Pues la señorita Diana llamó a Margarita y le dio un dólar.

—¡Ajá!

—Un dólar de plata, retebonito.

—¿Y para qué le dio el dólar?

—Pues para que fuera a ver dónde andaba el diputado.

—¿Y dónde andaba el diputado?

—Margarita me preguntó a mí si yo lo había visto, y yo le dije que ahí estaba en el jardín, en una banca, con la señorita Celia.

—¿Con la señorita Celia?

—Sí, fíjese usted. Estaban muy juntitos y hablaban quedito, y luego la señorita Celia se puso a llorar.

Armando estaba azorado. Pedro le adivinó el pensamiento:

—Pero no vaya usted a creer otra cosa. Yo también me figuré lo mismo, pa que es más que la verdá, y Margarita y yo nos imaginamos el coraje que le iba a dar a la gringa... digo, a la señorita Diana, cuando lo supiera. Margarita no hallaba cómo decírselo, pero yo le dije, anda, díselo, a nosotros qué, ¿verdá?

—Pues sí. ¿Y qué pasó?

—Pues Margarita se lo dijo a la señorita Diana, pero no se enojó. Fíjese que le dio mucha risa y le dijo a Margarita: no vayas a creer que está... bueno, no sé qué palabra le dijo.

—Flirteando —sugirió Armando.

—Eso, eso mero, flertiando. No creas que está flertiando con la muchacha. Es su hija.

—¿Qué?

—Eso, eso le dijo, que la señorita Celia es hija del diputado, y que mañana lo iban a saber todos, que se iba a armar un escándalo y que la señora Georgina hasta se iba a enfermar de la muina.

“¡Celia, hija de Román Arana!” Armando preguntó:

—¿Y qué más le dijo?

—Pues nomás. Pero como ora la mataron, y... bueno, yo ya cumplí con decírselo a usted.

XVI

ARMANDO Y DESARMANDO HIPÓTESIS

Examinaba Armando cada uno de los datos recogidos para comprobar si discrepaban o si encajaban en su teoría. En su libro de jeroglíficos había anotado:

1. La noche del sábado en que mataron a Mario Ortiz, Abel Fernández salió subrepticamente de su alcoba, y posteriormente ocultó esa salida en su declaración.
 2. La señorita Celia Ortiz declaró haber visto esa misma noche una sombra en el corredor sur de la quinta.
 3. Miguel sospecha que la señora Ortiz estaba narcotizada.
 4. Durante la cena del sábado, Diana amenaza con revelar a la policía al día siguiente un dato muy importante, y al decir esto mira al diputado y a Georgina.
 5. Miguel oculta algo que parece comprometer a Celia, o comprometerlo a él mismo.
 6. La llave tirada en el cuarto de Diana demuestra que alguien entró por el corredor.
 7. Georgina tiene duplicado de todas las llaves.
 8. Abel acusa al diputado. Por lo menos, procura hacerlo sospechoso a los ojos de la policía.
 9. Abel no oculta sus celos ni su odio por Mario, y parece amenazar a Juan.
 10. Georgina asegura que Abel no mató a Mario y deplora que imprevisiblemente hayan acusado al diputado de la muerte de Diana. Georgina es aficionada a leer novelas policiacas.
 11. En los dos cadáveres se encuentran fuertes dosis de nembutal.
 12. Lo que Diana iba a revelar es que Celia es hija de Roman Arana.
- Aunque le pareciera inútil, porque lo tenía muy presente en la memoria, anotó también que Adela aparecía como culpable de la primera muerte, a cau-

sa de la reyerta anterior y de sus huellas digitales impresas en la plegadera, y que el diputado podía ser responsable de la segunda muerte, asimismo por sus huellas dactilares en el cortapapel, y porque en apariencia quería impedir que Diana comunicara algo a la policía.

La presencia de hipnótico en los cadáveres y la probabilidad de que tanto Adela como Octavio hubiesen sido narcotizados, eran para Zozaya prueba de que los crímenes se debían a una misma persona, y además, de que habían sido premeditados. Por lo menos el primero. Ahora bien, partiendo de esa hipótesis, ¿quién era el culpable?

¿Adela? Pudo matar a Mario por odio y luego narcotizarse a sí misma; pudo matar a Diana para que ésta no revelara... Pero, ¿sería para Adela de tanta importancia ocultar que Román Arana era el padre de Celia? No era creíble, puesto que su marido estaba muerto y dado que la propia Celia ya lo sabía. Por lo demás, Adela no pudo planear con anticipación la coincidencia de las plegaderas y del nembutal.

¿Román Arana? ¿Mata a Mario? No era verosímil, puesto que no tenía un motivo claro para ello. Era absurdo pensar que tuviera celos de él por causa de Adela. Por otra parte, no existía fundamento alguno para afirmar que Mario lo estaba extorsionando. Tampoco constituía razón suficiente la presunta revelación de Diana, porque a Octavio no parecía preocuparle que se conociera la existencia de una hija suya. Armando lo descartó.

¿Abel? Parecía tener motivo bastante para asesinar a Ortiz. Inclusive lo acusaba aquella salida nocturna, pero no lo tenía para matar a Diana. Y si los dos homicidios fueron cometidos por una misma persona, ésa no pudo ser Abel.

En cambio, ¿quién llenaba las condiciones precisas para perpetrar los crímenes? Armando anotó las condiciones: 1ª móvil en contra de Mario y en contra de Diana. 2ª planeamiento previo. 3ª oportunidad.

Era notorio que había una persona que libremente pudo arreglar la escena del crimen, colocando nembutal y plegaderas idénticas en cada cuarto; una persona que tenía duplicado de todas las llaves; una persona que posiblemente ocultaba un odio profundo por Ortiz y que evidentemente tenía celos de Diana.

Zozaya se acariciaba el bigote con satisfacción. Había encontrado la solución del caso. “Sin embargo...” enarcó la ceja... “¿cómo explicar lo de las huellas digitales de Adela y de Octavio?” Éste era un punto oscuro e importante. No tanto por el cómo, sino por el por qué.

Que se hubiera querido hacer aparecer a Adela como sospechosa, le parecía a Armando natural desde el punto de vista del asesino. Pero, ¿a Octavio? Y el detective aficionado releyó el segundo párrafo del dato marcado con el número diez. No era comprensible que deliberadamente esa persona hubiera tratado de hacer recaer las sospechas del asesinato de Diana en el diputado al cual decía querer tanto. Esta falla psicológica de su teoría, preocupó a Armando. Releyó su libro de jeroglíficos y decidió estudiar a los otros invitados de la señora Llorente, a quienes hasta entonces no había tomado en consideración.

¿Celia? Aparecía como sospechosa si se consideraba que Adela *en realidad* había matado a su marido y que Diana iba a revelar al delegado algún dato que la acusaba definitivamente. Pero desde el momento en que la sensacional revelación de la americana quedaba reducida a una noticia sin importancia, el móvil de Celia desaparecía automáticamente. Lo mismo podía decirse respecto a Miguel. Por lo que al otro homicidio se refería, era sencillamente monstruoso suponer que Celia, creyéndolo su padre, hubiera matado a Mario. También era inverosímil conjeturar que Miguel le hubiera deseado mal alguno al padre de la muchacha que tan favorablemente lo impresionó desde que la conoció.

¿Quiénes quedaban? El doctor Requena y doña María. El médico era ciertamente un individuo reservado, de reacciones difíciles de prever. Fácilmente pudo estudiar el lugar de los hechos antes del arribo de los huéspedes. Posiblemente abrigaba celos retrospectivos hacia el primer marido de Georgina, pero ¿por qué habría de matar a Diana? Otra vez la revelación sensacional de la americana se esfumaba como posible móvil. Y en este caso particular era de presumirse que, por el contrario, al doctor le agradase que a oídos de Georgina llegara todo lo que hiciera sombra a la rutilante personalidad del diputado e hiciese a la vez más difícil la realización de los sueños de aquella.

En doña María ni siquiera se detuvo a reflexionar el periodista. ¡Una señora tan decente! ¡Tan católica! Era completamente absurdo vincularla, siquiera con la imaginación, a aquellos horribles crímenes.

La mente de Armando volvió, tenaz y subversiva, a la idea de que una persona, una sola, era la autora de los dos homicidios. “Puede estar fingiendo... Es posible que en realidad no lo quiera.”

El periodista suspiró y se pasó una mano por la frente. Estaba cansado. Pero era necesario seguir adelante. Consultó el reloj: la una con 55 minutos. Bebió casi de un trago una coca-cola ya tibia, encendió el decimotercero Belmont del día, apagó la luz, arrimó un sillón a la puerta y se apostó en calidad de vigía.

Después de una ligera llovizna, el cielo se había despejado y una luna en cuarto menguante iluminaba el jardín y los corredores. Armando aspiraba con delicia el aire fresco de la noche. Una humilde madre selva, escondida quien sabe dónde, manifestaba con su aroma simpatía por el desvelado. Sirio también parecía mostrarle adhesión con sus guiños luminosos. Armando miraba con intensidad curiosa hacia el corredor sur de la quinta. Las letras florecidas de la trajinera decían “Georgina”, y Zozaya las distinguía muy bien en la penumbra.

En las esquinas de los corredores, cuatro policías vigilaban. ¿Vigilaban en realidad? Tenues ronquidos humanos se escuchaban alternando con lejanos chirridos de grillos y croar de ranas.

¿Cuánto tiempo transcurrió? Quizá, ni una hora. Quizá mucho más. Zozaya hubiera jurado que no había dormido ni un segundo; empero, su reacción fue tan brusca y repentina cuando oyó los gritos, que se asemejaba mucho a un despertar.

Con los nervios más tensos que las cuerdas de un violín y todos los sentidos alerta, recibía en su cerebro aquellos impactos: “¡Socorro, socorro! ¡Me matan! ¡Auxilio!” Pero no era tan sólo el significado de las palabras, era el hecho de ser Georgina quien las profería, lo que lo sumergía en un mar de

confusiones. Eran los gritos auténticos de un ser humano dominado por el terror, de una mujer invadida por la angustia y el pánico. No eran fingidos, no. Y Armando quedó paralizado. Lo abrumaba el peso de la teoría que acababa de desmoronarse sobre su cabeza. Pero miraba febrilmente hacia el lugar de donde partían los gritos. Y vio cómo los policías corrían, cómo el doctor Requena salió de su cuarto y cómo entró al de Georgina en compañía de los gendarmes. Y luego, vio llegar a Román Arana y a Celia, los cuales permanecieron en la puerta de la habitación. Delante de él pasaron corriendo Prado y Fernández.

Recuperó la facultad de movimiento y se encaminó a la alcoba de la dueña de la casa. Al pasar frente al cuarto de doña María, ésta salió y se unió a él. Ya todos estaban dentro. Doña Panchita, Margarita y los otros criados habían acudido también. Era aquella habitación un *mare mágnum*: el que no interrogaba, hablaba a gritos; la que no lloraba, caía en una crisis de histeria. Y Georgina, con una espantosa herida en el pecho de la que había brotado abundante sangre, yacía desmayada en su cama.

Fue Román Arana el primero que impuso el orden. Desalojó la habitación, y en ésta sólo permanecieron el doctor, doña Panchita, Zozaya y el propio diputado. Mientras el médico, ayudado por la nana, impartía los primeros auxilios a la señora Llorente, Román Arana no se abstenía de abrumar con reproches a Armando.

—¿Conque ya no iba a hacer de las suyas, eh? ¡En bonito lío me ha metido usted! Si la señora se muere, ya no serán dos, sino tres, los muertitos que me achacará su buen amigo. ¡Como ya me cogió de puerquito!

Armando lo oía sin protestar. Estaba hecho trizas. Y aun le faltaba oír al delegado. Hubiera deseado que la tierra se lo tragara. ¡Su libro de jeroglíficos! ¡Sus brillantes deducciones! ¡Su armar hipótesis! ¡Qué ridículo resultaba todo aquello comparado con la sangre allí vertida! Y recordó la voz recóndita. Sí, se había equivocado. Cabizbajo y meditabundo, como cualquier héroe ingenuo y melancólico de novela finisecular, salió de la habitación y se dejó caer en una banca del jardín.

Las idas y venidas de huéspedes, policías y criados; la emoción y el asombro que saturaban el ambiente y aun la misma sombra de la burlona muerte

envanecida, eran insuficientes para distraer su pensamiento. Tenía que encontrar la falla de su hipótesis.

“Es preciso esclarecer el pasado antes de ocuparse del presente. Alguien mató al señor Ortiz. Motivos posibles, no faltan. Pero, ¿por qué esa misma persona mató a Diana? Suponiendo que a Diana la matara la misma persona. El delegado dice que para evitar que la americana la delatase. Esto es, por temor. ¡Caramba! ¡Tiene razón el delegado! ¡Claro que pudo ser por temor! Porque el hecho de que yo, por casualidad, haya sabido que lo que ella tenía que decir no tiene relación con el primer crimen, no significa necesariamente que el asesino sepa lo mismo. Él o ella, quién sea, pudo creer que Diana en realidad lo había visto o conocía sus motivos...”

Esta sencilla, aunque tardía reflexión condujo al periodista a deducciones muy diferentes de las que hasta entonces había obtenido. Se encaminó a la recámara de la señora Llorente, reanimado ya.

En el momento en que entró, el médico anunciaba que la herida de Georgina era grave, pero que había probabilidad de salvarle la vida. La señora, sin abrir los ojos, hizo un ligero movimiento y pronunció en voz muy baja un nombre: “Octavio, Octavio...”

El diputado se acercó a ella y le estrechó una mano. Ella abrió los ojos y al reconocerlo, sonrió débilmente. Luego buscó con la mirada a Requena y le preguntó:

—¿Me voy a morir, Juan?

—No —respondió el médico—, no vas a morir. Pero cálmate, necesitas reposo.

Octavio le preguntó con la voz más dulce que pudo hallar en su repertorio:

—Georgina, ¿no puede usted decirnos quién fue?

La aludida se estremeció, y mirándolo con firmeza contestó:

—Sí, Octavio, la reconocí muy bien.

Juan y Armando se acercaron al lecho con la expectación marcada en el rostro. El diputado prosiguió interrogando con suavidad:

—¿La reconoció usted? ¿quién era?

—María.

Armando ahogó una exclamación de protesta.

—¿Doña María? —insistió Octavio.

—Sí. Traía una bata. No le vi la cara, pero se veían sus canas. Y además toqué la bata.

—¿Y cómo entró?

—No sé.

En medio de grandes pausas y con voz fatigada, Georgina prosiguió su explicación sin que nadie la interrumpiera:

—Yo había cerrado la puerta con llave... La vi ya junto a mi cama... me hirió... Yo quise defenderme, pero ella corrió... Luego... salió por la puerta del baño... —entrecerró los ojos y suspiró—. María me odia... Me ha odiado siempre... Y yo... que quería ayudar a Miguel...

Armando recordó lo del testamento: “¡Ah! ¡qué claro parece todo!”

El doctor sugirió que se dejara descansar a Georgina porque parecía a punto de perder otra vez el conocimiento. Doña Panchita y Margarita, llorando a lágrima viva, se quedaron velando a su patrona. Román Arana y Zozaya salieron juntos al corredor. Fernández y Prado estaban a la puerta. El primero interrogó con un temblor inequívoco en la voz:

—¿Cómo está? ¿No... no se morirá?

Octavio le dio una palmada conmisericordiosa en el hombro y respondió:

—No, amigo, no se morirá. No se apure.

Miguel les preguntó:

—¿No tiene idea de quién la hirió?

Octavio y Armando cambiaron una mirada. Fue el diputado quien contestó:

—No ha dicho nada.

Zozaya, después de una pausa, dijo:

—Hay que avisarle al delegado.

—¿No cree usted —replicó Octavio— que ya es bastante función por esta noche? ¡La que armaría el buen señor! Siempre será demasiado pronto cuando se sepa —e indicó con un gesto a Miguel.

Armando pensó que realmente sería una crueldad inútil para con su amigo avisar tan pronto al delegado. Además, él tendría tiempo para pensar y quizá descubriera la verdad muy pronto. Se le figuraba un poco absurda la visión de doña María hiriendo a su rival, porque se aferraba al pensamiento de que era una sola la persona responsable de todo aquello. Y doña María, con motivos

suficientes para desear la muerte de Georgina, ¿por qué había de matar a Mario y a Diana?

El diputado cortó su meditación:

—Bueno —dijo—, me voy a acostar. Parece que, por lo menos, esta vez no se empeñará el delegado en que yo traté de matar a la señora.

—Así lo espero —contestó Zozaya—. Me alegro de que no se le complique a usted en esto. Creo que lo mismo hubiera sucedido si usted no hubiera regresado.

—Es cierto. Bueno, hasta el rato, jóvenes...

Miguel, ya a solas con su amigo, le preguntó:

—¿Qué opinas de todo esto, Armando? Yo ya me vuelvo loco. ¿A quién le va a tocar luego?

—Confíemos en que a nadie. Pero, no sé. La verdad no sé. ¡Es un lío de todos los diablos! —guardó silencio un instante y luego sugirió—: Oye, mano, nada más como una comprobación, ¿por qué no vas a ver si en tu cuarto y en el de tu mamá están las plegaderas malditas?

—¡Hombre, sí! Voy a ver.

—Entraré aquí un momento. Nos encontraremos en el billar.

—Está bien.

Armando penetró en la recámara de Georgina. Ella estaba dormida y la acompañaban doña Panchita y Margarita. El periodista les suplicó que no hablaran palabra y procedió a examinar el lugar: la puerta que daba al corredor tenía la llave en la cerradura, por dentro. Armando recordó que Georgina había dicho que la había cerrado, y por la rapidez con que los policías y el doctor irrumpieron en la estancia, dedujo que la habían encontrado abierta. Entró al baño. En un clóset, entre otros objetos y prendas de ropa, vio una bata color vino. La olió: indudablemente pertenecía a Georgina porque exhalaba un aroma ya antiguo, idéntico al perfume que ella usaba. Comprobó que el baño sólo tenía otra puerta, la que comunicaba con la recámara del doctor Requena. La ventana que veía a la calle era más bien una claraboya, lo mismo que la que se asomaba al corredor.

Enderezó sus pasos hacia el billar y allí encontró a Miguel, demudado.

—¿Qué te pasa, mano? —le preguntó.

—¡La plegadera del cuarto de mi mamá ha desaparecido!

—Me lo esperaba.

—¿Cómo que te lo esperabas?

—Mira, más vale que lo sepas de una vez: Georgina acusa a tu mamá...

—¿A mi madre? Pero, ¡cómo... cómo se atreve esa...!

—No te exaltes, Miguel. Ella lo hace de buena fe, te lo aseguro.

—Pero, ¡no es posible! Mi mamá...

—Oye, hermano, ¿confías en mí? Tú me llamaste, recuérdalo.

Miguel se arrojó en sus brazos, desesperado. Armando aguardó a que se calmara. Luego, riendo, lo arrojó lejos de sí, y le dijo:

—*Orora*, ¿te vas a poner histérico, como una señorita?

Miguel reaccionó. Su amigo aprovechó la coyuntura para recomendarle:

—Tienes que tener calma y confiar en mí. No puedo decirte nada por ahora, pero te juro que pronto se aclarará esto y que el criminal, o los criminales, sean quienes sean, serán descubiertos.

—Pero, ¿quién o quiénes son? —preguntó Miguel angustiado, y agregó—: Tú no puedes creer que mi mamá...

—Yo no creo nada —interrumpió bruscamente Armando—. Yo sé. Sí, yo creo que sé. Pero, ¡no me preguntes! No puedo decirte nada todavía. Anda, ve a hacerle compañía a tu mamá. ¡Y no vayas a decirle nada!

—No, claro que no.

Se despidieron. En la quinta había renacido la calma. Los policías estaban en sus puestos y cabeceaban ya. Los criados, con excepción de Margarita y el ama de llaves, se encontraban en sus habitaciones. Hacía rato también que los invitados de Georgina trataban de conciliar el sueño en sus respectivas alcobas.

De pronto, y no hacía ni tres minutos que se había retirado, el licenciado entró como un torbellino en el salón de billar:

—¡Armando, Armando!

—¿Qué tienes? ¿qué te pasa?

—La plegadera de mi cuarto... Estaba ahí hace un rato, cuando vine a hablar contigo... ¡y ahorita ya no está!

XVII

¿ERA ABELITO, EN REALIDAD, UN POBRE DIABLO?

El periodista se llevó las manos a la cabeza y apretó sus sienes. Dijo a su amigo:

—Siéntate. Y no me hables.

Miguel obedeció. Sus manos temblaban cuando encendió un Delicado.

“¿Qué puede significar la desaparición de esa plegadera? Una de dos cosas: se trata de asesinar a Prado o a Fernández, o se proyecta matar a un tercero, y en ese caso Abel o Miguel son los presuntos criminales. Pero, ¿de acuerdo con la primera hipótesis, quién puede desear por un motivo lógico, concreto, verosímil, la muerte de un pobre pintor o la de Miguel?” Armando no encontraba una explicación razonable para la situación. No hallaba un nexo entre los asesinatos perpetrados y el que parecía fraguarse. ¿Y el atentado a Georgina? Todo, todo tenía que ser obra de la misma persona... De repente, el periodista empezó a acariciarse el bigote: “¡Claro! Esta aparente falta de lógica, esta supuesta ausencia de motivos verosímiles, da la clave del verdadero móvil. Pero, ¡tengo que actuar rápidamente! No es hora de entregarse a elucubraciones detectivescas. ¡Tengo que impedir la realización de un nuevo asesinato!” Dijo a Miguel:

—Creo que la desaparición de esa plegadera indica claramente que se prepara otro atentado.

Miguel se aclaró la garganta y susurró:

—¿A mí...? ¿A mí me quieren matar?

—A ti, o a Fernández, o a otro... no sé.

—¿Qué hacemos?

—Habría que vigilar a Fernández. ¿Está allí?

—Creo que sí.

—¿No lo viste?

—Pues, la verdad, como me di cuenta de que faltaba la plegadera, vine corriendo a avisarte, y no me fijé.

—Puede tenerla él.

—¡Hombre, de veras!

—Mira: espérame aquí. No te muevas y no hagas ruido.

—Pero, ¿vienes luego?

—Sí, hombre.

—Sabes, mano, no es que tenga miedo, pero por si pasa algo, quiero que tú pruebes mi coartada.

—¡Claro, claro!

Armando entró sigilosamente en la recámara que Prado y Fernández compartían. Estaba a oscuras. Apenas había caminado unos cuantos pasos cuando Abel preguntó:

—¿Es usted, licenciado?

—No. Soy yo: Zozaya. Miguel está en el billar. Vine a pedirle a usted unos cerillos porque se nos acabaron.

Abel encendió la luz. Vestía solamente el pantalón encima de la pijama, tenía el cabello revuelto y la faz ojerosa y marchita, pero sin el menor síntoma de ebriedad. El periodista, mientras aquél buscaba unos cerillos, tomó asiento en la cama deshecha de Fernández y disimuladamente pasó una mano debajo de las almohadas. Nada encontró. Tomó los cerillos que Abel le ofrecía, lanzó una ojeada al cuarto, se acercó al escritorio y dijo:

—Muchas gracias, señor Fernández.

Comprobó la ausencia de la plegadera, y añadió:

—¡Ah! Quería decirle que, como ya es muy tarde (las cuatro y pico de la mañana), Miguel y yo no pensamos dormir y nos vamos a quedar en el billar hasta que amanezca. Sería bueno que cerrara usted su puerta con llave.

—¿Por qué?

—Pues, por las dudas.

—Bueno, si el licenciado ya no va a volver, la cerraré.

—Hágalo, de veras, por favor.

—Muy bien. Hasta mañana.

—Hasta el rato.

Armando permaneció unos segundos en el corredor y escuchó cómo Abel daba vuelta a la llave. Luego se reunió con Miguel.

—¿Qué pasó? —interrogó éste.

—No creo que él tenga la plegadera. Le dije que se encerrara con llave, pero tenemos que vigilar esa puerta, Miguel. El cuarto no tiene más que esa entrada, ¿verdad?

—Sí, porque el baño no tiene ninguna otra puerta y por la claraboya sólo un niño podría pasar.

—¡Ajá! Oye, ¿pero la ventana que da a la huerta?

—De veras. Pero en la huerta hay policías.

—También los hay en el corredor, y ya ves, para lo que sirvieron.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Tú no has de querer irte a la huerta a vigilar, ¿verdad?

—Hombre, mano, ¡acuérdate de que yo soy el amenazado!

—Tú, u otro. No se sabe.

—Bueno, pues si lo crees necesario, iré.

—No. Mejor te quedas aquí. Vigila la puerta del cuarto de Fernández. Yo voy a buscar a Pedro para que refuerce la vigilancia en la huerta.

—Está bien.

Cuando el periodista regresó, hizo un resumen de la situación:

—Todos, o casi todos en la quinta, están vigilados. Tu mamá está en el cuarto de Adela y Celia, encerradas con llave las tres; a Georgina la cuidan dos criadas y el médico; a Fernández lo cuidamos nosotros y Pedro. Los policías dizque nos cuidan a todos.

—¿Y el diputado?

—Ese se cuida solo. Además, tiene su cuarenta y cinco... con sus cuatro car... gadores...

—¡Chist! No es hora de hacer chistes ni de cantar.

Los jóvenes encendieron sendos cigarros y en la puerta del billar se apostaron en calidad de vigías.

Al poco rato Miguel se recostó en el sillón. Fumaba cada vez menos, y terminó por cabecear.

A las cinco y media de la mañana del lunes Miguel despertó sobresaltado. “¿Dónde estoy? ¿Qué sucede?” Su conciencia tardó unos minutos en recordar su estancia en la quinta y los terribles hechos acaecidos, o por lo menos así lo parecía a juzgar por su expresión alhelada. “¿De dónde viene ese ruido? ¿De dónde vienen esas voces?... ¡Ah!... ¿ya...?” Se incorporó y salió violentamente al corredor.

El doctor Requena traía la pijama manchada de sangre en un hombro y decía febrilmente:

—Le digo a usted que corrió y se metió ahí.

Un policía alegaba:

—Pero, ¡si yo no vi nada!

—Estaría usted dormido, como su compañero —y dirigiéndose a Armando, el médico agregó—: A éste tuve que despertarlo —y señalaba al gendarme que había estado de guardia en la esquina que formaban los corredores poniente y sur de la quinta. El aludido no se atrevió a protestar.

Mientras tanto, los otros dos policías golpeaban la puerta de Abel. Uno decía:

—¡Pero, si hasta tiene la puerta cerrada con llave!

—¿Y eso qué? —objetó el médico—. Claro que se encerró para despistar, y ahora fingirá que estaba dormido.

Abel, en efecto, abrió la puerta: se restregaba los ojos como si acabara de despertar y preguntó con el aire más inocente del mundo:

—Pero, ¿qué pasa? —luego, como si una tenaz y subterránea angustia brotara a flor de espíritu, añadió—: ¡Georgina! ¿Qué le pasa a Georgina?

—No se trata de la señora —explicó Armando—. Es el doctor, que dice que usted acaba de herirlo.

—¿Yo? —y Abel miró asombrado las manchas de sangre en el hombro de Juan. Éste gritó:

—Sí, ¡usted! Usted, que ya desde ayer me había amenazado, y que si no me mató fue porque logré desarmarlo.

—¡Pero si yo estaba dormido!

—¡Dormido! ¿Se atreverá usted a negar que ha querido matarme?

Armando observaba la escena con mirada tranquila, casi divertida. Miguel y los policías, en cambio, veían a Fernández con curiosidad un poco temerosa. Abel paseaba sus ojos de uno a otro, perfectamente intrigado y casi no escuchaba al médico, pero cuando el nombre de Georgina sonó en labios de Requena, Abelito lo contempló con repentina atención.

—Lo invitó más bien por lástima —decía Juan—, probablemente para divertirse un poco. Las mujeres son a veces crueles sin darse cuenta, y este pobre diablo se imaginó seguramente otra cosa...

—¡Pobre diablo! —gritó Abel—. Ya estoy harto de que me consideren un pobre diablo. ¡Y quién lo dice! Un medicucho farsante... ¿qué tiene usted que yo no pueda tener? ¿Por qué ha de valer más que yo?

—Habría que preguntárselo a Georgina —sugirió con sarcasmo el médico.

Las facciones de Fernández se crisparon y dando rienda suelta a su rabia y a su dolor se lanzó sobre el médico diciendo:

—¡Maldito! ¡Te voy a callar esa cochina boca!

Los policías sujetaron fuertemente a Fernández e impidieron que golpeara al doctor. Éste, con calma, les dijo:

—Déjenlo. Aquí delante de todos no es peligroso. Como es un cobarde, espera que uno esté dormido para atacar.

—¡Cobarde! —rugió Abel—. ¿Conque soy cobarde? Ya te demostraré que no te tengo miedo...

—¿Otra vez amenazándome? —repuso el médico con voz cansada. Hizo un gesto de dolor y se oprimió el hombro.

—Doctor —sugirió Miguel—: ¿Por qué no se va a su cuarto y trata de curarse? ¿O quiere que llamemos otro médico?

—No hay caso. Es un arañazo sin importancia. Si vine a avisar, fue porque este tipo corrió y temí que fuera a atacar a alguien más —y al ver a Román Arana que hacía ya rato se habla unido al grupo, añadió—: Al diputado, por ejemplo.

—Hace como una hora —confirmó Octavio— me pareció que alguien trataba de abrir la puerta de mi cuarto... —se interrumpió como si le molestara hablar del asunto, y en tono ligeramente burlón, agregó—: Le agradezco, doctor, que se haya preocupado por mí.

Abel parecía una fiera acorralada por sus cazadores, pero así como un tigrillo no se rinde aunque se encuentre enjaulado, sino que continúa lanzando zarpazos a través de los barrotes, revistió su miedo de furor y desprecio y dijo:

—Todos ustedes son unos idiotas. Lástima que usted, medicucho, sólo tenga un arañazo —lo remedó con sarcasmo—. Espero que la próxima...

El jefe de los policías no lo dejó terminar y ordenó a los que lo sujetaban:

—¡Enciérrenlo! Ahí, en su propio cuarto. Y vigilen bien.

Y a empellones fue llevado Abelito de nuevo a su habitación. El médico sonriendo, dijo:

—Bueno, espero que me acompañarán a tomar una copa para que se me pase el susto.

—Creo que la ocasión lo amerita —aprobó Octavio—. Además, no creo que logremos dormir ya.

—Realmente —añadió Miguel—. ¿Quién va a dormir ahora? Menos mal que las señoras no se han despertado.

Ya reunidos en el despacho, y mientras bebían coñac, dijo Octavio:

—¿Conque ese loco quiso matarlo a usted, doctor? ¿No será él quien...?

—Yo creo que sí —interrumpió Miguel.

—Pues... —empezó a decir Requena—, realmente, sería curioso que...

Armando completó la idea de todos:

—Sí, que Fernández fuera el autor de todos los crímenes que se han venido cometiendo aquí.

Los tres hombres se volvieron a verlo y esperaron su explicación con curiosidad manifiesta.

Zozaya apuró lentamente su coñac, más lentamente aún encendió un Belmont, miró divertido, un poquillo petulante, a sus interlocutores, pero de pronto se puso serio y habló:

—Este Fernández es un tipo curioso, dipsómano además, que encuadra bien a un criminal. Valiéndose de algún ardid hizo aparecer como sospechosos a la señora Ortiz, a usted, diputado, y a tu mamá, Miguel. Pero pudo ser él quien mató al señor Ortiz por celos, luego a la señorita Leech...

—¿Por qué? —preguntó el médico.

—Probablemente se equivocó de cuarto. Supongamos que a quien pretendía matar era al diputado.

—¡Caray! —exclamó Octavio—. Entonces sí me hubiera agarrado desprevenido.

—Pero a Georgina, ¿por qué quiso matarla? —interrogó Miguel.

—Por despecho.

—Y a mí, también por celos —concluyó Requena—. Yo no soy psiquiatra, pero creo que podrá probarse que Fernández padece esquizofrenia —y adujo—: Lo felicito, señor Zozaya, es usted un buen detective.

Román Arana y Miguel se unieron al doctor para ensalzar a Armando, pero éste los interrumpió diciendo:

—Habrà que explicarle todo al delegado mañana, es decir, hoy mismo. Si ustedes me lo permiten, me retiro.

—¿Va usted a traerlo?

—No —repuso Juan sonriendo—, quiere meditar antes y atar los cabos sueltos...

—Exactamente, doctor —contestó Zozaya, y salió con rapidez del despacho. Garrapateó un recado en una hoja de su libreta y lo envió a Miguel con un policía. Habló unos momentos con el sargento que vigilaba la quinta, y al terminar su charla le dijo que iba en busca del delegado.

XVIII

LA MUERTE ENVANECIDA

Por iniciativa de Armando, el sargento que vigilaba la entrada de la quinta ordenó que se recogieran las plegaderas que quedaban en la casa: la de Georgina, la del doctor, la de Celia y la de Diana, y las sepultó con cuidado en un bolsillo de su saco, esperando fundadamente que ya no fueran convertidas en instrumentos de nuevos delitos. Asimismo, acatando perentorias órdenes, se convirtió en sombra auténtica del sospechoso favorito de Zozaya. Éste permaneció ausente durante tres horas. A su regreso recorrió la quinta metro a metro, como si quisiera grabar en su memoria el escenario de tan horripilantes e intrigadores hechos. Por primera vez visitó la alcoba del doctor y aprovechando su ausencia, la inspeccionó con curiosidad. En ella se advertían huellas más personales y antiguas del ocupante: los muebles eran diferentes, el ropero contenía mayor cantidad de ropa, en el tocador se hallaban un frasco de loción y un bote de talco vacíos cerca de otros nuevos, en el cajón del buró había una serie de objetos inútiles que de seguro se habían acumulado allí desde hacía tiempo. Era aquella, en suma, una habitación que no parecía haber sido ocupada tres días únicamente. Pero lo que aquello sugería, Armando lo sabía ya. En realidad, nada especial buscaba. Miraba, simplemente. En una mesa librero vió algunos libros empastados en piel. Los hojeó: eran obras de Nietzsche y de Lenormand y todos ellos ostentaban en el lomo las iniciales: *J. R.* En *A la sombra del mal* encontró subrayadas frases como éstas: “Querer el mal aleja el mal de nosotros.” “Para la venganza, los inocentes son necesarios.” Y en la obra del filósofo alemán, *Así hablaba Zarathustra*, vió señalados estos conceptos: “El mal es la mejor fuerza del hombre”. “El mayor mal es necesario para el mayor bien del superhombre.” “Mi Yo es algo que debe ser superado, mi Yo es para mí el gran desprecio del hombre.” Abandonó los libros e iba a salir, cuando un objeto que asomaba debajo de una almohada llamó su atención: era una mascada gris de seda. La miró sin tocarla.

Encaminó sus pasos al despacho. El delegado había reunido allí a los invitados del trágico fin de semana y a algunos sirvientes y les decía:

—Por lo menos en lo que se refiere a los dos homicidios frustrados, creo que todos ustedes estarán conformes en que no existe la menor duda respecto a la personalidad de los criminales. Es cierto que no se encontraron esta vez huellas digitales en las plegaderas, debido seguramente a que los indiciados se cuidaron muy bien de borrarlas, pero el doctor Requena, aquí presente, no sólo reconoció a su agresor, sino que forcejeó con él y logró desarmarlo.

Abel protestó:

—¡No es cierto! ¡Yo estaba dormido!

—Estaba dormido, estaba dormido —remedó el delegado—. ¿No puede inventar otra cosa? Ya ese disco está rayado. Además, hay testigos de que usted amenazó al doctor. A ver, ¡el ochenta y cinco y el treinta y tres!

—¡Presentes!

—¿Ustedes oyeron lo que dijo el señor?

—¡No, no! —interrumpió Abel—. Yo puedo haber dicho muchas cosas, pero no lo amenacé verdaderamente ni confesé que lo hubiera herido.

—Bueno, bueno, eso lo alegrará usted ante el juez. Por lo pronto, queda detenido. Ahora, por lo que se refiere a la dueña de la casa, la cual, como ustedes saben, se encuentra fuera de peligro, ha declarado que reconoció a su agresora. Y por lo demás, se ha comprobado que la plegadera con que la hirieron era la del cuarto de doña María López del Campo.

La aludida se puso pálida. Miguel le estrechó una mano y le dijo unas palabras al oído.

—El asesinato de la gringa —continuó el funcionario— también está muy claro...

Román Arana no se inmutó. El delegado, desconcertado, balbuceó:

—Las huellas digitales... el móvil...

—Sí, sí, ya lo sabemos —interrumpió Octavio—. Según usted, yo la maté. Y la señora Ortiz mató a su esposo, ¿verdad? También ya lo sabemos —y dirigió una mirada de inteligencia a Zozaya.

Éste dijo:

—Señor delegado, me permitió usted que asistiera a esta reunión con objeto de tratar de aclarar algunos puntos oscuros en la cadena de crímenes que se han venido cometiendo aquí...

—Sí, pero acuérdate de que quedamos en que los acusados no opondrían resistencia.

—Si, en eso quedamos... si después de oírme, persistía usted en acusarlos.

—Está bueno. Habla, pues.

Y Armando habló:

—La evidencia estuvo en contra de la señora Ortiz cuando se cometió el primer asesinato. Tenía el motivo, tuvo la oportunidad. Sus huellas digitales aparecieron en el instrumento del delito. Ella no supo defenderse. Pero había un detalle que podía favorecerla: su sueño no parecía ser normal. Cuando se cometió el segundo crimen las circunstancias estuvieron en contra del diputado Román Arana. También entonces sus huellas digitales aparecieron en la plegadera homicida y el móvil se hizo consistir en el deseo perentorio de evitar que la occisa revelara algo importante al delegado. Esa revelación frustrada, señor licenciado, le hizo pensar a usted que inclusive el diputado podía ser responsable del primer crimen, pero la casualidad hizo que a mi conocimiento llegase lo que la señorita Leech juzgó como una revelación sensacional y escandalosa y que ahora con el consentimiento de los interesados daré a conocer: la señorita Celia no es hija del señor Ortiz sino del diputado Román Arana.

Octavio y Adela soportaron las miradas de asombro y de curiosidad de los circunstantes y Armando prosiguió:

—Pero es ese un asunto que nada tiene que ver con los crímenes cometidos. Así lo comprendí cuando lo supe. Seguramente la señorita Leech sorprendió alguna conversación entre la señorita Celia y el señor diputado y aquella noche, enojada con la señora Llorente, le dio a entender que sabía algo que iba a molestarla. Por lo demás, basándose en las apariencias, ella estaba segura de que la señora Ortiz había matado a su esposo y por ello se refirió a “quien había matado”. Pero ruego a ustedes sigan mi razonamiento y perdonen las indiscreciones que cometo, pero es necesario aclararlo todo.

—Continúa, continúa—dijo el delegado—, no te preocupes. “Los líos de estas gentes no merecen tanta consideración.”

—Pues bien, en el cuarto de la occisa encontramos una llave tirada, ¿se acuerda usted, licenciado? Ello me hizo suponer que alguien entró por el corredor esa noche para matar a Diana. Pensé también que, lo mismo que la señora Ortiz, el diputado había sido narcotizado previamente, siendo entonces fácil para el asesino entrar en las habitaciones, matar, y en seguida imprimir en las plegaderas las huellas dactilares de las personas dormidas profundamente.

Adela sonrió aliviada y el diputado exclamó:

—¡Eso era lo que me intrigaba!

—Llegué pues a la conclusión, robustecida por el hecho de que ambos cadáveres contenían restos de nembutal, de que los dos asesinatos habían sido cometidos por la misma persona. Esa persona tenía necesariamente que haber planeado lo del nembutal y lo de las plegaderas en cada habitación, y además tenía que poseer llaves de todos los cuartos.

—¡Georgina! —exclamaron varias voces a un tiempo.

—Sí, todo acusaba entonces a la señora Llorente. Ella, como dueña de la casa había preparado el hipnótico y las plegaderas, ella pudo poner el nembutal en los jaiboles, ella tenía las llaves de la casa y ella, por último, podía verosímilmente guardar rencor a su ex marido y tener celos de la señorita Leech. Confieso que creí resuelto el caso. Pero sobrevino entonces el atentado a la señora Llorente. Sus gritos de angustia y la calidad de la herida no daban margen a suponer que se hubiera herido a sí misma para despistar. Por otra parte, la acusación a doña María era tan lógica... El móvil aparecía claro: el testamento hecho en favor de Miguel. Georgina aseguraba haber reconocido a doña María, la plegadera usada era la del cuarto de ésta, pero me obstinaba en no creer culpable a la madre de mi amigo por motivos que ustedes fácilmente comprenderán, y me puse a pensar con ahínco. Me di cuenta entonces de que el asesino en realidad podía haber matado a Diana por temor, ya que de cierto no sabía qué era lo que la americana iba a revelar. Y esto venía a reforzar la hipótesis de que era uno solo el criminal. Además, en la misma declaración de la señora Llorente hallé una pista: aseguró que su agresora había salido por el baño. Éste no tiene otra salida que la de la recámara del doctor, y no era creíble que doña María saliera por ahí para volver a su recámara, ya que forzosamente tenía que arriesgarse a que la viera el médico.

Éste dijo:

—Pudo esconderse ahí mientras yo salí por el corredor y luego pasar por mi recámara cuando yo ya no estaba.

—Es verosímil, pero no fue así. Y me consta, porque cuando pasé por su cuarto en esos precisos momentos ella salía. Y yo, desde que se escucharon los gritos de Georgina, no había perdido ni un solo momento de vista el corredor. Posteriormente, encontré en el baño de la dueña de la casa una bata de mujer de la misma tela que la de doña María, y de color oscuro. Pensé entonces que alguien se la había puesto, que se había envuelto la cabeza con un pañuelo gris, para simular las canas, que había entrado por el baño a la recámara de la señora Llorente, para que no lo vieran los policías, que había dado vuelta a la llave de la puerta del corredor para hacer creer que estaba desde antes abierta y que por allí había entrado doña María, que había tratado de matar a Georgina y que al fallar el golpe había salido apresuradamente por el baño para regresar a su propia recámara, despojándose de paso del pañuelo y de la bata, y que había salido luego al corredor para presentarse en unión de la policía en el cuarto de Georgina.

Todos callaban y miraban a Requena. Armando insistió:

—Si usted no hubiera salido por el corredor, doctor, quizá no hubiera sospechado de usted, pero dadas las relaciones que lo unen con la señora Llorente y la costumbre que seguramente tiene de atravesar el baño para ir a la recámara de ella, ¿no era lógico que usted, al oír sus gritos acudiera en su auxilio atravesando el baño? Si usted salió por el corredor fue, precisamente, para hacer creer que doña María se había escondido en el baño y había salido luego por el cuarto de usted, como acaba de explicarlo usted mismo. Además, usted tuvo oportunidad de observar a doña María con su bata y su mascada gris cuando fue anoche a recetarla; entonces también, de seguro, cogió la plegadera.

—¿Qué opina usted de esta herida? —preguntó Juan, y se descubrió el hombro.

—A eso iba, doctor, le agradezco que facilite mi tarea. Licenciado, por favor, acérquese. Y tú también, Miguel, que has estudiado medicina legal. Miren esta herida. ¿Ven la trayectoria? De derecha a izquierda, y un poco de

arriba hacia abajo; es una herida breve, superficial. Es evidente que él mismo se la infirió. Además —prosiguió sin admitir interrupciones— yo puedo asegurar que el señor Fernández no salió esta madrugada de su cuarto. No dormí ni un segundo y no perdí de vista la puerta del cuarto del doctor. Yo vi cuando él salió, cogiéndose el hombro herido, y cuando despertó al policía. En los momentos en que pasaban frente al billar, entorné la puerta y esperé unos segundos para presentarme.

—Supongo que, dada su brillante teoría, también va a acusarme de los dos asesinatos —sugirió Requena, después de una breve pausa.

—Seguro —contestó Zozaya—. Prácticamente usted ha admitido, delante de todos estos testigos, haberse herido a sí mismo, ya que no lo ha negado. Ahora bien, ¿qué objeto puede tener esa comedia como no sea el de desviar las sospechas hacia otra persona? Estuvo usted a punto de lograr que el señor Fernández apareciera como el culpable de todo. Yo mismo aparenté creerlo así e incluso le ayudé a buscar una explicación lógica de la culpabilidad de dicho señor, porque sabía ya que usted era el único responsable y quería... quiero... espero, que usted lo admita así. Creo que he explicado con suficiente claridad la forma en que usted abrumó a doña María con las pruebas aparentes del atentado a la señora Georgina...

—Bueno —interrumpió el delegado— pero lo que no entiendo es por qué el doctor se disfrazó, si nadie más que la señora Llorente podía verlo, y ésta, según sus intenciones, iba a morir.

El médico miró con curiosidad a Zozaya. Éste dudó un instante. Luego dijo:

—Es que... era posible, según ciertos rumores, que doña Panchita fuera a dormir en el cuarto de su patrona —sonrió a la ama de llaves, y ésta, tras breve vacilación, asintió con grandes movimientos de cabeza—. El doctor —continuó Zozaya— tuvo miedo seguramente de que ella lo viera.

Armando se desentendió de los ojos intrigados de Requena y prosiguió:

—Como ya he dicho, el asesinato del señor Ortiz fue necesariamente premeditado y el doctor llena todas las condiciones precisas para que esa premeditación se llevara a efecto. Él seguramente planeó los crímenes cuando supo que su amiga invitaría a un fin de semana a todos los aquí presentes... y a los ausentes. Él también tuvo la ocurrencia de colocar en cada cuarto una plegadera y un

frasco de nembutal. Él tuvo oportunidad de poner el hipnótico en las bebidas y de extraer algunas pastillas de los frascos de aquellos a quienes lo había administrado, para hacer creer que ellos los habían tomado por su voluntad.

—Sí —interrumpió Adela— ahora me acuerdo de que el doctor nos sirvió unos jaiboles la noche del viernes, ¡dizque para que hiciéramos las paces!

—Y fue él también —confirmó Octavio— quien la noche del sábado nos ofreció los últimos jaiboles a Diana y a mí.

—Como amigo de la casa —adujo Armando— el doctor tenía que saber que existía duplicado de todas las llaves de las habitaciones de la quinta, y dónde las guardaba la señora Llorente. La noche del viernes entró sigilosamente al cuarto de los esposos Ortiz...

—Entonces —preguntó asustada Celia— el que yo creí que era el fantasma, ¿era él?

—No —contestó Zozaya—. Probablemente a quien usted vio fue al señor Fernández, que andaba espionando a Georgina, ¿verdad, señor Fernández?

—Sí —admitió Abel—, yo también vi a la señorita, pero no dije nada para evitarme complicaciones.

—De la misma forma —siguió Zozaya— cometió el doctor el segundo crimen...

—Basta —interrumpió Juan Requena—. Está usted en un error si piensa que pretendo rehuir las consecuencias de mis propios actos. Si lo he dejado hablar hasta ahora ha sido únicamente porque quería convencerme de que había usted adivinado la verdad, pero no le permito que especule sobre mis motivos. No me importa lo que usted y los demás piensen. No estoy arrepentido, como algunos podrían esperar o suponer. Si las circunstancias se repitiesen, actuaría de la misma forma. Lo único que lamento es no haber tenido tiempo de terminar mi obra.

Los circunstantes, con excepción de Armando, miraban con asombro al médico: “Es un malvado”. “¡Dios lo tenga de su santa mano!” “Ha de estar loco.” “¡El muy... sinvergüenza se atrevió a acusarme a mí!” “Pero, ¿por qué mató a esas gentes?” “No entiendo nada.”

Requena, como si hablara consigo mismo, y como si hablar le produjera un gran alivio, explicó:

—Tenía que matarlos. No merecían vivir. Eran unos seres despreciables que, a pesar de su egoísmo, gozaban del ocio y de las comodidades. Ortiz era un vividor, un inmoral. Diana era una mala mujer. Georgina... tenía que ser castigada. El diputado logró escapar a mi mano justiciera...

Armando se apresuró a acallar con un ademán de súplica las indignadas protestas que Román Arana tenía a flor de labio.

—Pero quizá —seguía diciendo el médico— alguno se encargue de realizar lo que yo no pude hacer...

Envolvió a todos en una mirada triunfal, rio con sarcasmo y abandonó la habitación obligado por el delegado y los policías.

Un pesado silencio dominó en la estancia. Estupefacción, horror, lástima, odio, desprecio, una mezcla de emociones encontradas inspiraba el criminal a los que allí se habían reunido. Pero la satisfacción de haber recuperado la propia seguridad y de que el enigma hubiera sido resuelto se sobrepuso a todo pensamiento distinto y la conversación se reanudó.

—¡Vaya! —comentó Octavio—. ¡El delegado ni siquiera me pidió una disculpa!

—No le guarde usted rencor —repuso Armando—. Es un hombre sincero y honrado que sólo pecaba de exceso de celo. Hay que tener en cuenta, además, que en México la mayoría de los crímenes, si no la totalidad, son pasionales, simples, evidentes, y no sutiles y tortuosos como estos. Por eso el licenciado se fio de las apariencias.

Miguel dijo:

—¡Y bastante quehacer va a tener todavía!

—¿Quehacer? —preguntó Celia—. ¿Por qué?

—Me imagino —contestó el abogado— que Requena se va a hacer el loco, nombrará un buen defensor y probablemente no estará mucho tiempo en la penitenciaría.

—¡Pero si debían matarlo luego! —comentó doña María— ¡Hacer justicia por su propia mano! ¡Qué barbaridad! ¡Si la justicia sólo está en las manos de Dios!

Armando iba a hacer notar a la mamá de Miguel la contradicción en que incurría, pero lo pensó mejor y le dijo tan sólo:

—En el Distrito Federal no existe la pena de muerte.

—¡Lástima!

—A lo mejor —dijo Román Arana— de veras está loco.

—No lo creo —opinó Miguel, súbitamente inspirado—. Es una mente un poco torcida, desde luego, y se siente muy satisfecho de haber trazado un plan tan complicado y de habernos despistado con su ingenio; está envanecido. Pero, en el fondo de todos sus motivos yo sólo veo un vulgar complejo de machismo. Creo que mató al señor Ortiz porque le inspiraba celos retrospectivos, y a Diana porque probablemente alguna vez lo despreció. Me acuerdo de que, la primera noche que estuvimos aquí, ella insinuó algo respecto a los amores frustrados, y lo miraba a él cuando lo decía. Atentó contra la vida de Georgina porque comprendió que ella no lo quería. También un motivo de celos, mezclado con envidia y desprecio, lo indujo a complicar al diputado y al señor Fernández. A la señora Ortiz y a mi mamá las complicó sencillamente para cubrirse él mismo. Opino, por lo tanto, que sus motivos fueron idénticos a los de cualquiera de esos borrachines o marihuanos que desgraciadamente y con frecuencia asesinan a una mujer porque los desprecia o a otro hombre porque es más afortunado que ellos. *¡No se dejan*, porque son *muy machos!* Sólo que la forma de proceder del doctor, gracias a su instrucción mal aprovechada, fue mucho más refinada y sutil...

Armando escuchaba distraído la peroración de Miguel. Román Arana la cortó bruscamente:

—Sea lo que sea, lo principal es que el señor Zozaya deshizo este enredo y debemos estarle agradecidos.

—Sí, de veras —secundó Adela.

—Dios se lo pagará a usted —prometió doña María.

Armando los interrumpió un poco molesto:

—En realidad, yo no tengo ningún mérito. Es tan sólo cuestión de observar y deducir. Todo criminal, por hábil que sea, comete algún error que echa por tierra el edificio casi perfecto de su coartada.

—¿Y cuáles fueron los errores cometidos por el doctor? —preguntó Miguel.

—Tres, principalmente: no levantar del suelo la llave de la habitación de Diana; no darse cuenta de que su salida por el corredor, la noche en

que hirió a Georgina, era inusitada y sospechosa; y quitar huellas digitales de la plegadera del señor Fernández, ya que era increíble que el mismo Abel las hubiera hecho desaparecer durante el forcejeo y dado que, por otra parte, el señor Fernández no tiene guantes aquí.

“Ni aquí ni en mi casa”, pensó Abel.

—Bueno —dijo Román Arana—, así explicado resulta todo muy fácil. Lo difícil es explicarlo.

—Cuestión de suerte —dijo Armando riendo—. O, como diría doña María, es que Dios me iluminó.

XIX

ANTECEDENTES

Armando abordó de prisa su cupé rojo, no muy flamante, estacionado frente a la quinta. Le regocijaba la idea de dormir toda la tarde en su departamentito de la colonia Cuauhtémoc, pero Miguel Prado llegó corriendo, sin pedir su venia subió al coche y lo interpelló:

—Tú qué dijiste... Ya lo arreglé todo, ¿verdad? Pues no. Los demás estarán muy satisfechos con la aprehensión de Requena. Yo necesito saber si estás de acuerdo, o no, con mi teoría.

Zozaya suspiró. Tenía que hablar largo y tendido, no había otra salida. Se le iría el sueño, y no podría comer a solas y en paz la sabrosa comida que seguramente le tenía preparada nana Tula. Miguel lo espoleó:

—A lo mejor tú no tienes la menor idea de cuáles fueron los verdaderos móviles de Requena.

—Creo conocerlos. Y mucho más a fondo de lo que tú supones. Pero la historia es larga de contar.

—Tengo mucho tiempo por delante para escucharte. Dime en primer lugar, ¿cómo descubriste que él era el asesino?

—Ya oíste la explicación que di a todos.

—Sí, pero yo quiero...

—Ya sé. Tú quieres saber cómo me convencí de que Requena, y sólo él, era capaz de haber cometido todos esos delitos, y por qué inculpaba a otros, y todo eso.

—Exactamente.

—Entonces, escúchame con paciencia.

Enfiló por la avenida Coyoacán e inició la explicación última de los crímenes cometidos en la quinta de Georgina:

—Este caso ofrecía la curiosa circunstancia de que todos, o casi todos los móviles que pueden presentarse en la comisión de un homicidio, surgían es-

pontáneamente y con serios visos de verdad: el odio pudo impulsar a Adela a matar a su marido; el amor era un motivo poderoso para que Celia, o tú mismo, pretendieran proteger a Adela acallando la remotamente peligrosa revelación de Diana; esta misma revelación era causa suficiente de temor para quien quiera que fuese el criminal; el chantaje, del que tal vez Ortiz hacía víctima al diputado, podía haber orillado a éste a matar; la codicia, perdóneme, pero la codicia era una meta aparente en el caso de tu mamá, y los celos involucraban por igual a Georgina, a Fernández y al propio Requena. Esa pluralidad de móviles constituía una madeja asaz enredada, pero yo siempre partí del supuesto de que era una sola la persona causante de todo, y por ello me empeñé en hacer coincidir en el presunto asesino motivos suficientes y lógicos que respaldaran su responsabilidad. Y cuando los indicios materiales, como dije delante de todos, señalaron a Requena como verdadero culpable, me encontré con la triste sorpresa de que, a primera vista al menos, aquél no tenía móvil verosímil para cometer tanto crimen. Atribuibles a los sospechosos, existían todos los móviles. Y al parecer ninguno podía achacarse al homicida real. Porque en último análisis, aunque podía imaginar que el médico había matado por celos a Ortiz, que por el mismo motivo había atentado contra la vida de Georgina, y que por temor había asesinado a Diana, mi teoría no podía sostenerse en pie en tanto no respondiera a estas preguntas: ¿Por qué tramaba atacarte a tí o a Fernández o a involucrarlos en un nuevo crimen? ¿Por qué, en suma, desviaba las sospechas hacia personas distintas en lugar de dirigir las hacia una sola? Ese dato incongruente probaba en todo caso que el asesino odiaba o quería perjudicar a todos, además de que trataba de cubrirse a sí mismo. Y tanto odio resultaba excesivo e inexplicable. Entonces pensé que en la aparente ausencia de móviles residía la verdadera explicación del caso.

—¿Quieres decir que Requena es un maniático homicida?

—Por un momento yo también pensé que esa podía ser la simple motivación de su conducta; pero... ¡parecía Requena tan normal! Tú sabes que soy aficionado a la psicología, hasta al psicoanálisis, si se ofrece, y decidí estudiar a Requena antes de juzgar definitivamente sobre su culpabilidad. Hoy en la mañana fui a su casa. Averigüé su dirección en el directorio de teléfonos. Vive allí una anciana tía de Requena que parece adorarlo. Cuando le

dije que era yo periodista, que necesitaba datos personales del doctor para mi periódico porque a aquél iban a darle una medalla en la Academia de Ciencias, la pobre vieja se sintió feliz y habló conmigo largo rato. Me dijo que su sobrino era un talento, que había sido abogado, que cierta vez un reo al que él había condenado resultó inocente, que había renunciado a la profesión y que en poco tiempo se había recibido de médico, que anduvo muy decaído cuando falleció una señora a la que él había operado, en fin, que era tan escrupuloso y tan sensible, que le afectaban más esos relativos fracasos que todos los triunfos, numerosos por cierto, que había obtenido como juez y como cirujano.

Armando interrumpió su narración el tiempo justo para encender un Belmont, y luego continuó:

—La obligué a retroceder hasta la infancia de Requena. Me contó que la madre de éste no había sido lo suficientemente abnegada como para soportar el mal carácter de su esposo y que había abandonado el hogar cuando Requena, era niño aún. Que el padre, de por sí violento y severo, se desmoralizó por completo, y que menudeaban las reprimendas y castigos sobre el pequeño Juan. Ella comprendía la tragedia de su hermano, pero a la vez compadecía a la pobre criatura. Un día el padre reprendió y golpeó bárbaramente al niño sin causa justificada; éste huyó y permaneció escondido durante 24 horas. Cuando regresó, derrotado y hambriento, supo que su padre había muerto de una apoplejía. Me dijo la tía que por fortuna Requena no se acordaba de este incidente, pero que ella jamás lo olvidaría, aunque desistió de reavivar los recuerdos de su sobrino.

—Y, con esos datos, tú construiste todo un castillo de complejos.

—Estás en tu derecho si no crees en el psicoanálisis. En mi concepto es útil y necesario en toda investigación criminal. Sin esos datos, y sin el castillo que tú crees construí a mi capricho, nunca hubiera podido acusar a Requena de asesino.

—No estoy de acuerdo contigo. Tú descubriste que el doctor era el criminal gracias a ciertos detalles materiales: su salida del cuarto de Georgina a través del baño...

—Sí, y sobre todo, gracias a la vigilancia que ejercí toda la noche. Pero fíjate en que los indicios materiales por sí solos no bastan para probar la res-

ponsabilidad de una persona. Pueden ser aparentes y falsos. Los sentidos nos engañan, Miguel, como engañaron a Georgina cuando de buena fe creyó que tu mamá la había atacado. La acusación debe estar fundada además en el conocimiento de los motivos.

—Puede ser que tengas razón. Sí, ahora creo que te entiendo. Indicios materiales los hubo a granel en contra de la señora Ortiz, del diputado, de mi mamá, de Fernández; hubo incluso declaraciones formales en contra de mi mamá y de Abel, pero todo ello bastaba, en todo caso, para fundar la imputabilidad de los crímenes, nunca la responsabilidad. Ésta se prueba por otros medios legales... A propósito, ¿por qué Requena confesó tan espontáneamente?

—A su debido tiempo te lo diré. Creo que esa confesión espontánea demuestra precisamente que el castillo de complejos que según tú construí, no se encuentra en el aire, sino en la historia mental de Requena.

El abogado sonrió y no intentó disculparse. Esperó con paciencia que su amigo reanudara su explicación. Zozaya obedeció la luz verde de un semáforo y se internó en avenida Insurgentes. Luego tomó la palabra.

—Tracé pues un bosquejo de la historia psíquica de Requena: conscientemente, él había olvidado aquel suceso de su infancia, pero el subconsciente lo recogió y mantuvo latente durante toda su vida. El olvido activo, o sea la represión, de la injusticia de que en su temprana edad fue víctima, jamás afloró a su conciencia; pero determinó toda su conducta, tanto la indiferente como la criminal, bajo la forma de un amor exagerado hacia la justicia.

—Es decir: él reaccionó ante la injusticia que su padre cometió con él mediante un amor decidido hacia todo lo justo.

—Pero no de una manera consciente. Ese afán, ese amor por todo lo justo, no era sincero, era una máscara. Tú sabes que los individuos a quienes doblega un complejo de inferioridad se caracterizan precisamente por alardear de las cualidades de que carece el cobarde, por ejemplo, adopta actitudes provocativas, el mediocre se complace en alabarse a sí mismo. En tales casos, el complejo (o sea la resultante de los olvidos activos o represiones) se enmascara en una postura contraria a la que en el subconsciente domina. Para entender con mayor claridad el caso de Requena, hay que tener en cuenta su

sentimiento de culpabilidad paralelo al recuerdo reprimido. De manera subconsciente él siempre se sintió culpable...

—Pero, ¿por qué el niño había de sentirse culpable, cuando más bien era una víctima?

—Por la infortunada coincidencia de que él estaba escondido en un gesto de rebeldía y desobediencia, cuando su padre moría. Esa coincidencia fue para el niño lo que algunos psicoanalistas llaman un trauma.

—¡Ajá! Ahora recuerdo haber oído hablar de los traumas.

—El sentimiento de culpabilidad es, en opinión de los criminalistas modernos, una de las causas más propicias de criminalidad. Se caracteriza por ser efecto de un complejo, por ser anterior a la comisión del crimen, y por...

—Oye, mano, en dónde has aprendido tanto sobre ese tema?

—De psicoanálisis general en Freud, en Jung, en Müller-Freienfels, y de psicoanálisis criminal en Jiménez de Asúa. Te recomiendo su lectura. Con su ayuda, más eficaz que la mía, podrás entender el caso Requena.

—Por ahora me basta con tu versión. Continúa, por favor.

—Bueno, pues creo que ese sentimiento de culpabilidad se agravó en el subconsciente de Requena cuando un reo a quien él condenó, quizá con la excesiva severidad heredada de su padre, resultó libre de toda culpa. Ante ese fracaso de abogado y de juez reaccionó, no con remordimiento, sino con el afán exacerbado de hacer justicia. En su mente, la idea de justicia debió corresponder a la tendencia de evitar o contrarrestar el mal. Obrar con justicia, en su concepto, significaba preferentemente castigar el mal o impedirlo. Sintiéndose incómodo en el terreno jurídico, por haber cometido un grave error, se trasladó al de la medicina. Ya no trató de curar males morales, sino de extirpar tumores físicos o de amputar miembros enfermos. A esas alturas, la desviación psíquica de Requena era profunda: por un lado, el sentimiento de culpa seguía actuando debajo de su conciencia, y por otro, él racionalizaba su conducta convirtiéndose en cirujano. Tú sabes que la racionalización de la conducta consiste en escoger conscientemente un motivo superior para encubrir la verdadera tendencia, y que ésta casi siempre es egoísta o criminal, y que permanece ignorada aún para el sujeto mismo. Requena pues, racionalizó su conducta, su afán de vengarse de la injusticia sufrida en la niñez, por

medio del pretendido anhelo de hacer el bien a sus semejantes. En realidad, a él debió producirle verdadero placer herir, sangrar, cortar impunemente cuerpos humanos. La tendencia agresiva no es incompatible con el sentimiento de culpa. Cuando sobrevino su segundo fracaso, cuando una paciente suya murió como resultado de una intervención quirúrgica, el sentimiento de culpabilidad seguramente se le tornó insoportable. Hay que tener en cuenta que en ninguno de sus dos fracasos, ni como abogado ni como médico, Requena fue considerado culpable, ni en el sentido jurídico ni en el moral de la palabra. Ni estuvo sujeto a proceso, ni su reputación sufrió merma alguna. Por el contrario, siempre fue considerado como un hombre de extraordinario talento, capaz de obtener éxito en dos profesiones, y con una sensibilidad exquisita y digna de elogio. Pero el subconsciente de Requena persistía en afirmar que él era culpable, y dado que la conciencia no quería enterarse, aquél la atormentaba y la acosaba, sin decirse empero a hablarle claro. Requena era por entonces un psicópata completo: amargado, inquieto y temible. En esas condiciones de ánimo conoció a Georgina y entabló relaciones con ella. Había sido durante su vida entera un misógino, un solterón. Esta actitud tiene también su explicación en los veneros remotos de la infancia: es preciso recordar que la madre de Requena abandonó al padre. Éste, con seguridad, se expresó muchas veces con desprecio y sarcasmo de ella y de todas las mujeres en general, delante del hijo. En Juan se gestó en consecuencia el complejo de Orestes. Este complejo consiste, como has de suponer si recuerdas a Sófocles y a Esquilo, en el odio subconsciente a la madre infiel, un aborrecimiento que se extiende hacia sus cómplices. Por eso los presuntos celos de Requena hacia Georgina, o hacia Ortiz, Román Arana o Fernández, no eran unos celos normales, unos celos corrientes, ni unos celos machistas, sino un odio racionalizado a través de las ideas de honor y de respetabilidad.

—Entonces, ¿yo estaba equivocado con mi teoría del machismo de Requena?

—Pues, no del todo. Su machismo pudo contribuir con los otros factores a convertirlo en un delincuente. Lo que yo encuentro en Requena es un típico complejo de Orestes. Éste se trasluce claramente en su conducta hacia Diana: la mató porque, como la madre de él, era incapaz de ser fiel y abnegada.

—Creo que ya te he entendido. Pero, ¿en qué forma planeó Requena los crímenes?

—Ya te he dicho que el sentimiento de culpabilidad se tornaba para él cada día más fuerte e insoportable. El psicópata, en esos casos, sufre y se angustia sin saber por qué, y para descansar, para sentirse tranquilo, necesita cometer un delito real que amerite el castigo que venga a justificar su sentimiento recóndito.

—Les sucede entonces lo que a los niños rebeldes que alguna vez son reprendidos indebidamente: cometen después la falta para que el castigo quede justificado.

—Bueno —Armando sonrió—, esa es una manera muy tuya de entender el psicoanálisis.

El cupé rojo había dejado atrás las colonias Roma y Juárez y penetraba en la Cuauhtémoc. Accediendo a los deseos de su amigo, Armando continuó:

—Cuando Requena se enteró de que Georgina se proponía invitar a determinadas personas a pasar un fin de semana en su quinta, comprendió instintivamente que ahí estaba su mejor oportunidad para definirse a sí mismo. Me lo imagino rechazando al principio la idea, y admitiéndola después poco a poco, ante la insistencia de su amiga. Creo también que su desprecio y su odio hacia la propia Georgina y hacia los hombres que ella quiso o que la quisieron se fue apoderando de su ánimo a fuerza de tanto oír hablar de ellos. Quizá ni él mismo sea capaz de precisar el momento en que por primera vez pensó en matar...

Llegaron a la casa de Zozaya y entraron. Miguel, cómodamente apoltro-nado, observó la manera lenta con que su amigo preparaba sendos jaiboles.

Armando puso en marcha el tocadiscos y escuchó durante breves instantes la *Suite El Cascanueces*, de Tchaikowsky mientras bebía su jaibol y fumaba un Belmont. De pronto, su mirada topó con la del expectante, aunque sumiso Miguel, y habló:

—Te decía que posiblemente ni el mismo Requena ha de recordar el momento preciso en que se decidió a matar. Las ideas, tanto las constructivas como las destructoras, surgen en la mente quizá de forma aislada y vaga, como la nota musical que inicia un tema. Regresan al cabo de algunos arpegios mentales en forma más perceptible, y por fin se convierten en *ritornello* obsesivo. El caso es que Requena debió planear la muerte de tres o

cuatro personas a la vez. Para ello, le era indispensable conservar la libertad de acción por un lapso de dos o tres días. Esto explica el planeamiento minucioso de los crímenes y el cuidado que puso en no dejar margen para que se sospechara de él. Esas cuatro personas, todas ellas relativamente felices e inescrupulosas, fueron: Ortiz, Román Arana, Diana Leech y Georgina. Requena, racionalizando sus motivos, debió pensar que esas gentes estaban de sobra en el mundo, que merecían un castigo por los sufrimientos que habían provocado en otros seres, y que, puesto que en esta vida no existía un tribunal capaz de enjuiciarlos y de condenarlos, él supliría esa falta. De paso, haciendo aparecer como responsables a la señora Ortiz o a Fernández, segregaría de la sociedad a dos seres inútiles o perniciosos.

—¡Fantástico! Eso es verdaderamente...

—Increíble, sí; increíble para un ser normal, o para... un lego en estos asuntos. Si lees a Ferenczi, te enterarás de que algunos criminales encuentran posteriormente una causa para sus crímenes, y que ésta, en realidad es incomprensible y carente de motivos.

—Bueno. ¿Y luego?

—¿Luego? Pues, creo que Requena decidió empezar por Ortiz aprovechando la reyerta que éste sostuvo la noche del viernes con su esposa. Su actuación durante el sábado fue perfectamente tranquila y normal en apariencia porque lo sostenía su obsesión justiciera. Se creía un superhombre. Era aficionado a leer a Nietzsche y a Lenormand, e influenciado por ellos, despreciaba a los débiles y a los humildes. Tú acertaste cuando dijiste que estaba envanecido. La noche del sábado, fiel a su macabro proyecto, mató a Diana...

—¿Crees tú que supiera lo que ella iba a revelar?

—Posiblemente, no. Por ello quizá alteró el orden de su plan y asesinó a Diana en el turno que correspondía al diputado.

—Como quien dice, “por las dudas”.

—Exactamente.

—Pero, dime una cosa: si pensaba matar a Román Arana, ¿por qué lo hizo aparecer como sospechoso de la muerte de la señorita Leech?

—Esa múltiple desviación de sospechas era provisional. Su intención dudó tal vez, en un principio, entre Adela y Fernández para dejarlos como sospe-

chosos definitivos, pero los acontecimientos vinieron a demostrarle que Octavio defendería a Adela como se defendería a sí mismo: con grandes probabilidades de triunfar. Déjame exponerte en orden mi versión de los hechos. La noche del domingo era la indicada para asesinar al diputado, pero recordarás que éste no cenó en la quinta. El médico, por lo tanto, no tuvo oportunidad de narcotizarlo y resolvió dedicar la noche a Georgina. Por entonces la ecuanimidad de Requena comenzaba a resquebrajarse, esa misma tarde le había hecho una escena de celos a Georgina. En su fuero interno el razonamiento iba cediendo terreno al instinto. Eso explica que sin un motivo verosímil se disfrazara de doña María para atentar contra la vida de Georgina.

—¿Pero no dijiste que doña Panchita iba a dormir allí con Georgina?

—Lo supuse, nada más. Doña Panchita me sostuvo, pero en la cara de Requena leí que él nada sabía. Creo pues que aprovechó la oportunidad de disponer de la plegadera de tu mamá para cometer el tercer crimen, y que inconscientemente se posesionó de su papel y se disfrazó. Con posterioridad se percató de que tú, y yo mismo, jamás admitiríamos la culpabilidad de doña María, de que sería imposible probar que ella era la autora de tantos delitos, y decidió precipitar los acontecimientos. Robó la plegadera del cuarto de Fernández, trató de penetrar a la recámara del diputado...

—Y eso, ¿cómo lo sabes?

—¿No recuerdas que Román Arana dijo que le había parecido que alguien había tratado de entrar a su cuarto? Eso debió ocurrir cuando tú y yo estábamos hablando en el billar, justamente después de que tú descubriste la desaparición de la plegadera de tu recámara.

—Tienes razón. ¿Y por qué no atacó al diputado?

—Porque tuvo miedo. Me imagino que Román Arana preguntó en voz alta “quién anda ahí” o algo por el estilo, y el doctor huyó con rapidez. Desistió entonces de su propósito de matar a Octavio. Su resistencia había llegado al límite y apresuró el desenlace: se hirió a sí mismo con objeto de acusar a Fernández de forma directa.

—¿Cómo iba a demostrar la culpabilidad de Abel?

—En primer lugar, era su palabra contra la de Fernández. Requena era un profesionalista, un hombre rico, famoso; Abel era un pobre burócrata, borra-

cho además. Lo dice el refrán: “el hilo se rompe por lo más delgado”. En segundo lugar, el médico se encargaría de influir en algunos colegas para que declararan esquizofrénico a Fernández. Y en tercero, contaba con mi afán de notoriedad para persuadirme de que yo mismo había encontrado la solución que él iría sugiriendo.

—Pensaba utilizarte, como quien dice.

—Sí, y yo fingí prestarme a ello. Ya viste cómo le ayudé a echar toda la culpa sobre los caídos hombros de Abelito.

—¿Por qué le hiciste el juego si sabías ya que era el culpable?

—Lo sabía, y no lo sabía. La evidencia material lo señalaba como asesino, pero no acababa de entender sus móviles. Supliqué entonces al sargento que recogiera todas las plegaderas y que no lo perdiera de vista ni un instante. Si se percataba de la vigilancia, mejor. Te dejé aquel recado por medio del cual te suplicaba que les dijeras al diputado, a tu mamá, a Celia y a Adela, que confiaran en mí y que le siguieran la corriente al delegado. Fui luego a ver a éste, lo puse al tanto de los últimos acontecimientos y le arranqué la promesa de que me esperaría hasta hoy a media mañana para efectuar las aprehensiones necesarias entre los invitados de Georgina. Accedí, después de vociferar no poco, porque le prometí que él o los responsables no harían la mínima resistencia. Me trasladé después a la casa de Requena, platicué con la tía, vine aquí y consulté mis libros. Cuando regresé a Coyoacán sabía ya que al verse descubierto Requena confesaría espontáneamente sus delitos.

—¿Por qué tenías esa seguridad? Eso es lo que yo no entiendo. ¿Por qué Requena, después de tomarse tanto trabajo para desviar las sospechas hacia otros, casi a la primera insinuación se dio por vencido y hasta pareció alegrarse de que lo hubieran descubierto?

—Se tomó todo ese trabajo porque necesitaba tiempo y libertad de acción para llevar a cabo su proyecto. Y confesó con prontitud porque fue el sentimiento de culpabilidad el que lo indujo a matar, primero, y a mostrarse ufano de ello, después.

—¡Ah! ¡El psicoanálisis! Ya no me acordaba.

—Tu crasa ignorancia...

—*Ya estará, sabio.*

—No soy yo quien lo afirma. Son los criminalistas modernos. Explican cómo el sentimiento de culpabilidad se distingue por la necesidad del castigo y de la confesión. Dostoiewski y Edgard Allan Poe se adelantaron a todos los psicoanalistas en la exploración de esos laberintos del alma criminal. Acuérdate de Raskolnikof y de “El demonio de la perversidad”.

—Pero, Requena...

—Sí, Requena es un pobre tonto comparado con aquéllos. Sin embargo, fue igualmente peligroso y digno de compasión. Me imagino todo lo que debió pensar y sentir esta mañana: tuvo que darse cuenta de que era vigilado. Su vanidad de criminal perfecto, de hombre justiciero y superior debió sentirse vulnerada al verse tratado como un simple y vulgar sospechoso. Empezó a comprender que de nada le serviría todo lo que había hecho si nadie llegaba a enterarse de su hazaña. Y cuando notó que alguien intuía la verdad, su soberbia y su sentimiento de culpa se confabularon entre sí para obligarlo a confesar.

—¡Ajá! Me has convencido. Sólo que el tal Requena no me inspira la mínima compasión... Sírveme otro jaibol, por favor.

Las últimas notas del *Vals de las flores* distrajeron la mente de Armando durante breves instantes: “¿Qué es lo que decía Nietzsche, el gran amigo de Requena?... ¡Ved ese pobre cuerpo! Lo que él sufrió y lo que él deseó lo interpretó para sí esa pobre alma; lo interpretó como goce y deseo sanguinario del placer del cuchillo... ¡Cuántas y diferentes razones tiene la muerte!” Volvió a la actualidad y dijo:

—Aquí tienes tu jaibol.

ÍNDICE

A MANERA DE INTRODUCCIÓN

ANIELA RODRÍGUEZ	7
------------------------	---

DIFERENTES RAZONES TIENE LA MUERTE

Personajes que intervienen en la novela	15
I Un abogado y su mamá	17
II La familia Ortiz	23
III Diana la impetuosa	29
IV El pobre Abelito	34
V Un legítimo representante del pueblo	41
VI Protagonistas	48
VII El principio del fin	55
VIII Sombras que caminan	62
IX El delegado interviene	67
X La historia de siempre	75
XI Aparece el detective	81
XII Resumen psicoanalítico	87
XIII Una llave	97
XIV La recóndita voz	103
XV Pedro, el mozo	111
XVI Armando y desarmando hipótesis	122
XVII ¿Era Abelito, en realidad, un pobre diablo?	131
XVIII La muerte envanecida	138
XIX Antecedentes	148

Diferentes razones tiene la muerte, editado por la
Dirección General de Publicaciones
y Fomento Editorial de la UNAM,
Se terminó de imprimir el 11 de marzo de 2021
en los talleres de Amy Soluciones Gráficas, S. A. de C. V.,
Corregidora núm. 79, colonia Santa Anita,
alcaldía Iztacalco, C. P. 08300, Ciudad de México.
Para su composición se usó tipo Filosofía OT
de 11 puntos, el tiro fue de 1000 ejemplares.
Impresión en offset, interiores en bond ahuesado
de 90 gramos y forros en couché de 300 gramos.

Dirección editorial: Socorro Venegas.
Coordinación editorial: Ave Barrera
Diseño y formación: Clarisa Moura
Lectura de pruebas: Patricia Zama
Coordinación: Elsa Botello López

OTROS TÍTULOS DE COLECCIÓN VINDICTAS. NOVELA Y MEMORIA

1. *El lugar donde crece la hierba*
Luisa Josefina Hernández
Introducción de Ave Barrera
2. *Minotauromaquia [crónica de un desencuentro]*
Tita Valencia
Introducción de Claudina Domingo
3. *De Ausencia*
María Luisa Mendoza
Introducción de Jazmina Barrera
4. *La cripta del espejo*
Marcela del Río
Introducción de Lola Horner
5. *En estado de memoria*
Tununa Mercado
Introducción de Nora de la Cruz
6. *La octava maravilla*
Vlady Kociancich
Introducción de Gabriela Damián
7. *La ruta de su evasión*
Yolanda Oreamuno
Introducción de Natalia García Freire
8. *Diario del dolor*
María Luisa Puga
Introducción de Brenda Navarro
9. *La única*
Guadalupe Marín
Introducción de Anaclara Muro

Nueve son los invitados a pasar el fin de semana en la quinta de la señora Georgina Llorente, personajes prototípicos y de lo más diversos. Sin embargo, no todos lograrán salir de ahí con vida. Además de averiguar quién es la asesina o el asesino, lo que nos intriga como lectores y despierta la aguda curiosidad del detective aficionado Armando H. Zozaya es descubrir la verdadera motivación del autor o autora de estos crímenes. Pionera del género policiaco en México, María Elvira Bermúdez nos entrega una novela divertida, puntual y de filosa ironía, en la que cada elemento forma parte de un complejo engranaje que pone en juego pasiones humanas como los celos, el deseo y la indignación, al tiempo que cuestiona los valores sociales de la época. Como refiere Aniela Rodríguez en su prólogo: “Bermúdez nos hace cómplices y victimarios, se burla de y con nosotros, juega a cazar y a cazarnos. Hay lugar para todos en este libro, que carece de florituras innecesarias y se concentra en entregar una historia ágil, sencilla, que engancha desde el primer párrafo.”

Colección Vindictas abre la lente a una mirada plural, puesta en retrospectiva para recuperar grandes novelas escritas por mujeres que habían quedado fuera del alcance de los lectores a pesar de su relevancia literaria y de una vigencia asombrosa. Una nueva lectura, más empática e incluyente a estas obras, no solo nos permitirá reivindicar el mérito de sus autoras, sino compensar nuestra deuda con la literatura escrita por mujeres.



Publicaciones
Fomento
Editorial